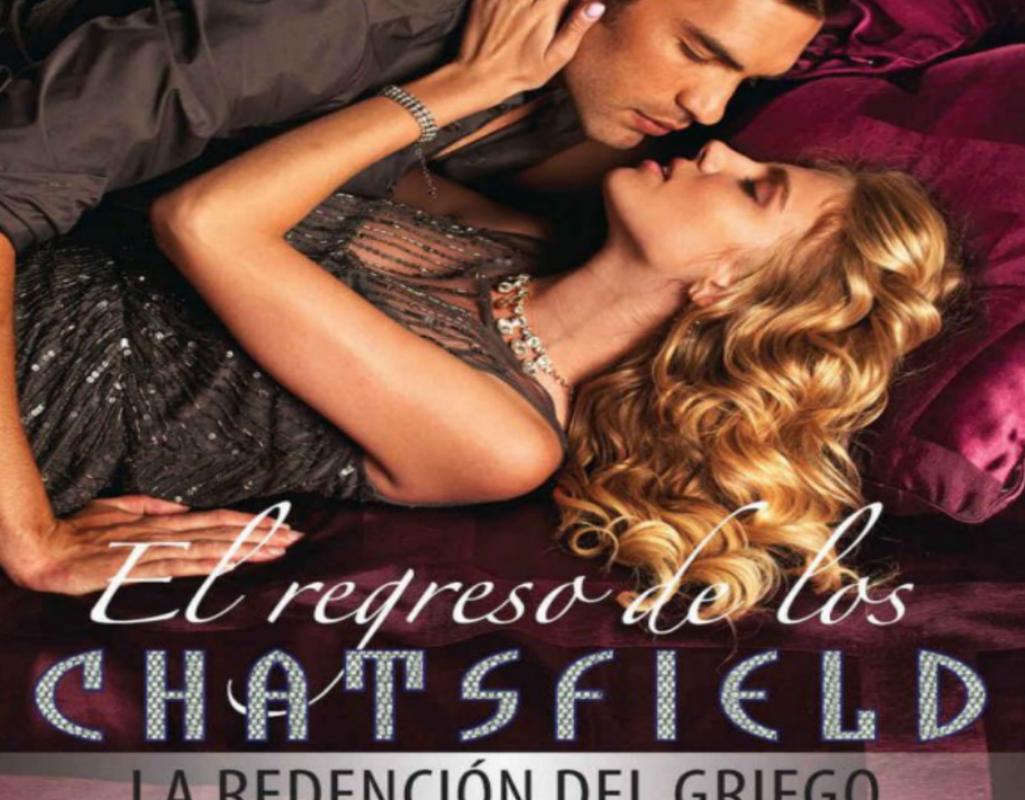
HARLEQUIN Bianca



El regreso de los CHATSFIELD

LA REDENCIÓN DEL GRIEGO

CAITLIN CREWS



LA REDENCIÓN DEL GRIEGO

CAITLIN CREWS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La redención del griego, n.º 117 —junio 2016
Título original: Greek’s Last Redemption
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8128-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Theo Tsoukatos frunció el ceño cuando vio que se abría la puerta de su despacho. Había dado órdenes estrictas de que no se le molestara y esperaba que se obedecieran sus órdenes. Normalmente lo conseguía. Nadie que trabajara para él podía ignorar sus normas sin tener después que sufrir las consecuencias.

Se daba cuenta de que se parecía cada vez más a su padre, que también había sido siempre temido. Era algo que podía tolerar, siempre y cuando fuera así únicamente en el ámbito empresarial. Solo esperaba no llegar a ser nunca como su padre en lo referente a su vida personal.

«Eso nunca, no voy a dejar que suceda», se prometió. Era algo que había tenido muy claro desde su infancia.

—Confío en que sea algo urgente, como que el edificio está en llamas —le dijo a su secretaria con frialdad al verla entrar en su despacho—. O a punto de estarlo…

Supuso que debía de ser algo muy urgente para que estuviera desoyendo sus instrucciones de esa manera.

—Que yo sepa, no. No está en llamas —replicó ella sin inmutarse ante su tono agresivo—. Pero aún es pronto…

La señora Papadopoulos, con su pelo canoso, su cara de pocos amigos y su gesto arisco, le había recordado siempre a su tía Despina. Por su aspecto y también por su carácter. Ninguna de las dos mujeres se dejaba impresionar por sus encantos.

Frunció el ceño al ver que no le daba más explicaciones. Se suponía que había contratado a esa mujer para evitar que nada ni nadie lo distrajeran, no para que resultara ser una distracción más.

Suspiró su impaciencia. Había estado compilando sus notas para lograr una mejora en la eficiencia del combustible y para conseguir recortar gastos en las estrategias de optimización que querían llevar a cabo. Tenía una reunión ese día en la casa de su padre y era muy importante que tuviera preparados todos los datos que le iba a presentar. El viejo y astuto Demetrious Tsoukatos estaba últimamente más centrando en sus problemas médicos que en el negocio de la familia. Miró hacia los ventanales que cubrían una de las paredes de su despacho. Desde allí podía ver todo Atenas extendiéndose a sus pies. La ciudad más grande de Grecia siempre le recordaba que todo lo que se levantaba debía caer antes de levantarse de nuevo, más fuerte

que antes. Esa metrópolis tan vida, caótica y llena de historia era un recordatorio permanente de lo que se había convertido en un lema en la familia Tsoukatos.

Y esa era también la historia de su propia vida. Incluso ese fabuloso rascacielos donde tenía su despacho, la orgullosa torre Tsoukatos, se izaba sobre la ciudad con sus vigas de acero y su imponente arquitectura para recordarle al mundo quién era su padre, el exitoso y poderoso armador griego. Un hombre que había conseguido triunfar a pesar de todos los obstáculos que se había ido encontrando en el camino, como los puestos por sus competidores y enemigos, como los que había provocado la grave crisis económica.

Últimamente, esa torre era un símbolo de la creciente reputación y prestigio que Theo estaba consiguiendo en el mundo de los negocios. Empezaban a verlo como a un hombre temerario que no se amilanaba a la hora de arriesgarse y como a alguien que había conseguido mantener la empresa familiar a flote gracias a su imaginación y a su modo de pensar. Durante los últimos años, habían sido muchas las empresas que habían llegado a la quiebra al intentar capear la tormenta económica con políticas demasiado conservadoras.

Pero sabía que eso no le iba a pasar a la naviera Tsoukatos.

Se había hecho un nombre en la prensa del corazón por ser un rico y rebelde heredero que no se había perdido ni una fiesta durante su juventud. Pero, durante los últimos cuatro años, se había dedicado a demostrarle al mundo financiero que podía ser tan implacable y duro como su propio padre. Había descubierto lo bien que se le daba comportarse de esa manera. Se había sentido casi como si esa facilidad para ser despiadado y autoritario corriera por sus venas, tal y como le había asegurado siempre su padre.

Y él había decidido que podía permitirse emular a su padre allí, en la sede de la empresa o en la sala de juntas, donde ese tipo de crueldad podía llegar a ser algo positivo. Su vida personal, como le había pasado a su progenitor, también era un desastre, pero no por las mismas razones.

«Puede que no sea feliz, pero al menos no soy un mentiroso ni un hipócrita», se solía recordar a menudo.

Creía que estaba rodeado de personas que no podían decir lo mismo.

Dirigió su mirada más feroz a la señora Papadopoulos al ver que se acercaba a su escritorio. La mujer lo miró con un gesto reprobatorio en sus ojos, uno que ya había visto antes en su mirada y que, perversamente, le encantaba. Esa mujer le recordaba a diario, con sus gestos, que era un hombre imperfecto y lleno de pecados de todo tipo.

—Es su esposa —le dijo entonces la señora Papadopoulos con firmeza.

Se quedó sin aliento al oír sus palabras.

«Hablando de mis pecados…», se dijo. Ya no le divertía la situación.

Su esposa.

Holly…

Estaba tan acostumbrado a ese brote de rabia que surgía dentro de él, a esa especie de rayo de furia que lo atravesaba, que ya casi le parecía que apenas era consciente de lo que estaba sintiendo. Ese primer brote de furia desencadenó por todo su ser una serie de explosiones secundarias. Habían pasado casi cuatro años desde que viera por última vez a su mujer. Cuatro años desde que estuvieran juntos en una misma habitación o incluso en el mismo país.

Habían pasado cuatro años desde la última vez que la tocó, la besó y se perdió en ella. Pero recordó en ese instante con frialdad por qué nunca iba a volver a hacerlo. Habían pasado también cuatro años desde que descubriera la verdad sobre ella, desde que se diera cuenta de que esa mujer había hecho que su matrimonio no fuera más que una farsa.

«En realidad, no descubrí la verdad sobre ella. Fue esa mujer la que me presentó su confesión en una bandeja de plata», se recordó con amargura. Creía que eran cosas que no iba a poder olvidar nunca. No le convenía hacerlo.

Pero sabía que tampoco debía pensar en ello, dejarse llevar por ese camino oscuro. No podía hacerlo en ese momento y menos aún allí, en su lugar de trabajo, donde todos lo veían como un hombre tranquilo y frío que no se dejaba llevar nunca por la ira por muy fuerte que fuera la presión.

Sabía que debía controlarse.

No entendía por qué esa mujer tenía la capacidad de seguir afectándolo como lo hacía, pero sabía que debía tranquilizarse, respirar profundamente y tratar de relajarse. Vio que sus manos eran puños y las abrió. Todo su cuerpo estaba en tensión y trató de fingir indiferencia, la que creía que debería sentir después de tanto tiempo.

—Si es mi esposa la que quiere hablar conmigo, no solo estoy demasiado ocupado para recibirla sino que, además, no estoy interesado en verla —le dijo sin poder controlar su mal humor—. Ya debería saber que no quiero que me moleste con estas tonterías, señora Papadopoulos. Dígale a mi esposa que, si quiere algo, deje un mensaje en el contestador o que me mande un correo electrónico. Como lo miro solo muy de vez en cuando…

—Señor —lo interrumpió su secretaria.

No supo qué le sorprendió más. Que la mujer se atreviera a interrumpirlo o que se mantuviera firme a pesar de la gélida mirada que le estaba dirigiendo él en esos momentos.

—Insiste en que se trata de una emergencia.

Lo último en lo que quería pensar era en Holly, la mujer que había conseguido engañarlo con su dulzura y su belleza, la mujer que lo había hecho caer en un pozo del que le había costado mucho salir. Durante sus momentos más oscuros, había llegado a pensar que había merecido lo que le había pasado. Después de todo, se había casado con una mentirosa, el tipo de persona del que él siempre había renegado.

Aunque no quería pensar en ella, tenía que reconocer que era algo que hacía todos los días. A pesar del tiempo que había pasado, esa mujer estaba en su mente durante las madrugadas que pasaba en su gimnasio privado, ya fuera mientras trataba de librarse de su rabia golpeando un saco o boxeando con su entrenador. También le pasaba mientras corría un montón de kilómetros a toda velocidad en la cinta andadora.

Trataba de no pensar en ella ni en cómo lo había traicionado con un turista cuyo nombre ni siquiera podía recordar Holly. No podía evitar imaginar las mismas escenas una y otra vez, las tenía grabadas en su cerebro como si él mismo hubiera presenciado su traición.

Se preguntaba cómo podía haberse dejado engañar tan fácilmente, por qué se había creído todas las mentiras que Holly le había dicho. Le costaba entenderlo. Suponía que había estado demasiado hipnotizado para darse cuenta de lo que estaba pasando, para ver que Holly lo estaba tratando de engañar haciendo un papel que nada tenía que ver con la realidad.

Se había pasado los últimos cuatro años completamente centrado en su trabajo y en la empresa familiar. Lo había hecho con él único propósito de ocupar su tiempo y no tener que pensar en sus mentiras ni recordar a la mujer que había conseguido engañarlo. Se arrepentía de haberse casado con ella y sentía que esa mujer le había arruinado la vida de muchas maneras. Holly lo había convertido en el hazmerreír de su entorno y eso le dolía, pero no tanto como el hecho de que le rompiera por completo el corazón. Un corazón que, antes de conocerla, ni siquiera había creído poseer. Y pensaba que eso era infinitamente peor, habría preferido no tener corazón a tenerlo roto.

Para colmo de males, sentía que esa mujer lo había engañado para que ellos dos reencarnaran de alguna manera el fallido matrimonio de sus propios padres y eso no se lo iba a perdonar nunca.

Se había centrado completamente en su trabajo durante los últimos cuatro años y había enfocado en la empresa toda su furia, destruyendo por el camino a todos los rivales de la compañía. Había conseguido así controlar sus sentimientos a la vez que colocaba a la empresa de los Tsoukatos en una posición de superioridad. A todos les había sorprendido su indiscutible éxito durante un tiempo de adversidades económicas casi insuperables en ese país.

Sus logros habían hecho que nadie se refiriera a él como el joven mimado, rico y mujeriego que había sido en el pasado, alguien que había estado orgulloso de ser siempre el alma de todas las fiestas de la alta sociedad europea y un joven conocido por su larga lista de conquistas.

No, nadie le recordaba su pasado. Nadie se atrevía a hacerlo.

Pero había errores de su pasado de los que no le había resultado tan fácil librarse.

Como Holly.

Ella simbolizaba como nadie su mayor fracaso. Su matrimonio había sido la culminación de una juventud completamente desperdiciada. Le costaba aceptar cómo había sido durante esos años, un joven sin principios y sin objetivos en la vida, la gran decepción de su padre y la oveja negra de su familia.

Prefería no recordar siquiera lo que había sentido al ver a aquella joven rubia de Estados Unidos que había fingido enamorarse de él desde el principio. Después de su primera semana juntos en la isla, él la había perseguido casi con desesperación, pero Holly lo había terminado por traicionar de la manera más cruel solo seis meses después de que se casaran. Theo había estado lo suficientemente ciego de amor como para pensar que esa boda tan rápida era algo romántico y maravilloso.

Lo que más le dolía era tener que recordar la desagradable verdad. No podía culpar a nadie más por lo que le había pasado, solo a él mismo.

Después de todo, no podía decir que no hubiera recibido advertencias de otras personas. Todos, menos él, parecían haberse dado cuenta de que la encantadora e ingenua Holly Holt, que estaba viajando sola por Europa para tratar de superar la reciente muerte de su padre, no lo era tanto. Esa joven había resultado ser en realidad una cazafortunas de Texas que había conseguido hacerse con el mejor trofeo que había conseguido encontrar.

Y ese verano en la isla de Santorini, Theo había sido la mejor opción.

—Eres mi sucesor y el heredero de la fortuna de los Tsoukatos —le había dicho su padre con firmeza en más de una ocasión y con poco éxito—. Esa chica, en cambio, no es nadie. Esto no puede llegar a ser nada más que una aventura de verano, Theo. Tienes que entenderlo.

Su padre y Brax, su hermano, habían tratado de convencerlo para que no cometiera un grave error, pero Theo no había querido seguir los consejos del hombre que había destruido a su propia madre con un sinfín de infidelidades. Tampoco le había prestado atención a su hermano pequeño, había creído que era demasiado joven para entenderlo.

Algún tiempo después, cuando vieron que estaba decidido a desoír sus consejos y cometer el error de casarse con Holly a las pocas semanas de conocerla, le rogaron que tomara al menos las medidas necesarias para proteger su fortuna, su futuro y el de la empresa. Temían que Theo estuviera dejando que no fuera su cabeza la que tomara las decisiones, sino otra parte de su cuerpo…

Y él los había ignorado a todos. Había sido así a esa edad. Con veintitantos años, solo le había preocupado él mismo, nadie más. Solo había querido disfrutar al máximo de la vida, dilapidar su dinero y pasárselo bien.

No había pensado más que en él mismo y en la bella joven rubia de deliciosas curvas y unos ojos que rivalizaban con el azul del mar Egeo. Le había parecido entonces que Holly tenía la sonrisa más dulce y más grande que había visto en su vida y se había perdido completamente en ella.

Solo había tenido ojos para esa mujer, que había conseguido hipnotizarlo. Por desgracia, no había tardado en darse cuenta de que tras esa bella sonrisa y esos ojos brillantes solo había un corazón cruel.

Había pagado muy caro el haber actuado sin pensar, de manera impetuosa. Creía que lo que Holly le había hecho era su penitencia. Su matrimonio había sido una humillación que no podía olvidar, pero se aferraba a él y se negaba a darle la satisfacción a Holly de concederle el divorcio.

A pesar de lo que ella le había hecho y de que después se había atrevido a confesárselo a la cara sin pedirle siquiera perdón, se negaba a dejar que Holly viera cómo lo había destruido, cómo le había afectado lo que había pasado en aquella isla durante una larga estación de lluvias.

Habían pasado año casi cuatro años y medio desde que se casaran a toda prisa ese verano y casi cuatro años desde que se vieran por última vez, pero aún seguía enfadado, lo suficiente como para que esa ira le durara otros cuatro años.

Ya no la deseaba y se había prometido a sí mismo que se tiraría por un acantilado de Santorini antes de dejar que esa mujer volviera a ejercer sobre él su maligna magia, pero no iba tampoco a darle la satisfacción de concederle el divorcio. Si quería tener su libertad, iba a tener que pedírselo de rodillas.

En ese caso, estaba decidido a hacerle pagar por lo que le había hecho de la misma manera, humillándola como había hecho Holly con él.

—¿Una emergencia? —repuso al ver que su secretaria esperaba una respuesta—. Mi mujer parece tener un talento especial para exagerar y convertir en emergencia cualquier tontería sin la menor importancia —agregó sin poder ocultar su irritación.

Sabía que en su rígida y estricta secretaria no iba a encontrar mucha comprensión, pero no le importó que lo viera enfadado, tenía que desahogarse con alguien.

Además, Theo le pagaba una fortuna por su trabajo como secretaria de dirección. Tenía en cuenta que la mujer debía enfrentarse cada día a su mal humor y suponía que no sería nada fácil hacerlo.

Creía que era una lástima que no hubiera sido igual de riguroso en su elección antes de casarse apresuradamente con Holly.

—Para ella, por ejemplo, es una emergencia pasarse del límite de su tarjeta de crédito —agregó cada vez más enfadado.

—Creo que esto es distinto, señor Tsoukatos —respondió su secretaria.

Estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba y no era precisamente conocido por tener esa cualidad. Ya estaba prestándole en ese momento más atención y tiempo a pensar en Holly y en su matrimonio de lo que habría querido. No podía evitar acordarse de ella cada día, pero prefería hacerlo en la soledad de su gimnasio mientras trataba de dominar su ira y su frustración corriendo más rápido o golpeando con más fuerza el saco de boxeo.

Miró de reojo la pantalla de su ordenador. Podía ver cómo seguían llegando correos electrónicos a su bandeja de entrada. Muchos eran urgentes y necesitaba contestarlos cuanto antes. Para colmo de males, aún tenía que esbozar el resto de su presentación y lo último que quería era perder el tiempo por culpa de esa mujer. Sabía que se traía algo entre manos.

—¿Por qué? —le preguntó a la señora Papadopoulos en un tono demasiado hostil.

Sabía que no estaba siendo justo con ella, que no debía desahogar con la mujer sus frustraciones, pero cada vez le costaba más trabajo controlarse. Aunque todo su cuerpo ya había estado muy rígido, sintió que sus músculos se tensaban aún más, una hazaña que le parecía anatómicamente imposible.

—¿Por qué cree que sí es una emergencia esta vez? —insistió él encogiéndose de hombros—. ¿Porque se lo ha dicho ella? Siempre lo hace.

—No, porque ha llamado a través de una videoconferencia —le dijo la señora Papadopoulos mientras colocaba frente a él en la mesa una tableta.

Hasta ese momento, ni siquiera la había visto en las manos de su secretaria.

—Ahí la tiene, señor —le dijo la mujer mientras daba un paso atrás sin dejar de mirarlo a los ojos con firmeza y frialdad.

Theo parpadeó sorprendido. En la tableta estaba la imagen congelada de Holly. La miró con suspicacia, como si pudiera salir de

ella en cualquier momento y volver a darle una puñalada por la espalda. Quizás una aún más profunda en esa ocasión, un golpe mortal por fin.

Durante unos segundos, olvidó que la señora Papadopoulos seguía allí, mirándolo con gesto reprobatorio. Le hizo un gesto con la mano para que saliera de su despacho. Ya había dejado que lo viera con la guardia baja y no quería estropear aún más la imagen que la mujer tenía de él.

No sabía por qué habría decidido llamarlo por videoconferencia. Tenía que reconocer que aquello era diferente y, cuando se trataba de Holly, lo diferente no solía ser buena señal.

Cuando Holly hacía algo diferente, solía ser porque se trataba de algo importante, algo que solía terminar pagándolo él muy caro.

Esa mujer había sido su error más costoso, con diferencia. De todas las locuras que había hecho durante su juventud de excesos, Holly Holt era la que más lamentaba. Una joven, procedente de un lugar tan lejano para él como un rancho de Texas, que había aparecido en su vida con su gran sonrisa y sus ojos brillantes, haciendo que se encandilara de ella desde el primer momento para dejarlo después con el corazón roto.

Era un error que tenía que recordar, lo quisiera o no, todos los días desde entonces.

—Contrólate —se dijo mientras miraba la tableta que su secretaria había dejado delante de él en la gran mesa de madera.

Se dispuso a finalizar la llamada sin contestar. Sabía que era lo mejor que podía hacer, lo más inteligente, pero la imagen de Holly impidió que lo hiciera. A pesar de estar congelada y de que la imagen estaba algo pixelada, verla de nuevo fue como un puñetazo en el estómago. Pero el dolor lo sentía en cada centímetro de su cuerpo, como si aún pudiera notar sus garras en él.

Se odiaba a sí mismo por lo débil que había sido y seguía siendo, pero sabía que eso no iba a conseguir cambiar las cosas.

Holly ya no era la joven que había conocido en aquella isla, una chica bronceada por el sol de Santorini y con una belleza poco sofisticada que a él le había parecido embriagadora y fascinante.

Estudió la imagen congelada que tenía frente a él como si así pudiera conocerla mejor, como si de ese modo pudiera llegar a entender cómo era de verdad. Seguía sin comprender cómo había podido engañarlo de esa manera.

Ya no era la misma joven de cabello exuberante y botas vaqueras. Recordaba cuánto le había gustado a Holly ese tipo de calzado. Casi podía verla hablando y riendo frente a él, con una expresión abierta y despreocupada que la había hecho brillar más que ninguna otra bajo el sol de Santorini.

Con los años, se había convertido en una mujer más elegante y esbelta. Aunque tratara de evitar fijarse en las revistas en las que aparecía de vez en cuando, había visto algunas fotografías durante esos últimos años, pero en ese momento la tenía frente a él y la imagen congelada de Holly lo miraba directamente a los ojos.

Cuando la conoció había sido una joven llena de curvas exuberantes que lo había encandilado en cuanto la vio con un breve bikini, había conseguido hacerle su esclavo desde el primer momento. Pero también su cuerpo había cambiado. Estaba mucho más delgada y esbelta. Su pelo aún era rubio, pero lo llevaba liso y ese día parecía habérselo recogido en un refinado moño. Llevaba un maquillaje natural y discreto y su vestido era minimalista y clásico. Tenía que reconocer que su aspecto era muy elegante, rozaba la perfección.

Holly Holt, tal y como había sido cuando él la había conocido, cuando se había enamorado y casado con ella, ya no existía. Y la verdad era que dudaba que hubiera existido nunca, ni siquiera entonces.

Esa mujer la había sustituido, la que tenía en la imagen de la tableta. Era una mujer que parecía haber sido fabricada artificialmente, pero de manera muy astuta.

Durante los últimos años, Holly Tsoukatos se había convertido en una filántropa comprometida con todo tipo de causas benéficas gracias al dinero de su marido, un marido que siempre estaba ausente, pero cuya riqueza tenía siempre a su disposición.

Holly Tsoukatos se había hecho conocida en todo el mundo por ser la elegante esposa del que fuera en el pasado uno de los donjuanes favoritos de la alta sociedad europea, aunque era sabido por todos que el matrimonio estaba distanciado. Desde que Theo se convirtiera en un empresario de éxito, conocido por ser casi tan duro y peligroso como lo había sido su padre, la prensa la perseguía a ella aún más, era uno de los personajes de moda en las revistas del corazón.

Odiaba a esa mujer y odiaba la situación en la que se encontraban. Pero lo que más detestaba de todo ello era el hecho de que aún deseara a esa joven americana inculta, divertida y desenfada que había conseguido cautivarlo como no lo había hecho nadie durante una breve pero apasionada semana.

Pero, por supuesto, sabía que esa Holly había sido una mentira y no entendía por qué parecía costarle tanto recordarlo. Creía que no debía olvidar nunca que la persona de la que se había enamorado entonces no había existido, no había sido más que el fruto de una magnífica actuación, nada más.

Pero ya no iba a seguir engañándolo. Tenía muy claro que esa sofisticada mujer sí era la Holly real.

Era una especie de reina de hielo, fría y con exquisitos modales, que

había logrado construir un pequeño imperio gracias a sus mentiras y al dinero de su marido. Parecía tener solo un objetivo en la vida, gastarse su fortuna.

Esa sí era la verdadera Holly.

No podía dejar de mirar su imagen congelada. Le costaba mucho recordar la dura realidad, no le gustaba nada hacerlo. Creía que esa era una de las razones por las que solo había hablado con ella por teléfono y en muy raras ocasiones durante los últimos cuatro años.

Por otro lado, sabía que tenía un carácter difícil y esa mujer parecía tener la rara habilidad de sacarlo de quicio sin apenas esfuerzo. Una y otra vez, se esforzaba por mantener la ira en su interior, oculta a los ojos de los demás, hirviendo dentro de él a fuego lento. No podía dejar que ese lado oscuro lo traicionara, tenía que controlarse, por mucho que le costara hacerlo.

Prefería morir antes que mostrarle ese lado oculto, no quería que Holly supiera hasta qué punto lo sacaba de quicio ni el hecho de que no hubiera conseguido superar aún su traición. Solo quería que viera el desprecio que sentía por ella y deseaba hacerlo manteniendo siempre las distancias y con la mayor frialdad posible.

Por desgracia para él, no era solo desprecio lo que sentía por ella, pero era lo único que estaba dispuesto a dejar que viera.

Apretó el botón en la pantalla para descongelar la imagen y hablar con ella. No se molestó siquiera en enmascarar su irritación.

—¿Qué quieres? —le dijo a modo de saludo.

Después de cuatro años de escasas llamadas telefónicas y poco más, era la primera vez que hablaba así con ella, pero prefería ir al grano y acabar con esa conversación cuanto antes. Le habló con voz firme y contundente. Sabía que no iba a ganar ningún concurso por su simpatía pero, en esos momentos, no podía hacer nada para calmar su ira. Le bastaba con mirarla para sentir la necesidad casi primitiva de hacerle daño, de devolverle la puñalada.

—¿No has conseguido arruinarme aún? —agregó irritado.

Holly no tardó en darse cuenta de que llamarlo por videoconferencia había sido un grave error táctico. Lo supo en cuanto la imagen en la pantalla volvió a la vida. Sintió que se esfumaban de repente su valor y su arrojo. Y, lo que era aún peor, también se había quedado sin voz.

Había sido un tremendo error, uno más en su larga lista de terribles errores. Y todos parecían tener algo que ver con ese hombre.

No había estado preparada para verlo de nuevo, para tener que enfrentarse a esa perfección que la dejaba sin aliento. De hecho, nunca lo había estado.

Era Theo y estaba allí mismo, delante de ella, en el enorme monitor de su ordenador.

Después de todos esos años, volvía a verlo y era tan imponente, atractivo y misterioso como lo recordaba. En cuestión de segundos se había metido de nuevo en su triste y solitaria vida, llenándola con su implacable fuerza y el fuego de sus ojos.

No se le pasó por alto que seguía muy enfadado con ella.

Tan enfadado con ella que le bastaba con mirarlo a los ojos para sentir que se sumergía en una temible nube oscura. Era algo que pudo sentir antes siquiera de que abriera la boca.

Después, cuando se dirigió a ella, sus duras y crueles palabras le dolieron tanto como fuertes bofetadas.

Siempre le había sorprendido lo impactante que era su mirada, lo había sido siempre. Pero, después de todo lo que había pasado entre los dos, su mirada era aún más implacable y sentía que podía quemarla con sus ojos oscuros.

Ya había notado su ira durante las cortas y hostiles llamadas telefónicas que habían intercambiado durante los últimos años, conversaciones referidas a las escandalosas facturas de sus tarjetas de crédito. Habían sido siempre cantidades indecentes que ella se encargaba de gastar de manera deliberada, espaciándolas en el tiempo para que coincidieran con los momentos en los que sabía que Theo estaba más ocupado. Trataba de que él no recibiera más de una de esas facturas por trimestre y las llamadas habían sido siempre desagradables y demasiado cortas como para tuvieran una discusión de verdad.

Pero por fin lo veía, después de tanto tiempo, y sintió que se elevaba varios grados la temperatura ambiental. No podía dejar de mirar sus ojos, tan oscuros como el café griego que él le había preparado cada día durante las primeras semanas de su breve matrimonio, antes de que ella lo echara todo a perder.

Por fin podía ver cómo apretaba su mandíbula de hierro, su rostro emanaba fuerza y masculinidad, podía sentirlo incluso dentro de su propio cuerpo, como un escalofrío que la recorría de arriba abajo. Era como una especie de advertencia del terremoto que estaba a punto de ocurrir. Casi se sentía afortunada de que la pantalla del ordenador la separara de él, además de los diez mil kilómetros que había entre ellos.

La miraba como si ese hombre no fuera capaz de hacerse responsable de lo que pudiera pasar si alguna vez volvían a estar juntos en la misma habitación. Se sintió suspendida en las intensas y oscuras promesas que le transmitían su calor, su presencia poderosa y su furia. A pesar de todo el tiempo que había pasado, seguía sintiéndose amenazada por ese hombre.

Una voz en su interior le recordó que había sido absurdo esperar otra cosa de él. Era una voz que sonaba como la de su querido y difunto padre.

«Él te odia. Y te odia porque te aseguraste de que así fuera. Eso es lo que sucede cuando uno abandona a alguien», le recordó esa misma voz.

Sabía que ella debería saberlo mejor que la mayoría de la gente. No podía olvidar que había vivido durante muchos años con la única compañía de su padre, después de que su madre los abandonara a los dos cuando era solo una niña.

Aunque su padre no se había referido nunca con odio a su madre, se había limitado a hablarle del dolor que sentía, de lo mucho que aún la echaba de menos.

Para ella, en cambio, había sido una experiencia que la había marcado para siempre. El abandono de su madre cambió por completo su mundo y, durante años, sintió la ira quemándola por dentro. Era demasiado duro y doloroso.

Y en ese momento estaba, después de tantos años, mirando ese mismo fuego en los ojos de otro, no en un espejo. El fuego de una ira que en ese caso estaba dirigido directamente a ella. Ni siquiera la pantalla de su ordenador estaba consiguiendo suavizar ese odio.

Lo veía en alta definición.

Theo se reclinó en su elegante sillón de cuero. Podía ver un despacho elegantemente amueblado a su alrededor, pero solo tenía ojos para él. Se fijó en su pelo, fuerte y oscuro. Estaba algo despeinado y le pareció que lo llevaba demasiado largo, como lo había hecho siempre. Era aún más atractivo de como lo recordaba. Algo sorprendente porque siempre que pensaba en él lo imaginaba como una especie de dios griego que emanaba poder por los cuatro costados. No había podido olvidar su musculoso cuerpo. Tenía el físico de un sólido boxeador y siempre se había imaginado que podría haberse dedicado fácilmente a ese deporte si hubiera nacido en una familia con menos medios económicos y menos aspiraciones.

Llevaba una camisa blanca que apenas podía contener sus fuertes hombros ni esa maravilla de torso que aún recordaba con nitidez. No pudo evitar imaginarse ese pecho ni los marcados abdominales de su abdomen.

Su ser parecía una fuente inagotable de poder y furia. Theo le estaba dedicando en esos instantes una mirada completamente letal y ella no pudo evitar odiarse a sí misma. Una vez más. No era la primera vez que le pasaba.

Se odiaba por lo que había hecho.

Por lo que le había dicho que había hecho.

Por el gran desastre que había resultado ser su apresurado y

espontáneo matrimonio con ese hombre y por lo que había pasado después, cuando se dio cuenta de que se ahogaba en un pozo negro que llenaba su vida, un pozo lleno de remordimientos que la envolvían por completo, llegando casi a estrangularla.

Pero nunca llegaban a hacerlo, no del todo.

Lo que tenía era mucho peor, tenía que vivir con todo ello.

Le entraron ganas de tocar la pantalla con la mano y ver si podía atravesarla para tocarlo y sentir el calor de su piel morena en la palma de la mano. Se moría de ganas de recorrer su fuerte pelo con los dedos y jugar con ese mechón algo rizado que, por alguna absurda razón, siempre le había excitado. Quería probar de nuevo sus carnosos labios y dejar que su hábil boca hiciera despertar su deseo. Eran tantos los recuerdos que habían compartido aquel primer verano juntos en la isla, tantos los momentos de pasión, de sal y de fuego, de anhelo y necesidad.

Pero sabía que frente a ella solo tenía un complicado camino. Lo sabía mejor que nadie.

Creía que no había manera de regresar hasta donde estaba Theo sin volver a abrir las viejas cicatrices y conseguir que volvieran a sangrar las heridas. Sabía cuánto le haría sufrir emprender de nuevo ese camino hacia él. Era demasiado doloroso.

Se había pasado media vida evitando convertirse en alguien como su padre. Y sin darse cuenta, para evitarlo, había llegado a ser sin querer alguien como su madre. Pero no podía seguir viviendo de esa manera.

No podía. Tenía que tratar de hacer algo para cambiar las cosas.

Había creído que ya se había hecho a la idea y había aceptado lo difícil que iba a ser lo que quería hacer, pero eso había sido antes de ver a Theo de nuevo. De alguna manera, los años que habían pasado separados habían conseguido entumecer sus recuerdos, los había atenuado un poco.

Pero al verlo de nuevo, incluso a través de una pantalla, sintió que ese hombre la cegaba como la primera vez, como cuando lo conoció en ese pequeño restaurante de Santorini donde ella había estado tomándose tranquilamente un café, sin saber que toda su vida estaba a punto de cambiar para siempre cuando Theo entró en el mismo establecimiento y eligió una mesa al lado de la de ella.

Consiguió atraer su atención desde el primer momento. En medio de esa isla griega, bañada por el sol y con nada más que casas encaladas en blanco y el azul del mar a su alrededor, ese hombre consiguió hipnotizarla por completo. Recordaba perfectamente cómo se había sentido. Le había parecido estar viviendo un sueño o una fantasía que se hacía de repente realidad para llenar su vida de pasión y…

—Holly.

Su voz, fría e impaciente, la devolvió al presente. Aun así, no pudo evitar estremecerse al oír de nuevo cómo pronunciaba su nombre con un ligero acento que siempre le había parecido encantador.

Creía que era una suerte que Theo no pudiera notar cómo todo su cuerpo se había tensado de repente al oír de nuevo cómo la llamaba. Cruzó con fuerza las piernas y clavó los pies en el suelo, por debajo de su escritorio.

Pero lo peor de todo era sentir una especie de luz brillante que aparecía de repente dentro de ella. Sabía que eso era lo más peligroso, lo último que quería sentir en ese momento, esperanza.

—Estoy muy ocupado, Holly. No tengo tiempo para esto hoy. Y, aunque me sobrara el tiempo, no tengo nada que decirte —le dijo con una mueca que era casi una cruel sonrisa.

Una sonrisa letal, pero una que no se le pasó por alto. Por muy enfadado que estuviera con ella, seguía pareciéndole muy atractivo.

—Al menos, nada agradable que decirte —agregó Theo.

Le tentaba la idea de perderse en él o, peor aún, la de dejarse llevar por lo que sentía y decirle unas cuantas verdades. Pero sabía que Theo no la creería, había pasado demasiado tiempo. No podía creerla cuando ella se había pasado esos años tratando por todos los medios que él la dejara, que siguiera con su vida y se olvidara de ella.

Había conseguido que Theo la detestara, pero no parecía dispuesto a dejar que se fuera, a liberarla.

Se dio cuenta de que no podía olvidar por qué lo había llamado, tenía que recordar las reglas del juego para no perder antes incluso de empezar.

Respiró profundamente y le sonrió. No de la forma en la que lo había hecho en el pasado, cuando no había sido en absoluto consciente de lo que hacía y se había entregado a él en cuerpo y alma, enamorándose perdidamente de ese hombre. Creía que había sido entonces una joven tan inocente como estúpida y había terminado pagando muy caro su error.

Le sonrió como había aprendido a hacerlo durante esos últimos años llenos de soledad. Era la sonrisa que había llegado a perfeccionar, la sonrisa con la que conseguía desempeñar el papel que había creado para ella misma a partir de las cenizas de su matrimonio, el que había quemado ella misma con sus mentiras.

Había creado ese papel porque había pensado que así podría facilitarle las cosas a Theo y conseguir que él se lavara las manos y se desprendiera de ella sin ningún tipo de remordimiento. Había estado tan segura de que él no iba a tardar en divorciarse de ella en cuanto se diera cuenta de cómo era esa nueva Holly y que así podría por fin liberar a los dos de esa situación en la que llevaban atrapados demasiado tiempo.

Pero se había equivocado en eso también. Había llegado por fin a la conclusión de que se había equivocado en todo y no había conseguido otra cosa que repetir la dolorosa historia de sus padres. Pero sabía que Theo nunca la creería si ella le confesaba la verdad, se limitaría a pensar que no era más que otro juego, más mentiras y manipulaciones por su parte. Él ya le había dejado claro en más de una ocasión, y de manera cruel y fría, que no le iba a seguir el juego.

Por eso había decidido que no le iba a quedar más remedio que jugar con él hasta el final, pero sabía que lo que estaba a punto de hacer era el juego más difícil de todos.

—¿Estás ocupado? —le preguntó ella dejando que su acento texano se marcara más de lo necesario—. ¿Haciendo qué exactamente? ¿Sigues acaso empeñado tratando de desempeñar el papel de príncipe heredero del gran reino de tu padre?

Vio cómo cambiaba la expresión de Theo frente a sus ojos. Pasó de reflejar ira a sorpresa, pero no duró más de unos segundos. No tardó en volver a dedicarle una mirada que podría haber fulminado a cualquiera. Y tal vez lo estuviera consiguiendo también con ella, pero ya estaba tan acostumbrada a su ira que creía que ya no le hacía efecto.

—¿Cómo? —susurró Theo con voz gélida y amenazante—. ¿Ha llegado acaso el momento de que tengamos esa conversación que durante tanto tiempo hemos ido retrasando? ¿Quieres que hablemos de los defectos del otro? ¿Estás segura de que estás lista para que tengamos esa conversación?

—Bla, bla, bla… —repuso ella poniendo los ojos en blanco y agitando una mano con desdén.

Esperaba que sus gestos le hicieran creer que verlo no le afectaba en absoluto, que se sentía completamente relajada.

—Si lo que quieres es insultarme, echarme en cara el pasado o llamarme «mujerzuela», hazlo de una vez, Theo. Sé que llevas casi cuatro años deseando hacerlo —añadió ella.

Capítulo 2

Los oscuros ojos de Theo brillaron peligrosamente al oír sus palabras. Había una furia en su mirada que, a pesar de todo lo que había pasado entre ellos, seguía teniendo la capacidad de hacer que se quedara sin aliento. Le parecía increíble que, a pesar del bajo concepto que su marido tenía de ella, pudiera estar afectándole tanto verlo de nuevo. Y eso que la conversación no estaba siendo en persona, sino a través de videoconferencia, no quería ni pensar en cómo sería estar de nuevo con él en la misma habitación.

Cada vez estaba más convencida de que había perdido la cabeza porque sabía que una mujer en su sano juicio nunca podría perderse en las llamaradas de ira que veía en sus ojos oscuros e interpretar ese odio como un atisbo de esperanza, creyendo que aún podía haber alguna posibilidad de poder tener un futuro con ese hombre. Un futuro que ella misma había torpedeado cuando decidió mentirle como lo hizo. Entonces, su objetivo había sido el de escapar de la influencia que ese hombre tenía sobre ella de la única forma que había pensado que podía hacerlo.

Y creía que todavía había una posibilidad de futuro porque sabía que la ira no era lo mismo que la indiferencia. La ira que Theo parecía seguir teniendo en su interior significaba que todavía sentía algo por ella, por muy retorcidos y dolorosos que fueran esos sentimientos.

Estaba convencida de que había perdido por completo la cabeza porque tampoco una mujer en su sano juicio se habría casado de manera tan apresurada con ese atractivo griego con el que se había sumergido en una especie de tornado sensual, con el hombre que ese verano le había robado su inocencia y también su corazón. También con él había perdido por completo su sentido común y la cabeza. Pensó que quizás debería dejar de fingir que, en lo referente a Theo, aún tuviera intacta su cordura.

—Déjame adivinar… —comenzó Theo con su voz fría y controlada.

Le parecía increíble cuánto había cambiado ese hombre durante esos años. El Theo que había conocido en la isla de Santorini aquel verano había sido un joven impetuoso y salvaje, aunque también tenía que reconocer que había sido conocido en esa época por ser un rico heredero, mimado y superficial, alguien a quien, según la prensa del corazón, solo le preocupaba ir de fiesta en fiesta y disfrutar de los placeres de la vida. Había sabido desde el principio que ese joven

había estado completamente fuera de su alcance, los dos pertenecían a dos mundos muy distintos.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez? ¿Has decidido acaso comprarte un avión privado? ¿Una isla? ¿O quizás una firma de alta costura y toda la ropa que venden en las boutiques de París? —prosiguió Theo con veneno en la voz—. No me importa, Holly. Haz lo que quieras con la asignación que recibes. Tú decides lo que haces con ese dinero, solo pretendo que me dejes en paz y no me vuelvas a molestar.

Vio que se incorporaba un poco y extendía la mano hacia ella. Se quedó durante un segundo sin aliento. Pero se dio cuenta enseguida de que lo había malinterpretado, no había nada tierno en ese gesto. No entendía cómo podía ser tan ilusa como para pensar lo contrario.

No tardó en llegar a la conclusión de que Theo había movido la mano hacia la pantalla para finalizar la llamada y se apresuró a hablar antes de que pudiera hacerlo.

—Quiero verte —le dijo.

Soltó el aire que había estado conteniendo, aliviada al haber podido decírselo antes de que cortara la conexión. Había estado a punto de perder su oportunidad por culpa de sus tontas ensoñaciones y sabía que Theo no le habría dado la ocasión de volver a decírselo. Estaba segura de que, aunque hubiera vuelto a llamarlo, su secretaria no le habría permitido hablar con él.

Estaba convencida de ello.

Theo volvió a moverse en su sillón, parecía estar preparándose para pelear con ella y sus ojos oscuros la fulminaron con la intensidad de un rayo láser. De repente, le pareció que ese hombre se hacía aún más grande y su presencia, más imponente y sombría.

—Ya me estás viendo ahora mismo —replicó él frunciendo el ceño—. Maravillas de la moderna tecnología. Eso es suficiente.

—No, quiero que nos veamos en persona.

Theo se echó a reír y el sonido le afectó más de lo que habría creído posible. Aunque sabía que no le convenía en absoluto, su cuerpo reaccionó despertándose al oír de nuevo su risa, aunque fuera una carcajada cruel.

—No —contestó Theo con firmeza.

—Lo siento, parece que no me has entendido o que no me he explicado bien yo —le dijo entonces ella con una sonrisa tan fría como la voz de su marido.

Sabía lo importante que era esa partida y que tenía que apostar fuerte si quería ganar ese juego. Aunque estuviera muy cansada de tener que hacer ese papel, un papel que le revolvía el estómago, también tenía muy claro que debía hacerlo.

—No era mi intención que sonara como una sugerencia que puedes

rechazar sin más, Theo. No era eso lo que quería expresar —agregó ella mirándolo a los ojos con seguridad.

—Me da igual si es una sugerencia tuya o una orden de comparecencia por parte de la más alta autoridad —le contestó Theo —. La respuesta seguiría siendo la misma, Holly. No.

—Theo…

Sacudió la cabeza mientras lo miraba como si la actitud de su esposo la estuviera decepcionando. Escondió las manos para que Theo no las pudiera ver, apretándolas con fuerza en su regazo. Esa conversación estaba siendo una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer en su vida.

—No hay ninguna razón que nos impida quedar en algún sitio y pretender al menos durante unos minutos que somos dos personas civilizadas. Es importante —le dijo ella—. Algunas cosas tienen que hablarse cara a cara y eso es algo que sabes tan bien como yo, lo quieras admitir o no. No vas a obligarme a hacerlo por videoconferencia, ¿verdad?

—Si hay algo que tengo claro, y que también sabe el resto del mundo, muy a mi pesar, es que no puedo obligarte a hacer nada — respondió Theo en un tono tan tranquilo como letal.

Sus palabras hicieron que un helador escalofrío recorriera de arriba abajo su columna vertebral y no pudo evitar sentirse avergonzada.

—Ni siquiera pude conseguir que te comportaras como debe hacerlo una esposa —continuó Theo—. De hecho, no pude siquiera lograr que me fueras fiel durante nuestro breve matrimonio. Con la experiencia que tengo, ¿cómo voy a creer que podría obligarte a hacer algo?

Holly no se inmutó. Entendía perfectamente la actitud de Theo y, por mucho que le doliera, tenía que aguantar lo que ese hombre quisiera decirle.

Después de todo, había sido ella misma la que lo había mentido a sabiendas de lo que iba a suceder en cuanto Theo lo escuchara. Era muy consciente de que ella era la responsable de que los dos se encontraran en esa terrible situación.

—Quiero el divorcio —le dijo ella.

Se lo dijo con firmeza y de la forma más directa posible.

Otra mentira más.

—Mi respuesta es la misma de siempre —le respondió Theo con firmeza—. No te lo voy a conceder. ¿Para eso me has llamado hoy? ¿Para eso tanto teatro? Podríamos habernos ahorrado el trago de tener que vernos las caras si le hubieras dicho a mi secretaria que eso era lo que querías. A partir de ahora, te sugiero que no vuelvas a molestarme para pedirme que firme el divorcio. Ya sabes cuál es mi respuesta. Y no va a cambiar. Ni ahora ni en el futuro.

—Ese es precisamente el problema, Theo, no tenemos futuro —le

dijo ella entonces al ver que Theo movía de nuevo la mano hacia la pantalla.

Consiguió una vez más que se detuviera antes de cortar la llamada.

Pero no dijo nada, se limitó a fulminarla con su mirada cortante.

Ella respondió con la misma sonrisa fría de antes, como si esa conversación fuera fácil o incluso divertida para ella, como si nada de eso le afectara, como si de verdad fuera la mujer que había fingido ser durante esos últimos cuatro años. La mujer que Theo creía que era, de eso estaba segura.

—Sé que lo de estos últimos años ha sido divertido…

—¿Divertido? ¿Así llamáis en Texas a lo que ha pasado desde que te conocí? —la interrumpió Theo con una voz engañosamente suave y tranquila—. Yo no utilizaría esa palabra para referirme a nada de esto, la verdad.

—Sí, ha sido divertido este juego que nos traemos entre manos, tratando de ganar puntos frente al otro. Reconozco que este tira y afloja continuo ha sido entretenido —prosiguió ella encogiéndose de hombros e ignorando por completo sus palabras—. Pero me temo que todas las cosas buenas llegan a su fin y lo mismo le ha pasado a esta situación.

—No te voy a conceder el divorcio, Holly. No me importa en absoluto lo que digas para tratar de convencerme. No vas a encontrar un argumento para hacerlo. No puedes negar que he sido muy generoso con la asignación que te entrego cada mes. Por otro lado, puedes vivir tu vida como quieras, sabes que no me importa en absoluto lo que hagas ni con quien lo hagas.

—Bueno, eso dices tú —murmuró ella.

La verdad era que no lo creía, no lo podía creerlo.

Una luz dura y depredadora brilló en sus ojos entonces, convirtiendo su ira en una fuerza de grandes dimensiones que la dejó sin aliento. Sintió que se le encogía el corazón en el pecho y una vez más, quizás engañándose a sí misma, decidió interpretar su ira como una razón más para sentir esperanza.

—La única cosa que no te voy a dar es libertad —afirmó Theo con contundencia.

—¿Por qué?

—Porque sé que es lo único que quieres de verdad, *agapi mu* —le dijo él.

Su voz, que no había dejado de ser áspera y fría desde que comenzaran a hablar, se volvió aún más dura cuando la llamó «mi amor» en su lengua materna. Sabía que no debía tratar de interpretar sus palabras de ninguna otra manera, que estaban completamente vacías de contenido, que no significaban nada.

Estaba segura de que también él recordaba demasiado bien cómo

habían sonado esas palabras cuando él se las había dicho al principio de su relación, cuando le salían del corazón y su voz se lo dejaba muy claro cada vez que le hablaba de esa manera.

—Además de mi dinero, por supuesto —agregó Theo.

—¡Madre mía! —exclamó ella arrastrando las palabras y forzando de nuevo su acento texano mientras se llevaba una mano al pecho con teatralidad.

Sabía que atacarlo de esa manera era la mejor manera de ocultar lo que estaba sintiendo, el dolor que había dentro de ella.

—¡Me encanta ver lo posesivo que eres conmigo! —le dijo con ironía—. Vas a conseguir que me emocione de verdad, Theo. Si sigues así, voy a pensar que aún sientes algo por mí.

—No lo hago —replicó rápidamente él.

Su voz era casi un gruñido, parecía estar consiguiendo sacarlo de quicio.

—Te lo dije ya hace cuatro años y te lo decía completamente en serio, Holly —continuó él fulminándola con su oscura y penetrante mirada—. Gástate mi dinero, avergüénzame delante del resto del mundo, vive como te dé la gana. Puedes hacer lo que quieras y tener lo que desees, menos el divorcio. Eso no es negociable. Si tengo que vivir el resto de mis días arrepintiéndome de lo que hice y sufriendo las consecuencias de nuestro matrimonio, también vas a tener que hacerlo tú.

—Pero te has quedado sin tiempo —le dijo ella entonces encogiéndose de hombros—. Me temo que lo deja muy claro la ley griega, Theo.

Tomó un papel que tenía frente a ella y lo leyó en voz alta, a pesar de que se sabía de memoria el texto que allí había escrito.

—«Según este artículo, el divorcio se concederá siempre en los casos de ruptura matrimonial y si los cónyuges han estado separados durante al menos cuatro años se entenderá que existe en efecto esa ruptura matrimonial». Como ves, aunque he llegado a la conclusión de que tu intención es seguir torturándome durante décadas, me temo que no vas a poder hacerlo.

—Pero nosotros no estamos separados, Holly. Te fuiste tú —repuso Theo mirándola sin poder ocultar su desprecio.

Creía que cada vez estaba peor porque, en vez de asumir el odio que parecía haber en su mirada, podía casi sentir el fuego de sus ojos como una intensa e íntima caricia.

—Siempre puedes volver a mi lado, si eres lo suficientemente tonta o valiente como para hacer algo así —le recordó Theo—. Ya te lo he dicho en más de una ocasión durante estos años.

Se quedó sin aliento al oír sus palabras. En realidad, siempre se lo había dicho a modo de advertencia, como si se divirtiera retándola de

esa manera.

—Vuelve y enfréntate a tus pecados —le había dicho Theo hacía ya algunos años—. ¿Quién sabe? A lo mejor soy más misericordioso de lo que parezco.

Sus palabras le habían parecido una promesa oscura y terrible de lo que estaba dispuesto a hacerle si se atrevía a volver a su lado. Tenía muy claro que, de una manera u otra, Theo iba a hacerle pagar por lo que ella le había hecho.

Ella nunca había aceptado su sugerencia, por supuesto. Los dos sabían que era mucho mejor no jugar con ese tipo de cosas cuando había tanta desconfianza entre los dos.

—Me temo que esos cuatro años son el principal escollo, Theo. No vas a poder salirte con la tuya —insistió ella mientras se obligaba a seguir mirándolo a los ojos,

Trató de calmarse y recordar que lo que estaba haciendo en ese momento era la parte más fácil, que todo iba a ser mucho más difícil si ella terminaba finalmente por conseguir lo que quería y Theo accedía a verse con ella para que pudieran hablar cara a cara.

Después de todo, si se le hubiera dado bien tratar con ese hombre en persona, si hubiera sido capaz de decirle lo que sentía en lugar de huir como lo había hecho, no estaría viviendo en esos momentos una situación tan complicada.

—Lo único que tengo que hacer es demostrarle al juez que hemos estado separados durante todo este tiempo. Como tú sabes, ha sido así —le recordó ella—. Además, puedo mostrar todos los artículos de al menos tres revistas del corazón distintas en las que hablan precisamente del hecho de que vivimos separados desde hace cuatro años. Cuando el juez vea toda esa documentación, nos concederá directamente el divorcio sin tener en cuenta cualquier otra cosa que haya podido pasar entre nosotros…

—Si lo que quieres es creerte tus propios cuentos y convencerte a ti misma de que en realidad tú eres la víctima de esta historia, no voy a detenerte, puedes pensar lo que quieras —le dijo Theo con dureza—. Pero, cuando te atrevas a sacarme el tema de nuestro matrimonio, y espero que no quieras hacerlo a menudo, ten al menos la decencia de no ocultar tu culpabilidad con eufemismos como el que acabas de utilizar. No te refieras a ello diciendo «lo que haya podido pasar entre nosotros» —agregó acercándose un poco más a la pantalla—. Lo que «pasó entre nosotros» fue tu responsabilidad. Exclusivamente. Fuiste tú la que mentiste, la que me engañó desde el principio y la que, para colmo de males, te acostaste con otro hombre para arrojármelo después a la cara. Y después, fuiste tan cobarde como para irte en mitad de la noche en lugar de lidiar con lo que hiciste. Desde entonces, te has dedicado a disfrutar de la vida y viajar por todo el

mundo gracias a mi dinero. Me acusaste antes de estar deseando insultarte y llamarte «mujerzuela», pero no lo voy a hacer. No me voy a referir a ti como si fueras una prostituta porque tengo bastante respeto hacia la que es la profesión más antigua del mundo. En esos casos, al menos suele tratarse de honestas transacciones comerciales y tú no tienes nada de honesto. Lo que hiciste es mucho más rastrero de lo que podría hacer una prostituta, Holly. Nadie me ha ofendido nunca tanto como tú. Nadie.

Ella se limitó a contestar con una sonrisa, tratando de fingir que sus palabras no le dolían como un puñetazo en el estómago, tratando de ignorar el odio y el desprecio que había en su voz y en sus ojos.

Intentaba recordar que todo lo que estaba haciendo iba a valerle la pena al final, que no tenía sentido defenderse de sus ataques hasta que pudieran estar de nuevo en la misma habitación, hasta que pudiera ver si Theo seguía siendo, detrás de esa dura fachada, el mismo hombre que había conocido en Santorini.

No había podido olvidar esa alegría salvaje que la había sacudido de arriba abajo cada vez que Theo la miraba, cada vez que la tocaba. Ese atractivo hombre le había afectado tanto que no había tardado mucho en dejarse llevar por el miedo, temiendo llegar a sentir demasiado por él. Ese miedo la había empujado a querer huir de él, llegando incluso al extremo de mentirle para escapar de una situación que ese momento le había llegado a resultar angustiosa por la intensidad de lo que Theo le hacía sentir.

—Tomo nota —repuso ella con calma.

Le sorprendía que pudiera hablar de manera tranquila cuando por dentro el dolor la tenía completamente atenazada. Miró de reojo el cuadradito en una esquina de la gran pantalla donde aparecía su propia imagen, la misma que estaba viendo él. Le asombró la frialdad de su expresión y ver que no temblaba por fuera como lo hacía por dentro. Sentía que no iba a aguantar mucho más antes de romperse en mil pedazos, pero se recordó que ya tendría tiempo para hacerlo más tarde, cuando estuviera de nuevo sola, en esa pequeña cárcel triste y gris que era su vida sin él. No tenía a nadie a su alrededor que pudiera dudar de sus palabras como lo hacía Theo.

No tenía a nadie…

—Pero veo que sigues sin entenderme —agregó con firmeza.

—No, supongo que no te he entendido nunca —repuso Theo con un gruñido de impaciencia—. ¿Por qué iba a cambiar eso de repente durante el transcurso de una videoconferencia que lamento haber atendido? Debería haberle dicho a mi secretaria que colgara.

—Voy a pedir formalmente el divorcio, Theo —le dijo con calma—, y alegaré como razón principal que llevamos cuatro años separados. También pienso afirmar que fuiste tú el que rompió los votos

matrimoniales.

Oyó que Theo maldecía entre dientes y que lo hacía en su lengua materna.

Se encogió de hombros al oírlo, no iba a dejar que eso le afectara.

—Y sé que el juez me va a creer, por supuesto. Después de todo, tú fuiste durante años un famoso donjuán que se acostó con media Europa. Yo, en cambio, solo era una pobre chica recién llegada de un rancho texano, una joven sin experiencia que se dejó engatusar por ti durante su primer viaje al extranjero.

Theo se pasó una mano por la cara al oírla.

—Por supuesto —susurró con sarcasmo.

Decidió ignorar su comentario.

—La decisión es tuya, Theo. Si accedes a lo que te pido y no tratas de entorpecer el proceso de divorcio, no trataré de hacerme con la mayoría de las acciones de la naviera Tsoukatos como parte del acuerdo.

Ya le había parecido que había estado enfadado con ella desde el principio de su conversación, pero se dio cuenta de repente de que aún podía estarlo mucho más. La mirada que le dirigió en ese momento la sacudió con la fuerza de una descarga eléctrica y la velocidad de un relámpago. Se alegró de estar en Dallas, a miles de kilómetros de él y a salvo de su ira.

Aunque ni siquiera esa distancia geográfica la hizo sentirse segura. Nada podía hacer que se sintiera así. No cuando Theo la miraba como lo estaba haciendo en ese momento. No cuando sabía perfectamente lo que pensaba de ella. Pero al menos la distancia conseguía apaciguar un poco sus temores.

Eso era lo que esperaba.

—De acuerdo —le espetó Theo después de una larga pausa que estuvo a punto de destrozarle los nervios—. ¿Quieres que nos veamos en persona? De acuerdo, lo haré. Pero debo advertirte de que la reunión va a ser menos agradable de lo que te imaginas.

—¿Menos agradable que cuatro años de llamadas telefónicas para insultarme y recordarme que eres tú quien paga las tarjetas de crédito que uso? Dudo mucho que eso sea posible. No ha sido fácil vivir de esta manera, soportando que me recuerdes constantemente que dependo de ti, que eres tú el que sostiene la correa que me impide moverme con libertad. Tampoco es fácil tener que aguantar que me compares con una prostituta como has hecho hoy y que no sea yo precisamente la que salga ganando —le recordó ella con frialdad.

Había tratado de mantener la calma, pero empezaba a resquebrajarse la fachada de impasibilidad tras la que se había ocultado. Podía sentir cómo también sus propios ojos ardían con furia. Creía que eso era mejor que echarse a llorar delante de él, pero tan

difícil de ocultar como unas lágrimas.

—Es difícil creer que voy a verme en una situación aún más desagradable —añadió ella.

Vio que algo se iluminaba de repente en la mirada de Theo y sintió un escalofrío en la espalda. No sabía aún de qué se trataba, pero algo le decía que acaba de convertirla de nuevo en su presa.

«Tengo que arriesgarme, pase lo que pase. O encuentro la manera de volver con él o podré por fin ser libre para seguir adelante con mi vida. No me importa lo que suceda, solo quiero que algo cambie de una vez por todas», se dijo entonces.

Pero sabía que se estaba engañando, sí le importaba lo que pudiera pasar. Le importaba más que nada en ese momento.

—Nos veremos, pero yo decido dónde —le dijo Theo.

Algo en su mirada hizo que le pareciera más grande y más peligroso que nunca.

—De acuerdo. Si así piensas que estás a cargo de las cosas… —comenzó ella haciendo todo lo posible por tratarlo con cierta condescendencia.

Pero no era así como se sentía. La verdad era que le costaba respirar. Sabía que Theo estaba a punto de atacarla de alguna manera, que estaba a punto de hacer algo que le iba a afectar más de lo que quería.

—Barcelona —la interrumpió Theo en voz baja.

Consiguió sorprenderla tanto que su rostro no consiguió ocultar lo que sentía. Fue como una patada en el estómago y vio que Theo se había dado cuenta, pudo ver el brillo de satisfacción en sus ojos oscuros. Le estaba dejando muy claro que ella no era la única que podía jugar y apostar fuerte.

—Nos vemos en el Chatsfield de Barcelona dentro de tres días —agregó Theo—. Creo que lo conoces bien.

Sabía de sobra que lo conocía. Theo la había llevado allí en cuanto se casaron. En ese hotel habían pasado el mejor mes de su matrimonio. Y, para ella, también el mejor mes de toda su vida.

—¿Quieres que quedemos para hablar de nuestro divorcio en el mismo lugar donde pasamos la luna de miel? —le preguntó atónita.

Estaba demasiado sorprendida para hablarle con la misma frialdad con la que lo hacía siempre, para interpretar el papel que con tanto cuidado había representado durante esos últimos años, demasiado desilusionada para protegerse con el tono de su voz o la expresión de su rostro. Durante un segundo, no le importó lo que Theo pudiera ver en ella. Sus semanas en Barcelona estaban llenas de los mejores recuerdos que tenía de su breve e intensa relación. Solo allí había sido feliz de verdad. Solía recordar con frecuencia esos días, aferrándose a la absurda idea tonta de que él había sentido lo mismo.

—Theo…

—Barcelona dentro de tres días, Holly. O lo aceptas o no nos vemos —la cortó Theo con evidente satisfacción.

Después, sin darle tiempo a reaccionar, apretó un botón en su pantalla que dio por terminada la videoconferencia.

Holly se quedó inmóvil donde estaba, pensando en el lío en el que acababa de meterse.

Una vez más.

Theo entró en su suite del Chatsfield de Barcelona detrás del eficiente botones que transportaba su equipaje. Miró con el ceño fruncido el interminable flujo de mensajes que se acumulaban en su teléfono móvil. Levantó brevemente la vista y se quedó inmóvil al reconocer de repente dónde estaba.

Conocía esa suite. Había pasado un mes entero allí. Y, aunque le doliera recordarlo, había pasado la mayor parte de ese tiempo sin salir de ese dormitorio, lo conocía tan bien como la palma de su mano.

Recordaba esos altos techos, las vistas de los ventanales desde se podía contemplar el elegante paseo de Gracia, la versión española de los Campos Elíseos de París. Y si levantaba la vista podía ver a lo lejos el brillante mar Mediterráneo.

Tampoco habían cambiado los muebles. La decoración era lujosa, sobria y muy elegante, las señas de identidad de la cadena Chatsfield, un imperio hotelero que era conocido en todo el mundo.

Se fijó en el recibidor, sus paredes estaban adornadas con llamativas obras de artistas locales. Desde allí se pasaba al dormitorio, dominado por una enorme y sugerente cama y un balcón privado que conocía muy bien. Demasiado bien…

Al lado había un salón diáfano y luminoso decorado con pétalos de rosa. Recordaba a la perfección todo lo que estaba viendo, hasta el más mínimo detalle. Estaba igual que hacía cuatro años y medio.

Era como retroceder en el tiempo y no habría podido definir lo que sintió en ese instante, pero algo se revolvió dentro de él con fuerza, algo que estuvo a punto de hacerle perder el control.

Le parecía imperdonable. Sabía que todo eso era obra de Holly, estaba seguro de ello. Creía que todo lo que esa mujer le había hecho durante todos esos años era imperdonable.

Y en momentos como ese se daba cuenta de cómo era en realidad.

Una pequeña voz dentro de él le recordó que Holly era igual que su padre. A ella tampoco parecía importarle el daño que le pudiera hacer, a esa mujer no parecía importarle nada.

—¿Es esta la suite nupcial? —le preguntó al botones con tanta brusquedad que el pobre hombre se sobresaltó como si acabara de

darle una bofetada.

—Sí, señor —repuso el botones.

Comenzó entonces a explicarle todas las comodidades con las que contaba la suite y todos los románticos detalles que habían preparado, pero se quedó callado de repente al ver el gesto de Theo.

Estuvieron en silencio unos segundos.

Después, Theo miró de nuevo a su alrededor. Vio una cubitera con una botella de champán en la mesa baja que había frente a los ventanales desde donde se veía una impresionante panorámica de la ciudad.

No necesitaba acercarse para adivinar la marca del champán. Estaba seguro de que sería el mismo que había pedido que le subieran a la habitación una noche de hacía cuatro años. El mismo champán, exclusivo y muy caro, que había derramado y bebido sobre la suave piel de su esposa. Recordaba perfectamente haber lamido el burbujeante vino que caía entre sus pechos o en la maravillosa cuenca de su ombligo. Se estremeció al recordar cómo había seguido después bajando por su cuerpo, saboreando el champán entre sus muslos y en su zona más íntima cuando había creído que esa mujer era solo suya y de nadie más.

Se dio cuenta de que esa noche había echado a perder hasta la última gota de ese condenado champán. Para nada.

Apenas podía contener su ira, no le habría extrañado nada que en ese momento la intensidad de su enfado consiguiera dejar sin luces toda la ciudad o provocar un seísmo en toda la Península Ibérica. Cada vez le costaba más contenerse. Era mucho peor allí, en un lugar que albergaba tantos recuerdos.

—Gracias —le dijo de mala gana al botones mientras le daba unos cuantos euros de propina.

Cuando por fin se quedó solo, se acercó a la mesa y miró la tarjeta que alguien había dejado junto a la cubitera del champán.

¡Qué sitio tan perfecto para firmar por fin nuestro divorcio! Ha sido una idea estupenda, decía la nota. No le costó reconocer la redonda y elaborada letra de Holly, era el tipo de letra que haría una niña ingenua y algo alocada. Al principio, así le había parecido que era ella, pero había logrado engañarlo por completo.

En la parte de abajo de la nota había anotado su número de móvil. No lo necesitaba, se lo sabía de memoria desde hacía mucho tiempo, aunque nunca la había llamado.

Sacó su teléfono y lo marcó sin ser apenas consciente de lo que hacía y, antes de que pudiera arrepentirse, oyó la sensual voz de Holly al otro lado de la línea. Y él seguía allí de pie, solo en medio de una habitación que le hacía recordar demasiadas cosas. La última vez que había estado allí había hecho el amor con ella en cada superficie de la

suite, se había dejado llevar por la pasión y perdido dentro de ella una y otra vez. Entonces, había sentido que ya no sabía dónde terminaba él y empezaba ella. Nunca se había sentido tan unido a nadie en su vida, solo había podido pensar en ella. Tenía que reconocer que allí había vivido días y noches de pura felicidad.

Había creído entonces que iba a pasar el resto de su vida disfrutando de ella y de la intensa pasión que habían compartido entre esas paredes.

Se sentía atrapado, como si Holly lo hubiera metido en una especie de prisión hecha con sus recuerdos y sus ilusiones. Y estaba seguro de que lo había hecho de manera deliberada, para hacerle sufrir aún más.

—¿Qué te ha parecido la suite? —le dijo Holly a modo de saludo.

De haber necesitado ratificar sus sospechas, la aparentemente inocente pregunta de su esposa le habría bastado para comprobar que había estado en lo cierto, que ella misma se había encargado de que le ofrecieran la suite nupcial para hacerle recordar aquellas semanas.

Estaba enfadado con ella, pero supuso que también era culpa suya en parte. Después de todo, él había sido el que había sugerido que se vieran en el Chatsfield de Barcelona.

—Ven a verla por ti misma —le sugirió él sin poder esconder la furia en su voz—. Eres la persona más indicada para comprobar que todos los muebles están igual que antes. Después de todo, si no recuerdo mal, tú fuiste la que te tumbabas, sentabas o inclinabas sobre la mayoría de ellos.

Holly se limitó a echarse a reír, pero el sonido no tenía nada que ver con las carcajadas que recordaba, esa risa libre y despreocupada que solía encandilarle, que casi podía sentir dentro de él.

La risa de ese día era artificial, era la risa de Holly Tsoukatos, más comedida y mucho menos alegre que la de aquella chica texana que conoció en Santorini. La nueva risa era más adecuada para eventos de caridad y elegantes cenas de gala.

—¡Qué invitación tan tentadora y agradable! —repuso ella con ironía—. Gracias, pero voy a tener que decir que no. Estoy ahora mismo en el restaurante del hotel, por si quieres bajar a saludarme. Después de tanto tiempo… Podría ser una especie de comienzo informal para nuestro proceso de divorcio. ¿Quién dice que no podemos ser civilizados y relacionarnos como dos adultos?

—Al menos en público, ¿no? —repuso él.

Tuvo que controlarse, algo que había aprendido a hacer durante esos últimos años, para conseguir aplacar a esa bestia que parecía rugir dentro de él y hacía que quisiera ponerse en movimiento cuanto antes, era casi como si Holly ejerciera una especie de atracción magnética hacia él que era demasiado fuerte como para que pudiera combatirla. Como si hubieran sido solo kilómetros los que les habían

obligado a estar separados durante ese tiempo, nada más.

—¿Crees que es buena idea? —le preguntó él.

Holly lo sorprendió entonces con una carcajada más ronca y profunda, un sonido más real que le hizo apretar con fuerza su teléfono móvil. Sintió cómo se tensaba cada parte de su cuerpo. Recordaba demasiado bien ese sonido, le afectaba tanto como si Holly acabara de tocarlo, como si pudiera sentir en ese momento esos delicados y hábiles dedos sobre su piel desnuda. Recordó haber estado dentro de ella frente a la ventana que tenía delante de él en ese instante. Holly había tenido las piernas sobre sus hombros y las manos apoyadas en el alfeizar de esa ventana. Había sido increíble… Recordaba haber oído entonces esa misma risa saliendo de su garganta.

Recordaba demasiado.

Había demasiados fantasmas en esa suite. Era como si las propias paredes estuvieran empapadas de felices recuerdos, los mismos que había estado tratando de olvidar durante los últimos cuatro años, fingiendo que nada de eso había sucedido.

—Me temo que nada de lo que ha habido entre nosotros ha sido buena idea, Theo —le dijo Holly entonces.

Parpadeó sorprendido al oír sus palabras, le había dado la impresión de que había tristeza en su voz, pero sabía que eso era imposible. Supuso que se lo había imaginado, que estar en ese lugar estaba logrando confundirlo. Se sentía embriagado por mil sensaciones y creía que la culpa la tenía ese hotel y la suave noche española que lo envolvía todo.

Tardó un buen rato en darse cuenta de que Holly había colgado.

No se paró a pensar, se limitó a ponerse en movimiento.

Apenas se fijó en el elegante ascensor de paredes doradas que usó para bajar de nuevo al gran vestíbulo. Tampoco se paró a contemplar la decoración de la entrada, la sofisticada clientela del Chatsfield ni a los turistas que entraban para hacer fotos del famoso hotel. Fue directo al restaurante.

No se detuvo tampoco frente al atril del maître, entró y miró a su alrededor.

Una de las mesas estaba ocupada por una pareja joven, en otra cenaba una bulliciosa familia. Atrajeron su atención las risas de una mesa en la que estaban varias mujeres mayores y, al lado, un grupo de hombres de negocios con aspecto aburrido y cansado.

Hasta que por fin la vio.

Y fue entonces cuando se le ocurrió que debía detenerse. Quería pararse a pensar. Sabía que tenía que usar la cabeza y no otra parte de su anatomía que amenazaba con tomar las riendas si él se lo permitía. No podía dejarse llevar por la atracción que sentía como había hecho

la primera vez, cuando la vio entre la gente de un café de Santorini. Recordaba perfectamente ese momento, la luz que había irradiado entonces. Había sido imposible no quedarse embelesado mirándola.

Esa vez no iba a dejar que lo engatusara de la misma manera, pero seguía siendo tan bella…

Eso no podía negarlo. Tampoco sabía por qué su belleza conseguía enfadarlo, pero eso fue lo que sintió en esos momentos. Tenía un aspecto muy elegante y absolutamente delicioso. Llevaba un vestido perfecto que conseguía resaltar su figura sin ser provocativo. De hecho, tenía una imagen casi regia.

Incluso sus gestos y su pose tenían un aire aristocrático. Tenía la barbilla apoyada en la mano mientras contemplaba entretenida la calle donde estaba el hotel y a la gente que pasaba. Con la otra mano sujetaba el tallo de una copa de vino. Vio que aún llevaba puestos el anillo de compromiso y la alianza, los que le había colocado él mismo en el dedo anular.

No pudo evitar recordar entonces cuando la vio por primera vez. A pesar de que ya habían pasado muchos veranos desde aquel, era un recuerdo tan intenso como doloroso.

Eran las doce del mediodía y Theo acababa de levantarse y salir de la casa de una mujer con la que había pasado la noche. Ni siquiera recordaba su nombre. Era algo habitual en él.

Decidió no ir directo a la villa que su familia tenía en la isla, no le apetecía tener que oír una vez más la charla de su padre, que no se cansaba de recordarle que debía afrontar sus responsabilidades y ponerse a trabajar.

En vez de volver a casa, subió una de las cuestas del pueblo hasta llegar a su restaurante favorito. Su idea había sido convencer al propietario, que era uno de sus mejores amigos, para que le preparara sus platos favoritos y conseguir superar los efectos de otra larga noche de excesos.

Pero se había encontrado con Holly nada más entrar al restaurante y esa joven lo conquistó desde el primer momento con su belleza, su risa contagiosa y la brillante luz de sus ojos. Recordaba perfectamente lo inocente que le había parecido. Aquel momento había cambiado para siempre su vida.

La primera vez que la vio había estado sentada a una mesa del restaurante con el mismo gesto elegante y aire melancólico que tenía en ese momento.

Pero se recordó de nuevo que debía respirar profundamente, calmarse y pensar. No podía olvidar que todo era parte de una especie de actuación que estaba escenificando Holly para conseguir algo de él, para lograr sus propios fines. Se dio cuenta de que había decidido sentarse en una mesa que estaba junto a una ventana abierta que daba

a una de las calles más populares y concurridas de Barcelona. Comprendió entonces que todo eso era parte de su plan. No solo el hecho de que quisiera reunirse con él en público y en un restaurante como cuando se conocieron, sino que además había querido estar rodeada de gente, como si lo necesitara para sentirse a salvo.

Holly parecía estar convencida de que era ella la que estaba controlando el juego, la que creía que estar controlándolo también a él.

Decidió en ese momento que también él iba a jugar. Y pensaba ganar.

Se puso de nuevo en movimiento y fue hasta su mesa. Sin decir nada, se sentó frente a ella. Tomó la copa de vino de la que había estado bebiendo ella y le dio un buen trago. Su boca presionó deliberadamente la leve marca que había dejado Holly en el cristal con su pintalabios.

Bebió mientras la miraba.

La mesa estaba en una zona en penumbra y la miró a los ojos, pero no pudo leerle el pensamiento. Eso era algo nuevo, no le había pasado cuando la conoció. Entonces le había parecido una joven completamente transparente, un libro abierto, pero supuso que eso también había sido un engaño.

Se recordó que nada de eso importaba ya. El juego había cambiado y esa vez tenía muy claro que no iba a dejarse ganar.

No iba a haber ninguna sorpresa en esa ocasión.

—*Kalispera*, Holly —la saludó él.

Ella lo miró y parpadeó, pero le dio la impresión de que Holly había sabido que él estaba allí desde que entrara en el restaurante, aunque había estado dándole la espalda todo el tiempo.

Estiró las piernas bajo la mesa y notó que ella se movía levemente, como si estuviera tratando de apartarse para mantener cierto espacio entre los dos, como si un leve y accidental roce de sus piernas fuera suficiente para conseguir que los dos estallaran en llamas. No le extrañó que Holly lo pudiera pensar, no se equivocaba. Y eso no hizo más que enfurecerlo más aún. Pero también estaba más decidido a ganar ese juego, costara lo que costara.

—Tienes buen aspecto. Parece que te sienta bien mi dinero —le dijo él—. ¿Qué te parece? ¿Estoy siendo lo suficientemente educado? Es un buen comienzo, ¿no?

Capítulo 3

Holly había soñado con ese momento mil veces. O más incluso.

«De verdad está sucediendo, es real. No lo estoy soñando», se dijo ella mientras trataba de que su cara no mostrara lo que sentía. O al menos, quería aparentar estar tranquila. Y no era fácil porque el corazón le latía a mil por hora.

—Hola, Theo —le dijo ella con calma.

Consiguió hablarle como si no fuera la primera vez que se veían en persona desde hacía ya casi cuatro años, como si estar de vuelta en Barcelona, en el Chatsfield ni más ni menos, no significara nada para ella, como si no sintiera nada en absoluto, como si realmente se hubiera convertido en la mujer que Theo creía que era.

Trató de calmarse y recordar que no iba a tener que soportar esa situación durante mucho tiempo.

—¿Has tenido un vuelo agradable? —le preguntó ella.

—Por supuesto.

Era mucho más difícil enfrentarse a él en persona. Sentía que ese hombre, con su mera presencia, tenía la capacidad de dejarla sin oxígeno, de paralizarla. Siempre le había pasado.

—Siempre son vuelos agradables —añadió Theo—. Sería absurdo que ocurriera lo contrario cuando vuelo en un avión privado con mi propio personal a mi disposición.

—A mí me pasa lo mismo cuando mando que cierren las mejores de tiendas de la Quinta Avenida y de Rodeo Drive para poder comprar a gusto con tus tarjetas de crédito.

—No hace falta que me lo recuerdes, ya me doy cuenta cuando veo las escandalosas facturas.

El rostro de Theo seguía pareciéndole tan fascinante como cuando lo conoció. De líneas duras y muy masculinas, no podía esconder que era griego. Tenía un rostro tan bello que parecía atraer a su paso la atención tanto de las mujeres como de los hombres. Eran muchas las personas que se quedaban mirándolo, pero sabía que esa gente no podía ver en sus ojos oscuros la ferocidad que parecía reservar solo para ella. Había algo muy peligroso y violento en su mirada. Sabía que nunca le haría daño, no físicamente, pero sí de otras maneras.

Había sido igual de intenso en la cama. Pero sabía que no podía permitirse pensar en cómo había sido el sexo con él, no le convenía a hacerlo. Aun así, no pudo evitar recordar esa última vez, justo después

de que ella le confesara lo que había hecho. Theo se había mostrado tan posesivo, tan lleno de ira hacia ella…

—No sé qué es lo que quieres, Holly, pero no he venido a Barcelona para hablar del tiempo —le dijo Theo con calma.

Pero a ella no podía engañarla con ese tono. Aunque pareciera tranquilo, podía sentir en sus huesos el poder letal que emanaba de su mirada, apretándose a su alrededor como una soga.

—No me interesa hablar de tonterías —prosiguió—. Ya te dije hace cuatro años de qué íbamos a hablar si te atrevías a mirarme a la cara de nuevo. ¿De verdad es aquí donde quieres hablar de la conversación que tenemos pendiente?

—Nunca trataría de obligarte a hacer nada en contra de tu voluntad —respondió ella echándose hacia atrás para parecer más relajada de lo que lo estaba.

Estar allí con él estaba siendo más difícil de lo que se había imaginado. Ni siquiera era capaz de recordar en ese momento qué estaba haciendo con él en ese restaurante de Barcelona. Theo estaba frente a ella y su instinto le decía que debía protegerse de ese hombre. Lo único que tenía claro era que debía conseguir que él siguiera odiándola. Era doloroso, pero sabía que también era lo más seguro. Más seguro para ella, pero su decisión también la había abocado a una vida mucho más fría y vacía. Tan vacía… Ya lo había sido su infancia y era algo con lo que había tenido que vivir también durante los últimos años.

—Sé que es muy importante para ti sentir que llevas las riendas —agregó ella.

—Supongo que ese el objetivo de toda esta farsa, ¿no? —le espetó Theo con el ceño fruncido.

Holly bajó la vista y vio que él estaba acariciando su copa de vino como solía acariciar su cuerpo y supo en ese instante que lo estaba haciendo a propósito, que sabía exactamente lo que estaba consiguiendo al pasar lentamente sus dedos por el delicado cristal. No pudo evitar estremecerse y sintió una oleada de calor recorriendo como una lengua de fuego todo su cuerpo.

—La suite nupcial, los pétalos de rosa, el champán… Supongo que querías forzarme a recordar el pasado. No deja de sorprenderme cuánto pareces disfrutar haciendo daño a los demás. Esa suite es un auténtico infierno —le dijo él con dureza—. Pero me imagino que en el infierno te sientes como en casa, ¿no? ¿Qué es lo que quieres de mí, Holly?

—Ya te dije lo que quería.

Era muy difícil controlar su voz estando frente a él y con solo una pequeña mesa separándolos. Apenas podía controlar sus nervios ante su intensa y masculina presencia. Se sentía atraída hacia él con la

fuerza de un imán de tamaño industrial. Había olvidado cuánto podía afectarle ese hombre. No entendía cómo podía haber olvidado también lo impotente que se sentía al estar cerca de Theo. Era como si la tuviera bajo los efectos de un poderoso hechizo, como si pudiera convertirla en su esclava.

Sentía que con Theo solo tenía dos opciones. Podía alejarse o desaparecer dentro de él. Era como un agujero negro que podía absorberla por completo, de la misma forma que un amor tan destructivo como ese había conseguido aspirar a su padre. Lo había vivido desde niña, había visto con sus propios ojos cómo ese tipo de relación tan absorbente terminaba por destruir a su padre después de que su madre los abandonara. Estaba segura de que a ella le pasaría lo mismo con Theo.

Trató de no pensar en ese momento en sus padres y mantuvo la mirada fija en sus ojos mientras le recordaba lo que quería.

—El divorcio.

—Y yo ya te dije que no iba a concedértelo. Además, aún no se ha cumplido ese plazo mágico de los cuatro años de separación que, según la ley griega, podría ayudarte a conseguir el divorcio. Si eso era lo que querías, no deberías haber venido a Barcelona. Porque, ahora que nos hemos visto cara a cara, ya no podrás demostrarle al juez que hemos estado cuatro años separados. Este encuentro pone el reloj de nuevo a cero, ¿no es así?

—No, claro que no. No importa que estemos en la misma ciudad —repuso ella con más seguridad de la que sentía—. No vamos a estar juntos, ni siquiera vamos a alojarnos en el mismo hotel.

Vio que sus palabras habían conseguido sorprenderlo. Le pareció ver el breve destello de algo distinto en sus ojos, pero no tardó en fruncir el ceño. Parecía cada vez más enfadado.

Se alegró entonces de haber decidido reservar una habitación en el Harrington, un lujoso y pequeño hotel que estaba en el centro del famoso Barrio Gótico de Barcelona. Se dio cuenta de que había sido una decisión muy inteligente por su parte. Era como si por fin estuviera empezando a aprender cómo debía manejar a ese hombre.

Después de tantos años separados, parecía estar aprendiendo algo. Por fin.

—Te lo repetiré de nuevo, ¿qué es lo que quieres, Holly? —le preguntó una vez más mirándola con dureza a los ojos—. Es obvio que querías que nos viéramos las caras de nuevo por alguna razón. Muy bien, aquí estamos. Tienes tres segundos para decirme qué es exactamente lo que te traes entre manos.

—¿O qué? —repuso ella en un tono burlón—. ¿Qué vas a hacer si no te lo digo?

Esperaba estar consiguiendo engañarlo con esa fachada de

seguridad. En realidad, estaba muy incómoda. No reconocía en absoluto la versión de Theo que tenía delante de ella. No tenía nada que ver con el joven apasionado y amante de la vida y del sol que había conocido en Santorini. Aunque había leído artículos sobre él en la prensa durante esos últimos años y había esperado encontrarlo cambiado, nada podría haberla preparado para el hombre que tenía delante de ella. Era mucho más duro y cruel, no había nada en él que pudiera considerarse manso. Nada tenía que ver con el gato holgazán y ocioso que había sido. Seguía habiendo algo de ese felino en él, pero era todo garras y colmillos. Pensó que quizás por eso estaba alargando tanto ella su respuesta en vez de decirle la verdad de manera más directa.

O quizás lo estuviera haciendo porque tenía miedo.

Le aterraba que él no la creyera.

Y le aterraba aún más que lo hiciera.

—Porque tienes que saber que ya no me afectan tus amenazas —le recordó ella—. ¿Qué me podrías hacer que no me hayas hecho aún?

—Excelente —susurró él con una voz dulce cargada de veneno—. Veo que avanzamos rápido, ya hemos llegado a la parte de la conversación en la que buscamos culpables. ¿De verdad estás dispuesta a hacerme creer que yo fui culpable de algo? —le preguntó riendo.

Pero no era un sonido agradable, sino uno que se abalanzó sobre ella consiguiendo que se le erizara la piel y se quedara sin aire. Esas crueles carcajadas tenían la capacidad de ser tan peligrosas como él mismo.

—Tengo que admitir que estoy deseando ver cómo tratas de convencerme de ello, va a ser una actuación interesante con la que podrías ganar un Óscar de Hollywood —añadió sarcástico—. Por favor, Holly, no me hagas esperar más. Dime qué es lo que te he hecho yo, cómo te hice daño, cómo te traicioné.

No podía respirar. Lo intentó, pero no podía. Su mirada estaba consiguiendo abrasarla y había demasiada condena en su apretada boca. Se sentía como si Theo la hubiera encadenado a su silla utilizando para ello la fuerza de su ira. Nunca se había sentido tan débil ni tan frágil como en ese instante. Le tentaba la idea de rendirse, pero sabía que no podía hacerlo.

—Estoy preparada para hablar de nuestro matrimonio —le dijo ella entonces mientras trataba de luchar para controlar sus sentimientos y tratar de calmarse—. ¿Lo estás tú? Porque, si no recuerdo mal, la última vez que tratamos de hablar de ello no hubo más que gritos y puñetazos en las paredes.

Estaba mintiendo y los dos lo sabían. Sí había habido algo más. Después de la pelea, habían hecho el amor de una manera salvaje y

casi animal. Pero eso no pensaba recordarlo en voz alta. Tampoco lo hizo Theo.

Pero podía notar que había entre ellos las mismas llamas y la misma fuerza violenta y amenazadora que los había dominado entonces. Era casi como si acabara de suceder.

Como si pudiera oír de nuevo cómo se rasgaba la tela de su camisa cuando ella se la arrancó de golpe, como si las palmas de sus manos recordaran con demasiado detalle cómo había sido agarrarse a él mientras mordía su piel. Podía recordar, sin apenas esfuerzo, la rabia y las llamas que los habían consumido a los dos, la traición y la multitud de emociones que habían sentido, las lágrimas que había tenido que contener, la sensación de tenerlo dentro de ella, muy dentro, por última vez. Había sido un momento tan desgarrador como bello, la manera más dolorosa de decirse adiós, pero la única manera posible de hacerlo.

—Sí, por supuesto, hablemos de nuestro matrimonio si eso es lo que quieres —le dijo de repente Theo echándose hacia delante en su silla y apoyando los codos en la pequeña mesa.

Se sintió aún más atrapada al tenerlo tan cerca, como si estuviera dentro de una jaula, como si desaparecieran de pronto el restaurante y el resto de la ciudad.

—Si no te importa, lo resumiré en pocas palabras —comenzó Theo sin dejar de mirarla a los ojos—. Yo te adoraba. Tú me traicionaste. Fin.

—Un resumen un poco simplista, ¿no te parece?

—La verdad suele ser simple —repuso él.

Vio algo en él en ese instante que lo hacía más parecido a un animal que a un ser civilizado. Había algo crudo y salvaje en sus ojos oscuros, una especie de advertencia. O quizás fuera una invitación.

—Y lo que te acabo de resumir es la verdad de nuestro matrimonio, Holly. Si tú lo recuerdas de otra manera, a lo mejor es que me has confundido con otro de tus amantes.

—¿Ahora me acusas de tener amantes? ¿En plural? —replicó ella tratando de hablarle con cinismo.

Pero estaba cansada de sus acusaciones y sabía que no podía ocultar la tristeza que Theo estaba viendo en sus ojos, aunque no quisiera aceptarlo.

—Sé que me aseguraste que solo había habido uno, pero supongo que no te extrañará que, dadas las circunstancias, me cueste creerlo. ¿Quién es infiel solo una vez? Nadie.

Lo dijo que como si tuviera experiencia personal, pero ella prefería no pensar en eso. No en ese momento, no cuando estaba a punto de decirle por fin la verdad.

—No te reprimas —le dijo ella en voz baja mientras enderezaba los

hombros y levantaba orgullosa la cara.

Sentía la necesidad de mostrar un frente fuerte porque las palabras de Theo le dolían como si la hubiera golpeado con sus propios puños. La actitud que estaba teniendo con ella le estaba haciendo tanto daño que le costaba respirar.

—Sácalo todo fuera, Theo. Todo ese veneno que guardas para mí. Sé que llevas años esperando esta oportunidad —añadió.

—La verdad es que sí.

La sonrisa de Theo la cortó como una cuchilla, la sintió muy dentro. No era solo el daño que aún podía hacerle, también sufría porque le daba la impresión de que nunca iba a conseguir recuperarse, nunca iba a poder vivir su vida como si nada hubiera pasado.

Pero se dio cuenta de que tenía que arriesgarse, que merecía la pena intentar cambiar las cosas porque tampoco entonces estaba viviendo plenamente su vida. Creía que, por un lado, era una suerte que su padre no hubiera vivido para ver lo que había hecho con su vida. Aunque, por otro lado, pensaba que él la habría entendido mejor que nadie. La habría entendido demasiado bien. Después de todo, tenía que reconocer que se parecía mucho a su padre.

—Me dijiste lo que habías hecho y te fuiste de noche. Cuando me levanté a la mañana siguiente ya no estabas —le dijo Theo—. Con el tiempo, llegué a comprender que todo eso era parte de tu plan. Entendí que habías tenido muy claro tu plan desde el primer momento y que yo no era más que una presa.

—Vaya, me haces parecer muy malvada…

Theo la miró inclinando a un lado la cabeza.

—Por algo será… Pero no entiendo qué quieres hacer ahora. ¿Pretendes que hablemos de tu traición con detalle? No quise saberlo entonces y mucho menos ahora. Supongo que todo lo que hiciste, lo que pasó, no era más que un medio para que tú consiguieras tu objetivo, nada más. Me di cuenta entonces de que lo único que te importaba era lo que ya tenías, mi anillo en el dedo y acceso a mi cuenta bancaria.

—Yo supuse entonces que, si de verdad querías hablar conmigo de lo que había pasado, podías haber ido en mi busca cuando me fui —le recordó ella.

En cierta medida, había pensado que eso era lo que Theo iba a hacer en cuanto se calmara un poco y desapareciera la locura que los había dominado a los dos durante esa última noche juntos.

De hecho, había pensado en lo que iba a hacer y decirle cuando Theo fuera a buscarla para hablar de lo que había pasado. Él siempre la había perseguido, había ido tras ella desde el principio, por eso era precisamente por lo que había decido mentirle como lo había hecho para escapar de su lado.

Pero Theo no había tratado de aclarar las cosas para conseguir que volviera a su lado o para hablar de ello, se había limitado a dejar que se fuera. Había tardado mucho tiempo en aceptar que no quisiera saber nada más de ella. Y más tiempo aún entenderse a sí misma. Porque, aunque había querido que la creyera cuando ella lo mintió diciéndole que le había sido infiel para poder escapar de esa relación que amenazaba con destruirla por completo, otra parte de ella había estado segura de que Theo no podría creerla, que se daría cuenta enseguida de que ella no era capaz de traicionarlo de esa manera. Esa parte de su ser había soñado con que Theo la conociera mejor de lo que se conocía a sí misma.

—Te dije que iba a volver a Texas. No te habría sido difícil encontrarme, siempre supiste dónde estaba —le recordó ella.

Theo se inclinó un poco más hacia delante y tomó su mano. Aunque era un gesto frío, una parodia de la forma en la que lo habría hecho en el pasado, no pudo evitar estremecerse en cuanto la tocó.

Sintió el contacto de arriba abajo y mil chispas estallaron dentro de ella. Se le encogió el estómago y le costó respirar con normalidad. Creía que, de no haber estado sentada, ese mero roce de sus manos habría sido suficiente para hacer que perdiera el equilibrio. Estaba segura de que Theo se había dado cuenta. No se le había pasado por alto que ella estaba de repente temblando.

Solo esperaba que él lo achacara a los nervios o al miedo. Era vergonzoso para ella, pero mucho más seguro que la verdad, que todas esas sensaciones y sentimientos que aún conseguía despertar dentro de ella.

Theo tocó su anillo de compromiso, de zafiro y diamantes, y comenzó a deslizarlo con el pulgar a un lado y a otro. La luz de las velas que iluminaban el restaurante lo hizo relucir y él se quedó ensimismado mirándolo. Recordaba haberle visto haciendo eso mismo durante los primeros meses de su matrimonio, como si Theo hubiera estado tan prendado de ese anillo como lo estaba ella.

Se le vino entonces a la mente el instante en el que vio esa sortija por primera vez, cuando Theo se la puso él mismo en ese dedo. Estaban los dos en lo alto de un acantilado de la isla de Santorini, la suave brisa jugaba con su cabello y el cálido sol del verano los iluminaba con su luz…

Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración, esperando. Aunque no sabía qué era lo que estaba esperando.

—No podía ir a buscarte, eso te habría dado una idea equivocada —le dijo Theo entonces en voz baja mientras la miraba con dureza—. No quería nada contigo, a quien deseaba tener era a esa chica dulce e inocente que me cautivó en Santorini, la joven con la que me casé. Pero esa chica no era real. ¿Por qué iba a querer recuperar a esa

mentirosa que me engañó durante meses fingiendo ser esa chica dulce e inocente? ¿Por qué iba a querer estar contigo cuando ni siquiera sé cómo eres de verdad?

Holly apartó la mano y no se le pasó por alto que él dejó que lo hiciera. Su fuerza y su poder eran como una brillante luz que la atravesaba de arriba abajo. No tenía ninguna duda, no podía fingir que ese hombre no tenía poder sobre ella y también tenía muy claro que se había convertido en alguien muy cruel y despiadado. Parecía estar disfrutando al ver que le hacía daño. Pensó que quizás hubiera sido así siempre, que a lo mejor también él había escondido su verdadera identidad.

—¿Es que ahora dudas incluso de lo que sabes que fue verdad? —le preguntó ella.

Durante unos segundos, se olvidó de ocultar su dolor tras la máscara que había llevado puesta todos esos años, se olvidó también del juego en el aún debía estar participando. Se olvidó de sí misma.

—Supongo que te refieres al hecho de que fueras virgen cuando nos conocimos, el gran emblema de tu inocencia —repuso Theo encogiéndose de hombros.

Estaba siendo despectivo a propósito, estaba segura. Trataba de hacerle daño y tenía que reconocer que se le daba muy bien hacerlo.

—Pues sí, Holly. Tengo mis dudas.

No le sorprendió su respuesta. Se había esperado algo así. Pero, aun así, no pudo evitar sentirse vacía, destrozada y sucia.

—Felicidades —le dijo ella—. Estoy comprobando que, tal y como temía, te has convertido en alguien como tu padre. Debería haber aceptado el dinero que me ofreció.

Era consciente de que le estaba dando demasiada munición, un exceso de pruebas que podía llegar a usar en su contra, pero no podía dejar de hablarle con sinceridad y mostrarse como era.

Theo se movió en su silla y le pareció ver algo oscuro y peligroso en sus ojos, como si hubiera conseguido anotar un tanto con sus palabras. Pero se repuso rápidamente, antes de que ella pudiera decirle que lamentaba lo que le había dicho.

—Creo que los dos sabemos que ese dinero no habría sido suficiente para ti —repuso Theo con una sonrisa cruel que hizo que se estremeciera—. Lo que no he terminado nunca de entender es por qué no aprovechaste para conseguir hacerte con todo. No te habría sido difícil engañarme completamente. Te podrías haber asegurado de que estuviera atado a ti para siempre como han hecho siempre otras mujeres como tú. Sabes de sobra que nunca habría abandonado a mi propio hijo, podrías haber esperado un poco más, hasta que te quedaras embarazada. Entonces, me habría visto obligado a seguirte el juego hasta el final de mis días.

Sabía que era absurdo que se sintiera tan sorprendida como lo estaba al ver que ese hombre era casi un desconocido para ella. No era el Theo del que había estado tan enamorada en el pasado ni el hombre que la había amado a ella.

Sus palabras eran una prueba de lo mal que se le daba en realidad ese juego. Después del tiempo que había pasado, Theo seguía pensando que ella podría ser capaz de hacer algo así, de quedarse embarazada de manera deliberada para atraparlo y para conseguir más dinero. Durante unos segundos, se quedó en blanco y sintió un pitido en los oídos, era como si acabara de darle un puñetazo, como si estuviera a punto de caerse al suelo. Pero, por desgracia, sabía que el combate entre los dos nos había hecho más que empezar.

Tragó saliva e hizo una mueca de dolor. Le dolía la garganta, tenía un nudo en ella. Y lo peor de todo era ver que Theo la estaba observando.

—Tu padre me preguntó lo mismo —le recordó ella recuperando la compostura y mirándolo con frialdad—. Y fue entonces cuando rompí el cheque que me acababa de entregar y se lo tiré a la cara. Sé que lo recuerdas tan bien como yo. Entonces, tú también estabas furioso. Con tu padre, no conmigo.

Tomó de nuevo su copa de vino. No le apetecía beber, pero necesitaba hacer algo con sus manos.

Dio un buen trago y se sintió un poco mejor cuando el alcohol calentó su garganta. Necesitaba esa distracción para no pensar en lo que había pasado en aquella terraza, bajo el sol de Santorini y con el mar a sus pies.

No había olvidado las crueles palabras que su padre le había dedicado ese día en su propio idioma. El hermano menor de Theo había estado encantado de traducírselas para que no se le pasara nada por alto. Por aquel entonces, Theo había estado de su parte y ella había tenido que colocarse frente a él para impedir que se peleara con su padre y su hermano. Había sido un momento muy doloroso, pero no le había importado, había creído entonces que merecía la pena pasar por todo aquello si al final podía estar con Theo.

Recordó entonces lo que le solía decir su propio padre.

—Es mejor pedirle a Dios sabiduría, querida. Es mejor para el alma que un deseo concedido —le había dicho en más de una ocasión.

Lo que ella deseaba más que nada era que su padre aún viviera, sabía que siempre iba a desearlo. Y también deseaba no haber tenido que entender las palabras de su progenitor. Pero, por desgracia para ella, tanto su padre como ella habían tenido que aprender de la manera difícil lo dura y solitaria que podía llegar a ser la vida.

—Sí, estaba furioso, pero no duró mucho —le dijo Theo—. Sobre todo cuando comprobé que mi padre había estado en lo cierto. Él supo

cómo eras desde el principio.

—Por aquel entonces, tenías muy mala opinión de él —le recordó ella mientras lo miraba de arriba abajo—. Te parecía un matón —añadió fijándose en su elegante traje y su impecable camisa blanca—. Ahora, en cambio, mírate. Pareces uno de sus secuaces.

No se le pasó por alto que apenas podía contener la ira. Su poderoso y masculino cuerpo estaba completamente en tensión y había algo mucho más oscuro en su mirada, pero no le dio la satisfacción de que ella viera cuánto le habían afectado sus palabras, se limitó a reírse una vez más.

Había estado siguiéndole la pista en la prensa durante esos años y sabía que sus palabras eran certeras, Theo se había convertido en un magnate tan formidable y aterrador como su padre. Aunque era algo de lo que siempre había renegado, al menos cuando lo conoció, había terminado por salir al exterior el lado oscuro de los Tsoukatos.

—¿Estás tratando de insultarme? —le preguntó Theo riéndose—. Te crees que me conoces, pero no es así, Holly, no lo haces.

—Bueno, al menos durante un tiempo te conocí —repuso.

Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de sus labios. No tenía ni idea de por qué se lo había dicho. Creía que ese comentario no iba a ayudar en nada y solo podía empeorar las cosas entre ellos y enfurecerlo aún más

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Vio cómo estallaba de repente una fuerte tormenta en sus ojos oscuros y se tensaba su bello rostro. Lo sintió muy dentro de ella, fue una especie de descarga eléctrica que cambió de forma instantánea el ambiente a su alrededor.

—Tú solo conociste a una criatura patética y débil. Alguien capaz de permitir que una cazafortunas como tú hiciera lo que quisiera con él —replicó Theo abofeteándola con cada palabra que salía de su boca—. Ese hombre ya no existe. Ha muerto. Y, si ha resucitado para convertirse en lo que soy hoy, una réplica del hombre más duro que conozco, el hombre que me advirtió que debía apartarme de ti, me tomo tus palabras como un cumplido. Me habría ido mucho mejor entonces si hubiera aceptado sus consejos y me hubiera dado cuenta de que solo ibas detrás de mi dinero.

—Puedes tomar mis palabras como quieras —le dijo ella sin poder evitar que hubiera demasiada emoción en su voz—. Solo era un comentario.

—Yo también tengo otro —le dijo Theo echándose hacia atrás en la silla.

La miraba como un hombre que se veía victorioso y confiado. Su lenguaje corporal era muy claro. Theo pensaba que había ganado la batalla desde el principio y no le gustó nada verlo así, no pudo evitar echarse a temblar y tuvo que tratar de controlarse rápidamente para

que él no lo notara.

—Ya no tienes ningún poder sobre mí —agregó él—. Te miro y no veo más que a una rubia con demasiado dinero y sin alma. Hay cientos de mujeres como tú. La única diferencia entre todas ellas y tú es que el dinero que te gastas es mío.

—Vaya, me emocionan tus palabras, Theo —le dijo con ironía—. Eres todo un poeta y tan romántico…

—Bueno, tú eras la que querías que volviéramos a vernos. Si no querías oír lo que tenía que decirte, deberías haber mantenido las distancias —le recordó Theo encogiéndose de hombros como si nada de aquello le importara—. La verdad es que has conseguido que me aburra de esta situación. Así que, si de verdad quieres el divorcio, te lo concederé. Solo tengo una condición.

—No me sorprende —repuso ella con aprensión.

—Debes decir la verdad —le advirtió Theo sonriendo fríamente—. Sé que te puede parecer un obstáculo insalvable después de tantos años de juegos y mentiras, pero eso es lo que quiero. Limítate a admitir tu infidelidad ante el juez y hemos terminado. Es tan simple como eso.

Se dio cuenta de que había llegado el momento. Por fin se enfrentaba a la verdadera razón por la que estaba haciendo todo eso. Creía que Theo se equivocaba, ella aún lo conocía. Quizás no tan bien como antes, pero lo suficiente como para saber que a ese hombre le atraían los desafíos. Ya había sospechado que iba a hacerle algo así y por eso lo había llamado y había insistido en tener una reunión en persona con él.

Por supuesto, ella nunca habría elegido un sitio cargado de tantos recuerdos como Barcelona. De todas las ciudades del mundo, ese lugar siempre lo había considerado sagrado, un símbolo del mejor momento de su relación. Pero supuso entonces que ella debería haber previsto que Theo iba a tratar de torturarla eligiendo precisamente ese destino para su reencuentro.

Pero por fin había llegado la hora de la verdad, Theo no había podido dejar pasar la oportunidad de recordarle lo que había hecho y obligarla de alguna manera a confesar sus pecados. Y eso significaba que era el momento que había estado esperando. Por fin podía decirle la verdad.

Creía que no había ninguna razón lógica para que su garganta estuviera tan seca ni para que todo su cuerpo temblara como lo hacía. Pero no podía evitarlo, tenía miedo. Un miedo que no había sentido nunca.

—¿Y si la verdad es distinta a la que crees que es, Theo?

Él suspiró.

—No me importa. Lo único que quiero es que digas la verdad de

una vez por todas —le aseguró él—. Eso es lo que quiero. Lo que tendrás que hacer si quieres que firme el divorcio. De otro modo, voy a mantenerte encadenada a mí hasta que seas una vieja y tengas un aspecto tan negro y retorcido como tu alma. Te lo prometo.

Todavía podía sentir su mano sobre la de ella y sus dedos en ese anillo que él mismo le había colocado allí hacía más de cuatro años. Sentía el contacto como si le hubiera quemado la piel.

—Es verdad que te mentí, sí —comenzó ella en voz baja.

No entendía lo que le estaba pasando ni por qué le resultaba tan difícil, lo había ensayado infinidad de veces. Y había imaginado una y otra vez esa escena. Pero se sentía como si Theo le estuviera apretando la garganta, impidiendo que respirara.

—Pero no en lo que piensas.

—Maravilloso —murmuró él de manera sarcástica—. ¿Qué es lo que hiciste entonces? ¿En realidad te acostaste con media isla? ¿No solo con ese turista británico? Ya te dije que me lo esperaba. El que es infiel una vez, siempre repite. Pero no necesito que me cuentes ahora todos los detalles, me basta con que lo admitas frente al juez para que quede constancia de ello en los documentos legales.

—No me acosté con nadie.

Se sentía enferma, como si le hubiera dicho demasiado, como si esas cinco palabras tan sencillas tuvieran el poder de convertirla en alguien mucho más débil y vulnerable. O tal vez se sintiera así porque, a partir de ese momento, Theo iba a saber la verdad, iba a ser consciente de lo lejos que había estado dispuesta a ir ella para conseguir escapar de él.

—Esa fue la mentira que te dije.

No tenía una idea preconcebida de cómo podría reaccionar Theo.

Había tardado cuatro años en decirle esas palabras. Cuatro años durante los que había pasado mucho tiempo pensando en su infancia, en cómo había sido crecer tras el abandono de su madre y en cómo le había afectado también la reacción de su padre. Había reflexionado mucho sobre cómo ese doloroso pasado la había llevado de manera inexorable hasta el terrible desastre en el que había convertido su relación con Theo y las vidas de los dos.

Siempre se había imaginado que algo iba a pasar cuando ella lo viera de nuevo. Había sabido que no iba a ser capaz de mirarlo a los ojos después de tanto tiempo y no decirle la verdad. Lo que no entendía era cómo había podido contarle esa mentira entonces.

Theo no era el único que había mostrado reticencia ante la idea de volver a verse. También a ella le había costado mucho hacer lo que acababa de hacer.

Casi había esperado que sucediera algo catastrófico cuando ella pronunciara esas palabras, como que el mundo dejara de girar durante unos segundos o que estallara una violenta tormenta.

O había esperado al menos un momento de silencio o alguna reacción, cualquier cosa para hacerle ver que había entendido lo que acababa de decirle. Después de todo, por fin le había dicho la verdad.

Pero el mundo seguía girando y el restaurante seguía siendo el mismo lugar alegre y vivo. Nada había cambiado.

Theo se limitó a poner los ojos en blanco.

—Creo que vamos a necesitar más vino —murmuró mientras le hacía un gesto al camarero.

Estaba reaccionando como si ella no hubiera dicho nada importante.

Se dio cuenta de que no la creía. Por eso estaba actuando de esa manera.

Nunca se le había ocurrido que él no fuera a creerla. Después de todo, no le había costado nada creerla cuando ella le mintió en el pasado.

Sacudió con incredulidad la cabeza. No sabía si echarse a reír o llorar de desesperación.

—No me crees.

Fue entonces Theo el que se rio.

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuso pasándose una mano por la cara —. No me interesan en absoluto estas tonterías, Holly. Será mejor que dejes de hacer teatro. Limítate a decirme lo que quieres para que los dos podemos seguir adelante con nuestras vidas. Ya te he dicho que estoy dispuesto a concederte el divorcio si eso es lo que quieres. Me parece que estoy siendo muy razonable, mucho más de lo que te mereces.

No podía respirar. Se sentía atrapada, atrapada entre las manos de ese hombre. Era casi como si pudiera sentirlas a su alrededor, impidiéndole el movimiento y evitando que pudiera respirar.

—Te sugiero que aproveches mi generosa oferta —agregó en voz baja—. No va a durar toda la vida.

—No puedo ponerme en pie frente al juez y confesar que te fui infiel —le dijo ella con seguridad y convicción—. Porque no lo fui.

Vio cómo se estrechaban sus ojos oscuros. Todo su cuerpo parecía estar en tensión.

Theo suspiró de nuevo, pero le pareció que había algo de duda en su mirada.

—Si eso fuera verdad, ¿por qué ibas a confesarme hace cuatro años tu infidelidad? No tiene ningún sentido —le dijo Theo—. Recuerdo la seguridad con la que me lo dijiste.

—No, me limité a decírtelo con convicción —repuso ella con sinceridad y sin poder ocultar la emoción que amenazaba con dominarla por completo—. Eras tú el que estaba muy seguro de que estaba diciéndote la verdad.

—Has tejido una red muy enmarañada —murmuró mientras

aceptaba la botella de vino que acababa de llevarles el camarero.

Lo despidió con un gesto de su mano y se sirvió él mismo una copa.

—Dime, *agapi mu*, ¿por qué ibas a hacer algo tan terrible? ¿Por qué ibas a contarle una mentira tan horrible a tu esposo, que te adoraba? ¿Algo que además te hacía quedar a la altura del betún? —le preguntó Theo con veneno en la voz y fuego en los ojos.

El corazón le latía con tanta fuerza que creía que podría oírlo el propio Theo. Sabía que tenía que hacerlo, que debía contarle su verdad y que no tenía motivos para estar tan asustada. Después de todo, había hecho algo mucho más difícil cuando le contó aquella terrible mentira.

Lo miró con firmeza a los ojos y respiró profundamente antes de hablar.

—Porque sabía que era la única manera de que dejaras que me fuera.

Capítulo 4

Theo se echó a reír con ganas al oír su respuesta y vio que Holly se echaba hacia atrás en su silla, como si pudiera percibir la ira y el veneno que había en ese sonido. Parecía muy incómoda y no le extrañó ver su reacción. Aunque no la había tocado, ella se había apartado de repente como si su risa la hubiera golpeado. Y no le sorprendía que estuviera algo asustada, no podía hacer nada para controlar esa bestia con terribles garras y afilados colmillos que crecía en su interior.

No le extrañó tampoco que Holly le hubiera recordado que cada vez se parecía más a su padre, que parecía uno de sus secuaces.

—Bueno, supongo que tenías razón —le dijo él entonces mientras se levantaba.

La miró fijamente. Su ira habitual estaba mezclada en ese momento con algo parecido a la compasión, pero no sabía si sentía compasión por ella o por él mismo.

La verdad era que no sabía por qué estaba allí. Una vez más, lamentó haber actuado sin pensar. Era algo que le pasaba con frecuencia cuando se trataba de esa mujer. Pero por fin estaba dispuesto a terminar con esa situación y no tener que volver a lidiar con ella.

De una vez por todas.

—Pero no te preocupes, Holly. Ya me he acostumbrado a tu ausencia —agregó entonces sin dejar de mirarla—. De hecho, lo prefiero. Deja que te lo demuestre.

Se dio media vuelta y se alejó de ella para salir del restaurante. Había esperado que ella lo siguiera de vuelta al hotel y Holly no lo defraudó. Eso fue exactamente lo que hizo, alcanzándolo cuando ya estaba en el gran vestíbulo del Chatsfield.

Oyó el sonido de sus tacones contra el suelo de mármol y se volvió cuando ella estaba a punto de pisarle los talones. Sonrió maliciosamente al verla.

—¡Cómo cambian las cosas con el tiempo! —le espetó mientras se paraba demasiado cerca de ella y la miraba desafiante a la cara—. Ahora eres tú la que me persigue por medio mundo. La vida es muy curiosa, ¿verdad? Y está llena de gratas sorpresas.

Vio que tragaba saliva, pero no pudo interpretar qué estaría pensando o sintiendo en ese momento. Pensó que quizás fuera mejor

así. A lo mejor nunca había podido hacerlo, solo se había imaginado que lo hacía.

Pero eso también había sido parte de su juego, esa partida que ella le había ganado de manera espectacular. Por eso no entendía que, tantos años después, tratara de volver a engañarlo con lo que le había contado en el restaurante. No podía siquiera imaginarse por qué lo estaría haciendo.

—Te has vuelto muy filosófico con los años —repuso ella después de unos segundos con esa voz calmada que tanto odiaba—. Nunca pensé que pudieras serlo, la verdad. No parece propio de hombres como tú.

—Estudiaré tu comentario con la consideración que se merece —repuso él en un tono engañosamente amable.

Se miraron el uno al otro en medio del elegante vestíbulo del hotel. Le dio la impresión de que todo se desvanecía su alrededor.

La ira que lo había dominado desde que decidiera ir a Barcelona, la misma que lo había llevado a bajar de su suite al restaurante, parecía haberse transformado en otra cosa, en algo resbaladizo y caliente que lo quemaba por dentro, pero que hacía que se sintiera algo más tranquilo, distinto.

—¿De esto se trataba? —le preguntó después de unos segundos en silencio—. ¿Para esto insististe tanto? ¿Para esto querías que nos viéramos de nuevo? ¿Para distorsionar el pasado y contarme un cuento de hadas sobre lo que hiciste hace cuatro años?

—Es la verdad.

Le hablaba en un tono tranquilo, pero podía oír algo más en su voz. Algo oscuro e incluso doloroso.

—Pasé muchísimo tiempo tratando de apartarme de ti, Theo. Utilicé todas las armas que se me ocurrieron para conseguir hacerlo. Al final, decidí que tenía que usar la única arma que sabía que iba a funcionar.

Le entraron ganas de agarrarla por los hombros y sacudirla. Se odió a sí mismo por tener ese impulso, no era ese tipo de hombre. No era un animal. Pero, cuando estaba en presencia de esa mujer, parecía tener que recordárselo continuamente.

—Para que lo sepas, aunque ya sea demasiado tarde, me habría bastado con que me dejaras claras tus intenciones de una manera directa y sencilla. «Quiero dejarte, Theo». Eso habría sido suficiente. Es increíble pensar ahora que con esas tres palabras podrías haber logrado lo mismo y con consecuencias mucho menos dolorosas para los implicados.

—No sé si lo recuerdas. Pero, por aquel entonces, no era fácil hablar contigo —replicó ella con un hilo de voz—. Y tampoco lo es ahora.

—¡Claro! Ya sabía yo que al final, de un modo u otro, iba a ser todo culpa mía —le dijo con ironía—. Obviamente, yo te obligué a serme

infiel, te puse una pistola en la sien para que salieras y te acostaras con otro hombre.

Holly abrió la boca al oír sus duras palabras. Era como si se hubiera quedado sin aliento.

—Ya te he dicho que te mentí, que no lo hice.

—Muy bien, imagina que ahora te creyera —comenzó él acercándose un poco más a ella.

Sabía que, desde el punto de vista estratégico, no era lo mejor que podía hacer, que no era buena idea acercarse a Holly. Podía oler el aroma de su piel, una mezcla de vainilla y especias. Sintió cómo se tensaba su cuerpo y se despertaba de golpe su deseo, pero trató de ignorarlo.

—¿Qué más da? Nada de eso importa ya —agregó él.

Holly dio un paso hacia atrás y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Durante un segundo, le pareció que estaba perdida y le recordó a la Holly que había conocido en Santorini, a la Holly que había creado en su propia cabeza, una que sabía que no existía.

No podía olvidar que estaba tratando de jugar con él. Como había hecho desde el principio, estaba intentando manipularlo. Tenía que reconocer que se le daba muy bien. En realidad, no estaba perdida ni asustada, no podía olvidar que era todo una farsa.

—Han pasado cuatro años, Holly. ¿Qué pensabas que ibas a lograr con este sorprendente anuncio? —le preguntó él.

Una vez más, Holly le dedicó esa mirada ingenua de confusión. Tenía que reconocer que lo hacía muy bien, se había convertido en una consumada actriz. Estaba consiguiendo despertar su deseo, como si su cuerpo hubiera olvidado quién era esa mujer. Y, por otro lado, estaba logrando que quisiera abrazarla contra su pecho para protegerla. Le avergonzaba tener que admitirlo, pero a Holly se le daba muy bien ese juego. Demasiado bien.

Vio que tragaba saliva antes de contestar.

—No… No lo sé… Pensé que deberías saberlo —murmuró ella con la voz entrecortada.

Se acercó a Holly hasta conseguir que, asustada, diera un paso atrás. Tomó entonces sus hombros y trató de ignorar el escalofrío que lo recorrió al tocarla de nuevo. No quería pensar en el impacto que estaba teniendo en su cuerpo, en todas las sensaciones.

Siempre había habido mucha química entre ellos, ese no había sido el problema.

No se le pasó por alto la sorpresa en los ojos de Holly, pero estaba seguro de que solo estaba fingiendo. La conocía demasiado bien como para caer dos veces en la misma piedra. Eso era al menos lo que esperaba. Creía que había aprendido de los errores del pasado.

—¿Cómo te imaginas que iba a reaccionar al oírlo? —le preguntó

fulminándola con sus ojos—. ¿Pensabas que me iba a caer de rodillas al suelo? ¿Que iba a gritar «aleluya»? ¿A saltar de alegría como un loco?

—No, pero pensaba que ibas a responder con algo menos de agresividad. Y esperaba también que no te burlaras de mí como lo estás haciendo —replicó ella con algo más de fuerza—. Creo que no es necesario.

—No creo ni una palabra de lo que me dices —le dijo entonces con engañosa dulzura—. Me demostraste cómo eras cuando me dejaste, Holly. Y has pasado los últimos cuatro años recordándome que esta Holly sí es la Holly de verdad. Lo he comprobado en todas y cada una de tus escandalosas facturas. Nada ni nadie podría convencerme de que este cambio tuyo de actitud es real. Sé que solo es otra de tus actuaciones.

—Nada de lo que dices cambia el hecho de que te he dicho la verdad.

Se echó a reír y la soltó de golpe. La miró de manera despiadada mientras Holly, que había perdido el equilibrio, daba un paso atrás y apoyaba la mano en uno de los grandes pilares del vestíbulo. No se le pasó por alto cómo le temblaba esa mano, que ella apartó y escondió en cuanto se recuperó.

—Espero, por tu bien, que no lo sea —respondió él apretando la mandíbula con dureza.

Holly sacudió la cabeza como si no entendiera nada.

—¿Por qué? No te comprendo —le dijo ella sin poder esconder la emoción en su voz.

Era como si le costara hablar. Carraspeó para tratar de aclararse la garganta. Si todo eso fuera real, si ella lo fuera, habría llegado a la conclusión de que se sentía muy angustiada, pero sabía que no era posible.

—¿No preferirías saber que no fue verdad, que me lo inventé? —le preguntó Holly.

No había sido su intención acercarse de nuevo a ella, pero eso fue lo que hizo.

Estaba tan cerca de ella que pudo ver el pánico en sus ojos, pero también el deseo. Holly se sonrojó y ese color en su rostro le dijo cosas en las que prefería no pensar. No pensaba hacer nada al respecto.

Se metió las manos en los bolsillos para controlarse y no tocarla, pero no se movió de donde estaba. Le gustaba esa mirada de incertidumbre que veía en su cara. Le gustaba saber que Holly no tenía idea de lo que él estaba a punto de hacer.

Aunque hubiera estado mintiéndole durante años, sabía que eso no lo estaba fingiendo, que lo que había en el aire entre ellos dos era real y pensaba utilizar esa atracción de la misma manera que la había

utilizado ella.

Holly había hecho que se sintiera muy impotente en el pasado, pero ya no iba a permitir que le volviera a hacerse sentir así. Nadie iba a conseguirlo.

—No tengo ninguna duda sobre ti. Está claro que eres una mentirosa —le dijo entonces en voz baja y con una mirada letal—. Lo único que no tengo del todo decidido es qué tipo de mentirosa eres. O me mentiste hace cuatro años y medio acerca de quién eras cuando juraste que me serías siempre fiel o me has estado mintiendo desde entonces. La primera opción te convierte en una embaucadora. La otra opción me da a entender que has perdido la cabeza —agregó acercándose un poco más aún.

Se inclinó hacia ella y puso la boca contra su oreja. Pudo sentir cómo temblaba Holly, cómo se estremecía. Trató de recordar que estaba tratando de manipularla como hacia ella con él e ignoró lo que su cuerpo traicionero parecía estar sintiendo al estar tan cerca de Holly.

—Si has perdido la cabeza, dudo que vayas a conseguir convencer a un tribunal griego para hacerte con una participación mayoritaria de la compañía de mi familia —le dijo entonces—. Yo en tu caso, Holly, seguiría con la misma historia y no trataría de cambiar el pasado a estas alturas, cuando todos saben cómo eres. Con estos supuestos momentos de honestidad no vas a conseguir nada.

Estaba satisfecho consigo mismo, pero estar tan cerca de ella tenía también sus inconvenientes y peligros. Se dio cuenta de que los había subestimado. Lo descubrió cuando fue a apartarse de ella. Le resultó más difícil de lo que debería haber sido y terminó por ser más débil de lo que le convenía.

Así que decidió darse por vencido y hacer lo que el cuerpo le pedía.

Apoyó una mano en la columna que Holly tenía junto a ella e inclinó la cabeza para estar aún más cerca. Su dulce y delicioso aroma lo envolvió, recorriendo su cuerpo de arriba abajo, haciéndole recordar y despertando su deseo.

Sintió que se mezclaban el pasado y el presente.

Holly levantó sus manos, quizás para apartarlo de ella, pero no lo hizo. Las mantuvo flotando entre ellos, como si le diera más miedo tocarlo que soportar tenerlo tan cerca.

Le encantó verla asustada, no esperaba menos.

—*Efharisto* —murmuró él contra la suave piel de su oreja—. De verdad, Holly, tengo que darte las gracias.

Le tentaba la idea de saborear esa piel, pasar la lengua por su deliciosa oreja, pero no lo hizo.

Se apartó de ella y sonrió con satisfacción al ver cómo se movía aceleradamente su pecho, subiendo y bajando como si acabara de

terminar una maratón y le faltara el aliento. Eso era todo lo que necesitaba saber. Tenía muy claro que la atracción era real, igual que el calor que aún había entre ellos dos. Por muy difícil que fuera controlarse, cada vez estaba más decidido a mantener las distancias.

—¿Las gracias por qué? —repuso ella con la voz ronca y entrecortada.

—Por todo esto —le contestó él metiéndose las manos de nuevo en los bolsillos—. Por tus mentiras, las de entonces y las de ahora. Y también por todos estos juegos que tanto te gustan, como lo de hacer que me prepararan la suite nupcial. Todo esto lo hace mucho más fácil.

Sin decir nada más, se dio la vuelta. Pero no se dirigió a los ascensores, sino a la puerta principal del hotel.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella

Nunca había pretendido ser una buena persona, así que no perdió el tiempo tratando de sentirse mal. La verdad era que estaba disfrutando mucho al ver que la estaba haciendo sufrir y que parecía de verdad muy confundida. Ni siquiera una actriz consumada como ella podría haber fingido esa confusión si no hubiera sido real.

Se detuvo y la miró por encima del hombro.

Holly parecía estar completamente perdida y le gustó mucho verla así.

—Voy a salir.

—¿A salir? —repitió ella como si no entendiera lo que le decía.

—Sí, no voy a quedarme aquí y cenar contigo, Holly. No quiero hacerlo —le dijo él.

No hizo ningún intento por templar la frialdad que sabía que había en su voz ni la dureza de sus palabras. Se limitó a decirle lo que quería decirle mientras la fulminaba con la mirada. Y no le importaba que pudieran oírle todos los que llenaban el vestíbulo del hotel.

—De hecho, ni siquiera quería tomar esa copa de vino contigo. Solo eres buena para una cosa, Holly. Pero, como no tengo ni idea de con quién o con cuántos has estado, creo que prefiero probar suerte en las discotecas de la ciudad.

Holly parecía aturdida.

—Pero…

—Si decides seguir mi ejemplo y hacer lo mismo, te sugiero que te vistas como si fueras a ir a una discoteca de Ibiza, no como una señora a punto de asistir a un cóctel en Manhattan —le dijo él con falsa dulzura en su voz—. Creo que así tendrás más éxito. De otro modo, no vas a conseguir atraer al tipo de turista que los dos sabemos que tanto te gusta.

Vio que Holly estaba pálida y le gustó mucho verla así. La verdad era que quería hacerle daño y le encantó ver que lo estaba

consiguiendo. Después de mucho tiempo, se sintió como si por fin volviera a llevar las riendas de su vida y hubiera alcanzado el equilibrio que tanto había echado en falta.

—Quiero asegurarme de que te estoy entendiendo —susurró ella—. Estoy aquí, delante de ti. Acabo de decirte que nuestra separación se basó en una horrible mentira que te dije hace cuatro años y, de repente, decides que quieres salir, que vas a algún club nocturno de la ciudad para intentar ligar con alguien.

Theo sonrió. Era la primera vez que disfrutaba de verdad desde que su secretaria entrara en su despacho hacía ya unos días para decirle que había recibido una videoconferencia de Holly. Esa llamada le había hecho recordar todo lo que había ocurrido y desenterrar el desagradable pasado, pero empezaba a sentirse mejor. Estaba disfrutando con esa parte del juego, viendo que le hacía daño.

Y, aun así, creía que no estaba haciéndole todo lo que Holly se merecía, pero suponía que iba a tener que aceptarlo porque él también quería terminar de una vez por todas con esa situación que ya había durado demasiado tiempo. Quería terminar con ella.

—Así es —repuso él sin intentar ocultar que estaba divirtiéndose mucho con aquello—. Pero no hay necesidad de ponerse así, Holly. Como ya te he dicho otras veces, no me importa en absoluto lo que hagas, como si quieres venir conmigo y mirar.

Holly se quedó donde estaba durante bastante tiempo después de que Theo se fuera. Estaba petrificada, no podía moverse. Tenía la espalda apoyada en una columna de mármol y el corazón le latía con fuerza en el pecho. Ni siquiera había recobrado el aliento aún.

Se quedó allí, pero Theo no regresó. Igual que le había pasado hacía ya cuatro años, no había querido ir tras ella.

Suponía que no debía sorprenderle su comportamiento, pero lo hizo.

Theo había esperado unos segundos a que respondiera. Pero, cuando ella no dijo nada, cuando vio que se limitaba a devolverle confusa la mirada, la sonrisa de Theo se hizo aún más grande. Le había dolido mucho, no tenía palabras para describir lo que había sentido.

—Haz lo que quieras —le había dicho Theo en voz baja antes de reírse de ella.

Después, se había dado la vuelta y se había alejado de ella. Lo observó mientras salía a la calle y desaparecía en mitad de la cálida noche española.

Tardó mucho más tiempo en aceptar lo que había ocurrido. Le costó ver que de verdad se iba y la dejaba allí plantada. Cuando por fin lo entendió, fue muy consciente del gran pozo de tristeza en el que

estaba cayendo. El dolor era muy grande y lo inundaba todo, pero también lo hacía la ira y la indignación.

Había pasado mucho tiempo sintiéndose muy mal por cómo lo había tratado ella cuando, en realidad, Theo era un hombre horrible. Tan horrible y despiadado como decían sus competidores.

Pero cuando por fin llegó al hotel Harrington, en el histórico Barrio Gótico de Barcelona, se le había pasado en parte el enfado que tenía con Theo y estaba más enfadada consigo misma.

—¿Qué esperabas? —se preguntó mientras entraba por la puerta principal del hotel.

No se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta hasta que el portero levantó una ceja y la miró con confusión. Se limitó a sonreírle algo avergonzada mientras entraba deprisa.

El Harrington era un hotel bastante más pequeño. Si el Chatsfield era una especie de opulenta catedral, el hotel donde se alojaba ella se parecía más a una pequeña iglesia íntima y elegante. Pero la verdad era que se estaba sintiendo tan perdida allí como lo había estado en el vestíbulo del Chatsfield, donde estuvo inmóvil y atónita durante un buen rato.

Cuando llegó a ese hotel la noche anterior, se había sentido a gusto nada más llegar. Sabía que nunca se habría sentido así en el glamuroso Chatsfield. Tampoco le había pasado hacía cuatro años, cuando se alojó allí con Theo. Pero, aun así, no había sido capaz de quitarse esa suite nupcial de la cabeza durante todo ese tiempo.

Le había parecido buena idea reservarla para Theo, como si así pudiera hacerle creer que estaba controlando la situación. En realidad, lo había hecho con la esperanza de que esa suite tan llena de dulces recuerdos consiguiera ablandar el corazón de Theo.

Pero se había dado cuenta de que no había hecho más que empeorar las cosas.

Y no solo porque le estaba afectando más de lo que había creído imaginarse a Theo de nuevo en esa suite. Los recuerdos de ese mes juntos en Barcelona la inundaban, haciendo que estallara dentro de ella una fuerte tormenta que estaba resultando ser letal y muy destructiva, haciendo que su dolor fuera aún más intenso y también su deseo y su sensación de profunda soledad.

Después de todos esos años, había conseguido convencerlo para que se reunieran de nuevo y por fin le había confesado la verdad, pero no había cambiado nada en absoluto. Seguía estando sola.

Sentía una gran presión que amenazaba con explotar dentro de ella allí mismo, en el silencioso vestíbulo del Harrington, pero sabía que no podía tener un ataque de nervios en un lugar público. Barcelona estaba muy lejos de Dallas o de Atenas, pero sabía que no había ningún lugar en el mundo donde pudiera estar completamente a salvo

de los paparazzi. Después de todo, a la prensa le interesaba cualquier noticia relacionada con Theo y ella todavía llevaba su apellido. Había insistido ella misma en seguir usando el apellido de su marido porque le había parecido que era una forma más de torturarlo, pero sabía que la verdad era muy distinta.

En ese momento, entendió por qué lo había hecho.

Había mantenido el apellido de Theo porque, en realidad, no había querido cortar más lazos con él.

«Aunque aún utilices su apellido, eso no significa que seas suya. Solo tú puedes decidir si lo eres o no. Pero, en vez de luchar por lo que tenías, has querido participar en estos peligrosos juegos para tratar de huir de él», le recordó una voz en su interior que se parecía mucho a la de su padre. Tenía ganas de llorar, pero tuvo que ahogar los sollozos, recordando que seguía en el elegante vestíbulo del hotel.

Pero se le ocurrió entonces, cuando estaba a punto de enfrentarse al fin de su matrimonio, que quizás su padre se hubiera referido a la relación que había tenido con su madre cuando le decía ese tipo de cosas.

Creía que había pasado tanto tiempo sola y echando en falta tener a alguien a su lado, que no entendía por qué no se había acostumbrado ya a ese tipo de vida.

Subió a su bien equipada y acogedora suite y se quitó la ropa en el dormitorio. Dejó su vestido sobre la cama con dosel y fue quitándose después todas las horquillas que llevaba en su pelo. Sacudió su cabeza cuando terminó, soltando su melena y sintiendo por fin que podía volver a respirar. Pero seguía teniendo una angustia en su interior que le presionaba demasiado y amenazaba con inundarla por completo.

Miró su elegante reloj de oro y vio que eran casi las diez y media. No tenía sueño y recordó entonces que debía de estar sufriendo por culpa del desajuste horario, como le pasaba cada vez que viajaba a Europa desde Texas. Llamó a recepción para que le subieran la cena y trató de convencerse de que esa angustia acabaría por desaparecer. Pensó que lo que había pasado esa noche y cómo había reaccionado al ver de nuevo a Theo tenía más que ver con el cambio horario y con el vino que había bebido mientras lo esperaba que con otras cosas. Eso era al menos lo que quería creer.

«Mañana me sentiré mejor», se dijo con firmeza, como lo hacía cuando era solo una niña y se iba a la cama después de un día trabajando duro para ayudar a su padre a salvar su maltrecho rancho. O como lo había hecho más adelante, ya de adolescente, cuando había sido por fin consciente de que su madre, que se había largado con un campeón local de rodeo cuando Holly tenía seis años, no iba a volver nunca con ellos. También había tratado de animarse de la misma forma algunos años más tarde, cuando su padre había estado en el

hospital, ya muy frágil y enfermo, pero tan terco como siempre, negándose a aceptar el dinero que Holly le había ofrecido entonces.

Algún tiempo más tarde, también había tenido que reconfortarse a sí misma de igual manera durante esos primeros días después de dejar a Theo e irse de Grecia. Eso había sido lo más duro que había tenido que hacer en su vida. Le había dolido tanto que había sentido entonces que no iba a conseguir superarlo, que esa separación iba a terminar por matarla.

Cuando se acostaba cada noche, había tratado también entonces de convencerse a sí misma, pensando que al día siguiente iba a estar por fin mejor. Por desgracia para ella, esa mañana había tardado mucho en llegar, pero al final lo había hecho. Le había costado levantar cabeza. Pero, cuando menos se lo esperaba, se levantó un día y sintió que el dolor de la separación empezaba a ser un poco más soportable, algo más llevadero.

Su vida había sido así desde que los abandonara su madre. Cuando las cosas iban mal, se limitaba a capear el temporal como podía hasta que llegara por fin ese nuevo amanecer, un día un poco mejor que el anterior. Pero esa espera solía llevar bastante tiempo.

Pensó que lo que estaba pasando en ese momento era muy similar.

Le subieron poco después una exquisita cena que le sirvieron en la pequeña terraza de su suite. A pesar de todo, era maravilloso volver a verse rodeada de la magia de la noche barcelonesa. Estaba absorta observando a la gente, las luces y la energía que había en el aire, una energía especial que casi podía saborear. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás dejando que todo lo que la rodeaba fluyera por su cuerpo.

Después de disfrutar de la gastronomía local, llenó de agua la antigua y lujosa bañera y se sumergió en el agua fragante hasta que se sintió más relajada.

Ya pasaba de medianoche cuando terminó de cepillarse el pelo y ponerse crema hidratante por todo el cuerpo. Se metió en la cama segura de que iba a dormir como un tronco hasta la mañana siguiente.

Pero no tuvo esa suerte. Pasó mucho tiempo despierta, mirando al techo y sin conseguir quitarse de la cabeza a ese hombre.

Theo estaba allí, en esa misma ciudad…

No podía dejar de pensar en ello. Y, lo que era aún peor, sabía que estaba en alguna discoteca de la ciudad. Se lo imaginaba rodeado de bellezas españolas y tan enfadado con ella como lo había estado hacía cuatro años.

No podía soportarlo.

Se levantó de la cama sin pensar en lo que estaba haciendo.

Abrió el armario y miró con el ceño fruncido su ropa. Sacó una minifalda y se la puso. Se calzó unos zapatos de cuña alta que tenían

cordones que se ataban alrededor de sus pantorrillas. Sabía que con ellos sus piernas parecían aún más largas. Completó el conjunto con un top vaporoso de tirantes que normalmente solo se ponía para ir a la playa.

Se pasó las manos por el pelo y dejó que su cabello ondulado cayera sobre sus hombros. Se maquilló los ojos para añadir un poco de misterio y sensualidad a su mirada. Cuando terminó, se miró en el espejo. Le pareció que su aspecto era similar al que había tenido hacía cuatro años y medio, cuando viajaba por el mundo con su mochila a cuestas. No tenía nada que ver con la elegante mujer que había estado fingiendo ser desde entonces, una señora que encajaba en los círculos de la alta sociedad como si llevara toda la vida en ese ambiente.

Trató de convencerse de que era solo una coincidencia, que no se había vestido así a propósito.

Pero en el fondo sabía que no era así. Por mucho que lo negara, por mucho que tratara de ser quien no era, su cuerpo seguía deseando a Theo de una manera tan salvaje e intensa como siempre.

Holly encontró a Theo en la tercera discoteca a la que fue. Ya eran más de las dos de la mañana, pero la noche no había hecho más que empezar en Barcelona. El club estaba en una zona del puerto donde había varios locales nocturnos y ese tenía varias salas para clientes exclusivos. Se asomó a unas cuantas sin suerte, hasta que escuchó el inconfundible sonido de su risa en una de ellas. Estaba rodeado de chicas jóvenes con poca ropa que bailaban seductoramente.

Pensó por un momento que quizás se lo hubiera imaginado. Miró a su alrededor. La sala estaba casi a oscuras. No vio a Theo. Solo había un montón de gente guapa bailando y disfrutando de otra interminable noche de fiesta en España. No parecían tener preocupaciones de ningún tipo y una parte de ella deseaba no encontrar a Theo. Habría sido muy fácil quedarse allí, disfrutar de la música y dejarse llevar a algún lugar donde no tuviera que pensar ni sentir, donde no existiera el dolor. Envidiaba a toda esa gente, bailando y disfrutando sin pensar en nada más, parecían tan felices y…

Pero entonces se abrió un hueco entre la gente que llenaba la sala y lo vio.

Theo.

Todavía llevaba el traje oscuro con el que lo había visto en el Chatsfield. Y, a pesar de la hora que era, estaba aún más atractivo. Tenía el pelo revuelto y esa mirada perezosa y sexy que le hizo recordar al joven que había conocido en Santorini.

Estaba de pie, con un hombro apoyado contra la pared y una

pequeña sonrisa en su exuberante boca mientras miraba a una bella morena que bailaba delante de él.

No se le pasó por alto que el aire entre ellos dos parecía estar cargado de tensión sexual. Había una conexión muy íntima entre Theo y esa joven.

Era como si estuviera viviendo una pesadilla. Pero, sin pensar en lo que hacía, fue directa hacia ella.

Theo levantó entonces los ojos y la vio. Se encontró de golpe con su mirada oscura y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Vio que se quedaba inmóvil. Su rostro cambió completamente en medio segundo, de sexy y relajado a fulminarla con la mirada sin poder esconder su ira. Le entraron ganas de darse la vuelta y atravesar corriendo la ciudad para volver a la cama de la que nunca debería haber salido. Pero no lo hizo.

No habría sabido decir de dónde sacó el coraje, pero caminó directa hacia él.

«Es fácil ser valiente cuando no tienes nada que perder», se dijo entonces. Aunque la voz que se lo recordaba era, una vez más, la de su padre.

—¿Qué haces aquí? ¿Has salido en busca de carne fresca? —le preguntó Theo con crueldad cuando ella estuvo lo suficientemente cerca como para que pudiera escuchar sus palabras.

Pero Holly se limitó a sonreír. No estaba dispuesta a darle la satisfacción de que viera cuánto daño le había hecho, ya pensaría después en eso y se lamería las heridas cuando estuviera sola.

—Puede que tengas que pensártelo mejor antes de llamarme de nuevo «mujerzuela» y acusarme de actuar como una prostituta —le dijo ella con una dulce sonrisa mirando después a la morena que acababa de acercarse a Theo para aferrarse como una lapa a su brazo —. Porque, si hay alguien que se comporta de esa manera en este matrimonio, esa persona eres tú, mi querido marido.

Las últimas palabras las dijo en español. No dominaba el idioma, pero al menos sabía lo suficiente para conseguir que la joven morena se enterara de quién era Holly.

Capítulo 5

La joven que había estado agarrada a Theo palideció y lo soltó en cuanto oyó las palabras de Holly. Él se limitó a fulminarla con la mirada. Había una advertencia muy clara en esos ojos oscuros, pero Holly no pensaba dejarse intimidar por él. Barcelona había conseguido afectarla y en esos momentos se sentía como esa noche, imprudente y seductora al mismo tiempo, capaz de cualquier cosa.

Tampoco ayudaba que hubiera visto cómo Theo había mirado a esa otra mujer. Durante un tiempo, había pensado que solo iba a mirarla a ella de esa manera, a nadie más. Con la perspectiva que daba el paso del tiempo y un poco más de experiencia en la vida, había llegado a la conclusión de que ella no era la única que había mentido. Pero las mentiras de Theo habían sido las típicas entre amantes, cosas que se decían para no hacer daño al otro entre promesas que ninguno de los dos pensaba cumplir. La mentira que le había dicho ella, en cambio, era mucho más grande, tanto como para conseguir destruir su relación y escapar de su lado.

—Si ahora de repente soy tu marido, supongo que te has vestido de chica mala para mí, ¿no? —le dijo Theo fulminándola con sus ojos—. Estás consiguiendo que sienta cierta nostalgia.

Se acercó a ella, tomó entre los dedos un mechón ondulado de su melena y tiró muy suavemente de él.

Pudo sentirlo por todo su cuerpo, reverberando con fuerza como si acabara de acariciarla.

—Pero sé que no debo dejarme engañar por este tipo de cosas. Tengo que recordar lo bien que se te da cambiar de personalidad y disfrazarte para fingir ser quien no eres. Eso no hace más que demostrar lo que ya sé de ti, ¿no?

Theo soltó de repente su pelo como si acabara de darse cuenta de que había estado tocándolo.

—Lo siento —repuso ella sin una gota de arrepentimiento en su voz —. No me digas que he echado a perder tu gran noche con mi incómoda presencia.

—¿Mi noche? No —le aseguró Theo en un tono tan peligroso como seductor—. Pero mi vida… Es probable que esa sí que la hayas echado a perder.

—Supongo que esa es una de mis habilidades —respondió ella casi como si estuvieran coqueteando—. ¿Qué habilidades tienes tú, Theo?

Aparte de la de acostarte con todas las mujeres de Europa, claro. Y eso que decías que ya habías superado esa etapa de tu vida.

Estaban hablando como si estuvieran solos, como si no hubiera nada ni nadie más en el mundo, solo el ritmo constante de la música y esa mirada tan llena de intención en su rostro.

—No puedes estar hablando en serio, ¿cómo te atreves? —replicó Theo—. ¿O es que has perdido del todo la cabeza?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de él y que todas esas sensaciones que se arremolinaban dentro de ella no tenían nada que ver con la música, con la multitud que llenaba la discoteca ni con la adrenalina. Theo y ella tenían un pasado, una historia de la que no podía librarse. En ese momento sentía la misma necesidad de siempre. Estaba tan enfadada consigo misma como parecía estarlo él. El deseo la cegaba, era casi incontrolable.

—No pasa nada —repuso ella levantando orgullosa la cara—. Estoy segura de que esa era una de las mentiras que me dijiste. Pero, claro, estabas demasiado ocupado juzgándome a mí con crueldad para ver tus propios errores.

Theo soltó un sonido que era demasiado duro para ser una carcajada. Antes de que pudiera reaccionar, agarró su brazo y, aunque podía sentir el peligro, no pudo evitar estremecerse cuando la tocó. Era muy excitante ver que, a diferencia de otras veces, los dos parecían estar dejándose llevar por lo que sentían. Le quedó muy claro que tampoco Theo estaba controlándose tanto como le habría gustado.

No le importó que la estuviera agarrando con fuerza ni que la arrastrara hacia la puerta de esa pequeña sala como si quisiera sacarla a patadas de allí. Dejó que hiciera lo que quisiera con ella. Cuando Theo la tocaba, no se sentía capaz de hacer otra cosa más que aceptar lo que le pudiera pasar. Siempre había sido así.

Sabía que no iba a salir nada bueno de esa situación, pero eso tampoco le importó. Tenía claro que habría sido mucho más inteligente quedarse en su habitación del Harrington, tratar de dormir para superar el desajuste horario y estar así más alerta al día siguiente, cuando tuviera que enfrentarse a él de nuevo.

En vez de llevarla hasta la puerta, Theo la condujo a un oscuro y apartado recoveco que había en la sala. Ni siquiera lo había visto al entrar y prefería no pensar en cómo lo habría encontrado Theo ni qué habría hecho allí, entre las sombras. La empujó para que entrara en el pequeño habitáculo y cerró la puerta tras él de una patada.

Estaban en una pequeña cabina acristalada desde la que se veía la pista de baile principal, que estaba en esos momentos abarrotada de gente bailando. Se quedó absorta unos segundos viendo cómo toda esa gente se dejaba llevar por la música y los placeres que ofrecía la noche.

Podía sentir cómo vibraba el cristal que tenía frente a ella con el ritmo de la música. Un ritmo hipnótico y acelerado al que se sumaron los latidos de su corazón y los que sentía entre las piernas.

Se quedó sin aliento cuando sintió a Theo detrás de ella, presionando el cuerpo contra su espalda. Su presencia era una amenaza silenciosa que no podía ignorar.

Se le pasó entonces por la cabeza que quizás no fuera una amenaza, sino una especie de oscura y embriagadora promesa. De un modo u otro, no podía respirar. De hecho, no quería respirar.

—¿Por eso viniste aquí a buscarme? —le preguntó Theo con una especie de gruñido que sacudió su cuerpo.

Podía sentir la dura extensión de su musculoso torso contra la débil barrera que formaba su top de gasa. Su cuerpo reaccionó al instante, podía notar cómo le ardía la piel y notó que se sonrojaba. Estaba en llamas y se veía incapaz de hacer nada para detener lo que estaba sintiendo.

—¿Celos después de tantos años, Holly? —le preguntó Theo—. ¿O es que acaso quieres ocupar el lugar de esa morena con la que estaba?

—¿Esa morena? Seguro que ni siquiera sabes su nombre —repuso ella.

—Bueno, yo sabía el tuyo y te dije el mío. Saber los nombres no cambia nada.

Theo gruñó de nuevo y se presionó con más fuerza contra ella. Podía sentir su calor quemándole la espalda y las manos de ese hombre en su cintura. Se quedó sin aliento cuando sintió que las subía y bajaba dibujando sus curvas como si aún tuviera derecho a hacerlo. A pesar de todo, fue incapaz de detenerlo y se limitó a apoyar las palmas de las manos contra el cristal que tenía frente a ella.

Lo que estaba pasando parecía inevitable y peligroso a la vez y no pudo hacer lo que sabía que debía hacer, lo que su instinto de conservación le exigía que hiciera.

La verdad era que no quería detener a Theo.

—No nos sirvió de nada, ¿verdad? —murmuró él.

Sintió entonces su boca caliente en el cuello, tan insistente como la música y tan delirante y seductora como esa noche. El deseo se disparó dentro de ella, elevándola por encima de la tierra como siempre le había pasado con él, cada vez que la tocaba.

Fue dolorosamente consciente en ese instante de que su cuerpo seguía siendo de Theo. Siempre había sido de él y solo de él. Se deshizo entre sus brazos con la misma facilidad de siempre, como si solo hubieran pasado días y no años desde que la tocara por última vez con sus hábiles manos. Sintió cómo se tensaban sus pechos y endurecían sus pezones cuando Theo deslizó las manos bajo su top de gasa. Se quedó sin aliento al sentirlo sobre la piel de su estómago.

Después, fue subiendo lentamente hasta cubrir sus pechos.

Dejó una mano allí, acariciando uno de sus pezones con destreza, torturándola, mientras la otra mano bajaba por su cuerpo. Mientras tanto, no dejó de besarla ni un segundo, lamiendo ese punto tan sensible entre la oreja y su hombro, recorriendo esa piel una y otra vez. No pudo detenerlo, era incapaz de evitar que hiciera con ella lo que quisiera.

Se limitó a disfrutar del momento, lo había echado tanto de menos… En ese instante, era más fácil pensar que solo había habido eso entre ellos, esa atracción pura, simple e innegable. Abrumadora y perfecta.

Creía que la verdad de lo que tenían estaba allí, en ese fuego salvaje e imposible que estaba escaldando su piel, haciendo que ardiera por dentro.

—Sigo excitándote tanto como siempre —le dijo Theo al oído mientras deslizaba la mano por debajo de su falda y la dejaba sobre sus braguitas.

Podía sentir el calor de su mano. No la movió, no hizo nada, era la mejor manera de dejarle muy claro que seguía siendo suya. Sin que pudiera hacer nada para controlar su cuerpo, arqueó la espalda hacia atrás, presionando su pecho contra la mano de Theo y dejando que la cabeza cayera sobre su duro hombro.

—¿Vas a estar tan húmeda como siempre, Holly? ¿Después de tanto tiempo? ¿Tan excitada y lista para mí como siempre, sin importar dónde, cuándo ni cómo?

Theo no esperó a que ella le contestara. Pensó que quizás fuera consciente de que no podía siquiera hablar, había perdido su voz en algún lugar de esa discoteca, entre la música, la oscuridad y el hechizo de fuego en el que se encontraba suspendida. Lo único que pudo hacer fue echarse a temblar mientras Theo la sostenía entre sus manos y al borde de un delicioso precipicio.

Algo le decía que lo sabía, que Theo tenía muy claro lo que estaba haciéndole.

Movió levemente la mano y dejó que los dedos se deslizaran bajo sus braguitas. Durante unos segundos de tortura, se quedó inmóvil, burlándose de su deseo, haciendo que ardiera aún más por él. Después, deslizó esos dedos dentro de ella, muy dentro, hundidos en el centro del volcán.

Sintió que estallaba en llamas, que se quemaba por dentro. La acarició íntimamente mientras seguía torturando su pezón con la otra mano y besaba su cuello. Era como si no hubiera pasado el tiempo, como si siguiera teniendo el mismo efecto devastador en ella.

Y, como siempre le había pasado, se deshizo entre sus brazos. Arqueó aún más la espalda acercándose todo lo que podía a él,

derritiéndose entre sus manos, gritando con desesperación su nombre. Se olvidó de sí misma por completo. Y, cuando al final se relajó en sus brazos, Theo la sostuvo durante unos minutos más, sin mover las manos, con sus dedos aún dentro de ella. Esperó hasta que recobró el aliento.

—Me ha parecido que has disfrutado bastante, Holly —le dijo entonces con dureza y amargura—. ¿Te pasa así con todas tus conquistas? ¿Es parte de tu juego o de verdad eres así de fácil?

Sus palabras la dejaron helada. Supuso que esa había sido su intención.

Se apartó de él. La intensidad del clímax que acababa de tener se transformó en una horrible y sofocante angustia que la dominó por completo. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras se colocaba de nuevo la ropa y se volvía hacia él para mirarlo.

Al ver su mirada oscura y vengativa, consiguió que desaparecieran de repente las lágrimas. Pero, por desgracia, no podía hacer lo mismo con Theo. No le iba a resultar tan fácil conseguir que desapareciera él ni su pasado.

La cabina donde estaban era muy pequeña y él no se movió. Tenía un aspecto letal y era demasiado grande para ese espacio. Y había tanta crueldad en su rostro… No parecía arrepentirse de lo que acababa de hacerle ni de lo que le había dicho. Se limitó a llevarse lentamente la mano a la boca y a lamer los dedos que acababa de tener dentro de ella mientras le sostenía la mirada.

Una parte de ella se sentía asqueada, pero no pudo evitar que el gesto le excitara. Todo lo que tenía que ver con Theo era demasiado complicado como para que le encontrara sentido. Por mucho daño que le hubiera hecho ese hombre, su cuerpo parecía ignorarlo por completo y reaccionaba con fuerza cada vez que él la tocaba. Seguía deseándolo tanto como lo había deseado cuando lo conoció.

—No hagas eso —susurró ella.

Pero Theo la ignoró.

—No sabes como la mentirosa que los dos sabemos que eres —le dijo sin dejar de fulminarla con su oscura mirada.

—Ya te lo dije antes —repuso ella con la voz entrecortada y el corazón a mil por hora—. No te engañé. Nunca. Te mentí cuando te dije que me había acostado con otro hombre. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que es verdad?

Theo puso los ojos en blanco y eso fue ya demasiado para ella. Lo que acababa de pasar y la actitud de ese hombre pudieron con ella y se le llenaron los ojos de lágrimas que esa vez no pudo controlar. Se desbordaron sin que pudiera hacer nada por evitarlo y se odió por ello. Había conseguido herirla de verdad y lo peor de todo era darse cuenta de que aún podía sentir su tacto en el cuerpo, aún recordaba lo

que le había hecho sentir con sus manos. Y sabía que nada iba a calmar esa hambre que sentía hacia él.

Nada era suficiente. Ese había sido siempre el problema.

—¡Te he dicho la verdad! —exclamó ella con fiereza.

Podía sentir que Theo estaba cada vez más furioso, que apenas podía contener su genio. Durante unos segundos, ni siquiera se movió. Después, lo hizo de repente y ella se quedó sin respiración, paralizada entre el miedo y el deseo, cuando Theo se le acercó, levantó su barbilla con la mano y acercó su rostro al de ella para mirarla a los ojos. Estaba lo suficientemente cerca de ella como para besarla. Pero sabía que besarla era lo último que iba a hacer ese hombre.

—Te creí, Holly —replicó él con algo muy parecido al dolor en su voz—. Te creí entonces. Y decidí que no había motivo para mantener mis votos cuando tú los habías roto tantas veces como pudiste. Seguro que muchas más veces de las que te atreviste a admitir.

—Estoy tratando de decirte que no…

—Espero que esto no sea más que otro de esos juegos tuyos en los que nadie gana —la interrumpió Theo con dureza—. Porque quiero que tengas muy claro que, en cuanto me confesaste que me habías sido infiel, no vi ninguna razón para mantener los votos matrimoniales que tú habías roto.

Vio que Theo se negaba a entenderlo y que no la creía.

—Theo, nunca rompí nuestros votos. No como crees… —susurró ella.

Le pareció que la miraba con algo de tristeza en sus ojos, pero desapareció antes de que pudiera entender por qué estaba así.

—Por desgracia, Holly, no lo sabía, así que yo sí los rompí.

Cuando Holly se apartó de él y salió deprisa de la cabina de la discoteca, Theo dejó que se marchara.

Trató de convencerse de que quería que se fuera. No le cabía en la cabeza la posibilidad de querer lo contrario.

Para empezar, ni siquiera había querido volver a verla. Todo había sido idea de Holly y estaba dispuesto a dejar que se fuera y que siguiera haciendo lo que se le antojara. Si quería salir de allí y perderse entre la multitud de la discoteca, no era asunto suyo. Se negaba a creer lo que le decía, no podía aceptar que Holly le hubiera mentido cuando le dijo que le había sido infiel. Estaba harta de ella y de sus falsedades. No quería tener que volver a mirarla a la cara y ver dolor en sus ojos. Pero, muy a su pesar, no conseguía quitárselos de la cabeza.

Esos ojos azules… Había visto mucho dolor en ellos y sabía que, esa vez, él había sido el culpable.

Creía que no tenía ningún motivo para creerla. Se acercó a la cristalera de la cabina y observó con el ceño fruncido la pista de baile principal. Pero solo veía la cara de Holly y las lágrimas cayendo por sus mejillas. Creía que todo lo que había pasado esa noche había sido una especie de espectáculo que Holly había decidido montar por alguna razón que no alcanzaba a comprender, como lo de reservar la suite nupcial de Chatsfield, los pétalos de rosa en el suelo de su dormitorio o ese ridículo top transparente con el que había aparecido en la discoteca. Apenas había podido contenerse en cuanto la vio vestida de esa manera. Le parecía que todo lo que hacía Holly era puro teatro y no se creía ni una palabra salida de sus engañosos labios.

Pero aún tenía su sabor en la boca, tan dulce y embriagador como siempre. Se sentía de repente como si pesara mil toneladas, como si estuviera pegado al suelo y no pudiera moverse. Y no quería saber por qué.

Se dio cuenta de que había cometido un grave error y no le gustaba nada. Había llegado a la conclusión, demasiado tarde, de que no debería haberla tocado. No debería haberlo hecho porque el recuerdo de esa mujer había sido difícil de sobrellevar, pero mucho más llevadero que volver a probar la realidad, que volver a tocar y saborear su dulce y cálido cuerpo. Aún lo embriagaba su aroma, suave y femenino, especiado y dulce a la vez. Y la manera en la que había gemido y gritado mientras él la acariciaba…

Maldijo entre dientes en su idioma natal y le dio un puñetazo a la pared de la cabina.

Pensó en sus ojos brillantes, en esas lágrimas que tenían que ser falsas, pero que no se lo habían parecido. Recordó el pánico en su mirada y se dio cuenta de que era mejor actriz de lo que habría creído porque se negaba a pensar que su reacción fuera real y sincera. Le dio otro puñetazo a la pared.

—*Vlakas* —gruñó entre dientes sintiéndose muy estúpido.

Era algo que le había pasado siempre cuando estaba cerca de esa mujer y lamentaba ver que no había cambiado nada. De mala gana, salió de allí y fue tras ella.

Se dijo que lo hacía solo por instinto de conservación, nada más. Se convenció de ello mientras se abría paso entre la multitud y salía a la calle. Lo recibió la cálida noche española como un abrazo y recordó en ese instante cómo había sido tener a Holly casi desplomada contra su cuerpo.

Trató de convencerse de que iba tras ella porque no le convenía que ella anduviera sola por las calles después de la escena que acababa de protagonizar con él en la discoteca. No quería ni pensar en lo que dirían las revistas del corazón si le pasaba algo esa noche. Además, se dijo que, mientras continuara llevando su apellido, seguía siendo su

responsabilidad.

Vio de repente algo de movimiento al final de la calle, unas caderas y una manera de andar que habría reconocido en cualquier lugar. Iba alejándose de allí entre las sombras de la noche.

La alcanzó cuando ya se acercaba a la arena de la playa, como si se dirigiera hacia las oscuras aguas del Mediterráneo.

—Holly, espera —la llamó mientras se acercaba.

Le pareció que se estremecía al oír su voz. También le pasó a él, pero decidió ignorarlo.

Creía que no tenía más remedio que ignorarlo. O lo hacía o iba a acabar volviéndose loco.

Tenía la cabeza inclinada hacia delante y su cabello, que llevaba suelto sobre los hombres, estaba despeinado y se movía con la suave brisa marina. Hacía mucho que no la veía con el pelo así.

Había estado tan absorto mirando su melena que estuvo a punto de no ver que Holly tenía las manos apretadas formando puños, como si estuviera tratando de controlarse. Pero se detuvo. No se giró hacia él, pero dejó de andar. No habría podido decidir a quién de ellos dos odiaba más en ese instante. A Holly por provocar ese lío o a él mismo por seguir dejando que esa mujer lo afectara como lo hacía. Incluso en ese momento, en esa calle oscura del puerto de Barcelona, seguía sin saber qué creer.

Y estaba mucho más perdido a la hora de entender lo que sentía. Pero prefería no pensar en ello porque le daba miedo pensar que en realidad sí sabía lo que sentía.

—¿Estás pensando en tirarte al mar? —le preguntó en un tono impertinente y agresivo—. Porque eso me parecería excesivo. Aunque a las revistas del corazón les encantaría.

No le gustaba cómo le estaba hablando, pero no podía controlar sus palabras. Aún le dolía la mano por los puñetazos que le había dado a la pared de la discoteca, pero prefería concentrarse en ese dolor y no en otras cosas, como en la posibilidad de que ella le hubiera dicho la verdad, para variar, y no le hubiera sido infiel a los pocos meses de su boda.

—¿A ti qué te importa? —repuso ella con la voz afónica y cargada de emoción.

No entendía lo que le estaba pasando, pero sintió una furia en su interior muy distinta a la habitual al pensar que él pudiera haber sido el causante del dolor que había oído en su voz.

Pero se recordó que ella no tenía derecho a sentir nada, que todo había sido culpa suya.

Quería conseguir entenderla, esperaba lograr que abandonara ese nuevo personaje que había creado y pudiera ver por fin a la verdadera Holly, pero todo lo que podía hacer era ser cruel con ella y esa actitud

no estaba consiguiendo que olvidara su sabor ni le libraba de ese peso enorme que podía sentir en su interior desde que Holly saliera corriendo de la discoteca.

Odiaba esa situación. Había logrado sentir indiferencia esa noche, cuando se despidió de ella en el vestíbulo del Chatsfield, y había sido un gran alivio. Se había sentido libre, pero no había durado mucho.

La furia había vuelto a dominarlo desde que levantara la vista y se encontrara con Holly a la puerta de esa exclusiva sala del club nocturno. No era nada nuevo en él. Se había sentido así durante demasiado tiempo, pero eso no hacía que dejara de odiarlo.

Holly se dio entonces la vuelta para mirarlo y sintió que la tierra se movía bajo sus pies. Parecía destrozada, completamente destruida. Supo exactamente lo que estaba sintiendo, él había sentido lo mismo.

Podía verlo en su cara y no le gustó. Creía que ella no merecía sentirse así.

—No te atrevas a mirarme de esa manera —le dijo con dureza y sin poder controlar la ira que lo dominaba—. Tú tienes la culpa de todo esto, Holly. No la tengo yo.

Se negaba a sentirse culpable, pero entendió entonces que ese inmenso peso que había sentido dentro tenía mucho que ver con ese sentimiento. Era una sensación horrible que lo atrapaba en una terrible espiral de amargura, añoranza y pesar. Y el hecho de que aún tuviera su sabor en la boca no hacía más que empeorar las cosas.

—Has vuelto a ganar, Theo.

Le pareció que sonaba distinta. No era la fría reina de hielo en la que se había convertido ni la chica abierta y risueña con la que se había casado. Esa Holly parecía una mujer muy cansada y dolida.

Por fin.

—Al final has conseguido hacerme daño. Estarás orgulloso. ¿Quieres que te felicite? —susurró Holly.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? —le preguntó furioso.

Por primera vez en mucho tiempo, no le importaba quién pudiera estar mirándolos o escuchando su conversación. No se paró a pensar en que pudieran acabar en la portada de alguna revista del corazón que quisiera revelar sus trapos sucios al resto del mundo. No le importaba nada, solo quería negar que él pudiera tener la culpa de algo de lo que había pasado entre ellos dos.

—Yo no te he acusado de nada, Theo.

Sus palabras eran como balas. Podía sentirlas golpeándolo, perforando su piel y adentrándose en sus entrañas.

—No te he acusado de ser promiscuo ni de que me consideraras tu presa. No he sido yo la que me he referido a nosotros en esos términos.

Seguía sin poder creerla. Seguía estando convencido de que aquello

solo podía ser otro de sus juegos. Pero una voz en su interior le recordó que, si de verdad no la creía, no tenía sentido que estuviera allí, hablando con ella de todo lo que había pasado. Se dio cuenta de que, si realmente creía que era una mentira más, no la habría seguido hasta la playa para hablar con ella.

Frunció el ceño.

—Si la santidad de nuestros votos matrimoniales era importante para ti, no deberías haber llegado a los extremos a los que llegaste para convencerme de lo contrario —le recordó él.

—¿A qué te refieres? No tuve que llegar a ningún extremo —repuso Holly con la voz entrecortada y los ojos brillantes—. Te dije que te había sido infiel y te faltó tiempo para creerlo. Lo creíste al instante. No tuve que hacer nada para convencerte. Fue casi como si pensaras que mi traición era inevitable.

—Sí, claro —replicó con ironía—. Veo que te encanta cambiar la historia para tu propio beneficio.

Holly ignoró la dureza de su tono y levantó la cara hacia él. Pudo ver el mismo brillo de antes en su bonita mirada.

—Era virgen cuando te conocí, Theo. Me las arreglé para llegar a los veinte sin acostarme con nadie. Tú fuiste el primero. Aun así, me creíste. Te pareció razonable que seis meses después de la boda me acostara una noche loca con alguien cuyo nombre ni siquiera me molesté en conocer.

—Te creí porque me dijiste que lo habías hecho —replicó enfadado.

El peso que tenía dentro de él comenzaba a extenderse por todo su cuerpo, presionándolo con más fuerza contra el suelo, pero no podía dejar que lo dominara. No quería hacerlo.

—No era un maníaco celoso, alguien que te controlara cada vez que salías a la calle. Nunca se me habría ocurrido que pudieras llegar a serme infiel.

—Lo sé.

Su voz lo dejó sin aliento. Había mucho dolor y amargura en ella. Y algo más que no quiso reconocer.

Pero lo que había en sus ojos azules era mucho peor.

—No se te habría ocurrido nunca porque tú y yo éramos inseparables y estábamos enamorados. Nos pasábamos la mayor parte del tiempo en la cama. Sin embargo, cuando te conté lo de la infidelidad, me creíste. No tuviste ninguna duda. A pesar de todo lo que sabías de mí, de lo bien que me conocías, creíste que había tenido el tiempo y la energía de salir a un bar de turistas para acostarme con un desconocido en un callejón.

—Te creí porque me dijiste que lo habías hecho.

No podía siquiera reconocer su propia voz y vio que Holly se estremecía al oírlo.

—Debo de ser la mejor mentirosa del mundo —susurró ella con tristeza en sus ojos.

Se dio cuenta de que ya no había forma de escapar de ese peso que lo aplastaba contra el suelo.

—Después de todo, pude engañar a un hombre tan indiferente y cínico como eras tú cuando te conocí. Por otro lado, a lo mejor querías creer lo peor de mí y por eso me resulto tan fácil convencerte —le dijo Holly riendo amargamente—. Querías creer que era una mujerzuela para poder volver a tu vida de antes, al donjuán que habías sido siempre.

Se acercó a ella sin ser apenas consciente de lo que hacía y puso las manos en sus hombros de nuevo, tirando de ella hasta que sus caras se acercaron. No se paró a pensar que había sido un error hasta que lo envolvió su aroma de especias y vainilla.

—No te atrevas a culparme a mí —repuso él—. Me mentiste porque quisiste hacerlo, Holly. Nadie te puso una pistola en la cabeza para que lo hicieras ni hubo un villano que te obligara a arruinar nuestro matrimonio y salir corriendo.

—No, no hubo ningún villano —replicó Holly—. Solo un marido que estaba deseando recuperar su libertad para volver a las andadas.

Dio un paso atrás para apartarse de él y dejó que lo hiciera porque sabía que era lo más inteligente, no porque quisiera hacerlo. Le quemaban las palmas de las manos, donde aún sentía el calor de su piel suave.

La miró entonces, parecía algo aturdida.

Pero no tardó en reponerse.

—Por curiosidad, ¿cuánto tiempo esperaste antes de empezar a acostarte con otras mujeres? —le preguntó sin dejar de mirarlo a los ojos—. ¿Cinco minutos? ¿O, por respeto hacia tu esposa, decidiste esperar toda una noche después de que me fuera?

Capítulo 6

Te quería, Holly —replicó Theo con la sangre hirviéndole en las venas.

Se negó a responder su pregunta porque pensaba que ese era precisamente el quid de la cuestión.

—Te quería y tú me destrozaste —agregó sin dejar de mirarla.

—Ese es el problema, que lo que dices no ocurrió, Theo —susurró entonces Holly.

Theo no sabía qué quería decir, si no creía que él la hubiera querido o que lo que había pasado lo hubiera destrozado por completo.

—Eso era lo que nos decíamos, ¿verdad? Que nos queríamos… Pero, para eso, me tendrías que haber conocido de verdad y yo a ti —le dijo Holly—. Y creo que los dos sabemos que eso no llegó a ocurrir.

Ella retrocedió un paso y después, otro más. Se envolvió los brazos alrededor del cuerpo como si tuviera frío, pero sabía que no podía ser. Era una noche muy cálida.

Y, de alguna manera, toda esa ira que lo había dominado se fue desvaneciendo entonces. No se fue del todo, sino que cambió, se transformó en otra cosa. En ese momento, se sintió sobre todo muy cansado y tan destrozado como se había sentido hacía cuatro años, cuando creyó que Holly lo había engañado.

Pero se sentía más que nada triste.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la creía. A pesar de que esa verdad cambiaba muchas cosas y no lo dejaba a él en buen lugar, la creía. Se pasó una mano por el pelo y trató de respirar profundamente, pero le costaba llenar de aire los pulmones.

Holly dio otro paso más para apartarse de él y miró por encima de su hombro hacia la ciudad, como si quisiera estar en algún otro sitio, en cualquier otro lugar.

En cualquier otro lugar menos allí, atrapada en medio de ese desastre en el que habían convertido su matrimonio. Y él aún no sabía por qué lo habían hecho.

—¿Vas a salir corriendo? —le preguntó él en un tono suave, pero letal.

—Yo…

Pero Holly no terminó la frase.

Así que lo hizo él.

—Porque eso es lo que haces, ¿no? —le recordó con crueldad—. Cuando las cosas se ponen difíciles, demasiado intensas para

afrontarlas, pones excusas o mientes. Y después sales corriendo, dejando todo en ruinas —agregó encogiéndose de hombros—. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Lo último que le había dicho Theo era casi lo peor. Casi.

Holly se sentía más muerta que viva. O quizás fuera solo que habría preferido estar muerta. Soñaba con salir de allí, con estar en otra dimensión, inconsciente, sin tener que pensar ni sentir. Sabía que eso sería mucho más fácil.

—No voy a salir corriendo —le dijo ella con firmeza.

Pero tuvo que apretar las piernas contra el suelo para que dejaran de temblarle y concentrarse para no dar ni un paso más. La verdad era que sí quería huir, deseaba estar lejos de esa mirada, en cualquier otro sitio. Cualquiera que no fuera allí, con él. Y odiaba el hecho de que Theo pudiera leerle el pensamiento, hacía que se sintiera muy vulnerable, más vulnerable aún.

Durante un tiempo indeterminado que se le hizo eterno se quedaron donde estaban. Sin moverse y sin hablar. La música de los clubes que había detrás de ellos les llegaba distorsionada por la cercanía del agua.

Frente a ellos no había nada, solo el mar.

—¿Cuántas? —le preguntó Holly después de unos minutos en silencio.

Sabía que no debía hacerlo, que no le convenía saberlo y que eso no iba a hacer que se sintiera mejor, pero no fue capaz de no hacerle esa pregunta.

—¿Con cuántas mujeres te acostaste después de que me fuera? ¿Cuántas veces te vengaste por lo que te hice?

—No voy a responder a eso. No tienes derecho a preguntármelo como si tuvieras algún tipo de autoridad moral sobre mí, Holly. Tú no fuiste la víctima.

—No. Pero, al parecer, soy la única que ha sido fiel.

Theo dejó escapar una especie de gruñido muy masculino que hizo que se estremeciera.

—No puedes tenerlo todo. Tú fuiste la que me dejó. Fuera cierto o no, me dijiste que me habías sido infiel y te fuiste. Eso no es ser fiel.

—A lo mejor no fui la esposa perfecta, pero no tuve relaciones sexuales con otras personas.

Theo la miró frunciendo el ceño y le dio la impresión de que estaba haciendo un gran esfuerzo para contenerse.

—¿Qué creías que iba a pasar? ¿Se supone que debía quedarme en un estado permanente de celibato, a la espera de que llegara este momento cuando no tenía ninguna razón para sospechar que todo

hubiera sido un engaño por tu parte? —le preguntó Theo entonces—. No puedes ser tan ingenua como para esperar algo así de mí.

Entendió entonces que no estaba siendo justa. En realidad, nada de lo que estaba pasando era justo y ella era la principal culpable. Era ella la que le había mentido entonces y también la que estaba reabriendo las heridas después de tantos años. Pero no podía evitarlo, había tenido que hacerlo.

—No querías divorciarte —le dijo ella después de un rato en silencio—. Supongo que pensé que…

Se quedó callada. Lamentó haber abierto la boca. Sobre todo al ver que Theo parecía más furioso que nunca.

—¿Qué pensabas? ¿Que no quería concederte el divorcio porque, aunque me hubieras sido infiel, soñaba con recuperarte? ¿Crees que trataba de coquetear y que te he dado acceso a mi cuenta bancaria y te he mostrado mi indiferencia durante años con ese fin?

—¡Tú fuiste el que me enseñó estos juegos, Theo! —exclamó ella fuera de sí.

No podía preocuparse en ese momento por ser justa con él. Esa palabra que había utilizado había conseguido hacerle mucho daño. Y lo había logrado porque creía que era verdad, porque había sido precisamente indiferencia lo que había visto en él cuando se despidieron esa noche en el vestíbulo del Chatsfield.

Creía que esa indiferencia era el final de todo. Lo sabía.

—Podrías haber ido detrás de mí cuando me fui, pero preferiste no hacer nada y darme dinero. No te atrevas a acusarme de haber arruinado nuestro matrimonio cuando tú no hiciste nada para salvarlo. ¡Sé que te alegraste de que me fuera! —le dijo sin poder controlar su enfado.

—¡Ya basta!

Nunca había oído ese tono en él y recordó entonces el tipo de hombre en el que se había convertido en esos últimos años, desde que asumiera el control de la empresa de su padre.

Se dio cuenta entonces de que estaba temblando otra vez, pero no de frío. Se frotó los brazos con las manos.

—Theo…

No dijo nada más. No sabía qué había estado a punto de decirle, pero no importaba porque vio que Theo sacudía la cabeza.

—Te he dicho que ya basta.

Theo se acercó a ella y agarró su brazo. Trató de apartarse, pero no pudo hacerlo. La apretaba con demasiada fuerza.

—Camina o tendré que arrastrarte, *agapi mu* —le dijo él casi gruñendo—. Del humor del que estoy ahora mismo, no lo dudes, te llevaré a rastras si no me dejas otra opción.

Holly vio que hablaba en serio y decidió andar.

Theo mantenía un control férreo sobre ella y trató de convencerse de que no le importaba. No quería pensar en todas las mujeres que habían tocado esas mismas manos, quizás incluso esa noche, antes de que ella lo encontrara. Suponía que sabía que había esas discretas cabinas en esa discoteca porque las había utilizado y, obviamente, no solo con ella.

Se le revolvía el estómago al pensar en ello.

Y también cuando pensaba en que todo lo que estaba pasando era culpa suya. Por mucho que se lo echara en cara a él, creía que ella era la que los había colocado en esa situación.

Nunca había podido olvidar lo que el abandono de su madre le había hecho a su padre, cómo lo había destrozado. Aun así, no había querido ir tras ella, se había limitado a seguir viviendo y sufriendo en su pequeño rancho. Ella, con su comportamiento, había provocado la misma reacción en Theo.

Pero ser consciente de ello no había hecho más que empeorar las cosas. Se odiaba a sí misma y la manera en la que Theo la tenía agarrada no hacía nada por conseguir que se sintiera mejor.

—Puedo tomar un taxi —le dijo ella cuando se dio cuenta de que Theo iba hacia su coche.

El conductor uniformado se acercó para abrirles la puerta y Theo le dirigió una mirada tan salvaje que decidió que era más inteligente entrar en su coche sin rechistar. Pensó que ya le diría después al conductor dónde se alojaba. Creyó que sería más rápido que tener que discutir con quien aún era su marido.

—Theo, quiero tratar de… —le dijo ella cuando el coche se puso en marcha.

—Mi madre murió cuando yo tenía solo doce años —la interrumpió él de repente.

Estaba sentado a su lado, pero sentía que estaban a un mundo de distancia. Su presencia física era aún más abrumadora dentro del coche y se había sentado cerca de la puerta, con el codo apoyado contra la ventanilla y la vista perdida en la ciudad que recorrían a toda velocidad.

Aunque no la miraba, sabía que le estaba hablando a ella.

—Lo sé —le dijo en voz baja—. Lo siento.

—Supongo que es lo que te toca decir, como si hubiera sido una tragedia o un accidente, pero la verdad es que se tomó demasiadas pastillas con demasiado alcohol y supongo que debió de haber sido un gran alivio para ella poder por fin escapar.

Sintió que se quedaba sin aliento.

—No tenía ni idea…

—Mi padre le dijo a todo el mundo que había muerto a causa de una enfermedad repentina y muy agresiva. Supongo que, de alguna

manera, fue en parte verdad —agregó Theo en un tono neutro.

Se lo contaba como si le estuviera hablando de algún problema de su empresa, no como si le estuviera desvelando por primera vez lo que había sido un secreto familiar hasta ese momento.

Theo se quedó callado durante tanto tiempo que pensó que ya no iba a decirle nada más.

Se dio cuenta entonces de que ella estaba temblando y no sabía por qué. Pero Theo se giró para mirarla y se quedó inmóvil.

—Otro secreto de mi familia, mucho más pertinente en este momento, tiene que ver con las muchas aventuras que tuvo mi padre. Todo el mundo lo sabía —le contó entonces Theo—. Cada joya que le daba a mi madre era un soborno, una disculpa por haber seducido a otra mujer. Esa situación fue rompiéndola lentamente, joya a joya, amante tras amante. Mi padre lo sabía, pero no dejó de hacerlo. Cada uno de esos regalos a mi madre era una declaración de culpabilidad y dejadez por parte de él. Al final, terminó suicidándose. Sin duda, para escapar de sus interminables traiciones.

Holly no podía moverse. Se quedó mirándolo sin decir nada. Las luces de la ciudad los iluminaban a los dos de manera intermitente mientras el coche avanzaba por las calles, pero ella solo podía ver a Theo y ese terrible brillo que había en su mirada.

Susurró su nombre. O pensó al menos que lo había hecho, no podía estar segura.

—Y esta noche… —continuó Theo en voz baja—. Esta noche me has hecho sentir que soy como él.

No podía respirar.

—Pensé que ahora admirabas a tu padre, que todo había cambiado entre los dos…

Theo le dedicó una sonrisa que parecía en realidad una mueca. Sabía lo que pensaba de ella, que era una cobarde y que estaba tratando de irse por las ramas para no tener que aceptar lo que acababa de decirle.

—Lo que dije fue que es un hombre duro, un excelente hombre de negocios —le recordó Theo mirándola a los ojos—. Nunca dije que fuera un buen hombre.

Se quedaron en silencio un buen rato. Sus palabras acababan de abrir otra herida.

—Te voy a acompañar hasta tu suite —le dijo Theo sin mirarla cuando el coche se detuvo frente a las relucientes puertas del Harrington.

—No es necesario —repuso ella.

Pensó entonces que estaba en su mano tratar de arreglar las cosas entre ellos dos. Podía volver a Dallas y a su aburrida y solitaria vida. Se estaba dando cuenta de que aquello había sido un tremendo error,

pero creía que podía remediarlo. Le bastaría con tomar el primer vuelo que saliera de Barcelona a la mañana siguiente. Y también podía dejar de jugar estúpidamente con su dinero, esa manera tan infantil en la que había estado tratando de atraer su atención durante los últimos años.

Lo único que tenía que hacer era marcharse.

—No te estaba pidiendo permiso, Holly. Te estaba informando de lo que voy a hacer.

—¿Por qué fingimos que no ha pasado nada? —le sugirió ella tratando de no pensar en todo lo que había ocurrido esa noche entre los dos—. Podemos divorciarnos y continuar cada uno con nuestras vidas. No creo que sea buena idea que me acompañes a mi habitación como si lo de esta noche hubiera sido una cita romántica. No tiene sentido que sigamos fingiendo que esto es un matrimonio normal.

—¿Tengo que recordarte lo que pasó en la discoteca? ¿Cómo alcanzaste un intenso orgasmo gracias a mis caricias y mis dedos? —le respondió Theo con frialdad mientras la miraba a los ojos—. ¿Y ahora te parece demasiado íntimo que te acompañe hasta tu habitación?

No respondió, sabía que no podía hacerlo. Se bajó del coche y dejó que la acompañara. En realidad, no estaba dejándole que lo hiciera. La verdad era que no se creía capaz de detenerlo.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en el ascensor. No hablaron y el breve trayecto hasta su piso se le hizo eterno.

Caminaron después por el silencioso pasillo hasta su suite. Lo miró mientras sacaba la tarjeta electrónica de su bolso y se disponía a introducirla en la cerradura, pero Theo se limitó a devolverle la mirada sin dejar que su cara expresara lo que estaba sintiendo o pensando en ese momento. Pero no se le pasó por alto el brillo vengativo que había en sus ojos oscuros.

—Abre la maldita puerta —le dijo con impaciencia al ver que Holly no se decidía—. No quiero seguir hablando de mi vida privada en estos lugares tan públicos, llenos de ojos y oídos curiosos.

Se le ocurrieron mil respuestas hirientes que podía darle en ese momento, pero no dijo nada al ver que la miraba amenazadoramente.

—No me provoques, Holly —le aconsejó Theo en el mismo tono—. Esta noche no.

Ella abrió finalmente la puerta. Se sintió como si estuviera rindiéndose de la peor manera posible. Ni siquiera se reconocía, se sentía como una marioneta, como si sus miembros se movieran porque alguien la estaba controlando y no pudiera hacer nada para evitarlo.

Por otro lado, pensó que quizás se sintiera así porque era una forma de no tener que asumir su responsabilidad por el desastre en el que se había convertido su matrimonio.

Suspiró al verse de nuevo en su suite. Le había parecido cómoda y

espaciosa durante sus primeras horas en Barcelona, pero entonces había estado sola. Theo lo llenaba todo con su amenazante presencia y hacía que se sintiera atrapada. Para colmo de males, tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad.

Recordó entonces lo que le había dicho Theo en el coche, cómo ella le había hecho sentir que era igual que su padre. No podía perdonárselo, se sentía muy culpable.

—Lo siento —le dijo entonces con dificultad—. Sé que actuaste como lo hiciste porque solo tenías la información que yo te había dado, porque creías que te había sido infiel. No tengo derecho a hacer que te sientas culpable, ni tengo derecho a sentirme herida por lo que hiciste.

Theo se acercó a la ventana y se quedó unos segundos mirando desde allí las luces de la ciudad. Después, se volvió para mirarla y vio algo terrible en su cara, algo que estaba atrapado en sus ojos oscuros.

—No puedo procesar todo esto —le aseguró después de un momento—. No le encuentro el sentido. No solo me hiciste algo horrible a mí, Holly, nos lo hiciste a los dos. Por tu culpa me he convertido en lo que nunca quise ser. No pude soportar la primera traición y no tengo ni idea de cómo voy a poder aceptar esta. Si lo que me dijiste es verdad, ahora soy peor que tú.

Vio que sus manos eran puños que apretaba con firmeza contra los muslos.

—¿De eso se trata? ¿De decidir cuál de los dos lo ha hecho peor? —susurró ella.

—No sé de qué se trata todo esto —replicó Theo—. Y no creo que lo sepas tú tampoco.

Todo había cambiado en un par de horas. La habitación estaba demasiado iluminada, contrastaba con la oscuridad que habían tenido en el club y después en la calle. Nunca se había sentido tan desnuda, tan vulnerable y expuesta. Ya no estaba temblando, pero se sentía aún más destrozada y dolida. Y viendo cómo estaba Theo, se sentía peor aún.

Él le sostenía la mirada desde el otro lado de la habitación. Todas las mentiras, las traiciones y los estúpidos juegos se interponían entre los dos.

Recordó en ese momento aquella primera semana en Santorini, tan brillante, soleada y perfecta. Habían pasado esos días disfrutando de la compañía del otro y enamorándose perdidamente. Entonces, había creído que lo que tenían era algo tan mágico y tan grande que nunca se iba a terminar. Nunca se podría haber imaginado que iban a acabar de ese modo, como estaban en ese momento.

Le costaba creer lo que estaba pasando. Ella misma había provocado que sucediera. Pero, aun así, no terminaba de aceptar que su plan

pudiera haber funcionado.

—De todos modos, nada de eso importa ya —le dijo ella con voz temblorosa—. Hiciste bien esta tarde, cuando decidiste despedirte de mí e irte. Eso es lo que debemos hacer. Esto nunca debería haber sido más que un romance de verano. Después de todo, parece que tu familia tenía razón.

Theo hizo una mueca con la boca.

—Por supuesto —murmuró sacudiendo con resignación la cabeza—. Creo que, fuera del dormitorio, este es el momento en el que más honestidad ha habido en nuestra relación y me dices que deberíamos ponerle fin. No sé por qué me sorprende…

La expresión de su rostro había conseguido afectarle más de lo que habría creído posible.

—No me conoces —le dijo ella—. Si esta noche, y también este matrimonio, nos ha dejado algo claro es precisamente eso, Theo. Tú no eres quién para decirme si soy o no una persona honesta. Te creíste la mentira más grande y peor que he dicho en mi vida… Ni me conoces ni yo a ti. Sabía, por ejemplo, que habías perdido a tu madre siendo solo un niño, pero no tenía ni idea de cómo había ocurrido. Somos casi dos desconocidos —agregó sin poder contener la emoción en su voz—. Dos desconocidos que están casados y deberían haber formalizado su divorcio hace mucho tiempo.

Theo la miró durante lo que pareció toda una vida. Todo lo que estaba pasando era tan doloroso… Apenas podía soportar mirarlo a los ojos. Vio que se pasaba las manos por el pelo con desesperación y que después se ponía en marcha. Supuso que iría hacia la puerta.

Después de todo, creía que quizás ese fuera el fin. Trataba de recordar que eso era lo mejor, lo que quería, y que debía sentirse aliviada. Pero no lo consiguió.

—No voy a ir detrás de ti, Holly —le advirtió Theo en voz baja—. Tú empezaste esto hace cuatro años y solo tú sabes las razones que tuviste para hacerlo. Ya sabes dónde me alojo. Si quieres hablar del desastre que tú misma provocaste, si crees que puedes abandonar de una vez por todas tus juegos, ya sabes dónde encontrarme.

—¿Con qué fin, Theo? —susurró ella casi sin voz—. ¿Para ver si podemos empeorar aún más las cosas?

—No. Para ver si podemos tener una relación basada en la honestidad —le dijo Theo acercándose demasiado a ella—. Pero la verdad es que no soy optimista.

—Ni siquiera me imagino cómo sería esa relación —respondió ella en voz baja y con lágrimas en los ojos—. Mi experiencia me dice que tú y yo solo tenemos dos velocidades: una de sexo salvaje y otra de pura agonía. Solo con látigos y cadenas se podrían combinar esas dos maneras de coexistir que tenemos. Y, antes de que me hagas ninguna

sugerencia, no soy tan disoluta como tú, no me va nada el tema sadomasoquista.

—Es una pena —repuso Theo mirándola a los ojos—. A mí me encantaría ponerte en mi regazo y darte unos cuantos azotes hasta que gritaras —susurró con una media sonrisa que le dio algo de esperanza —. Eso como mínimo.

Sus palabras le hicieron recordar entonces que lo que ella quería, lo que siempre había querido por muy mal que lo hubiera demostrado durante todos esos años, era volver con Theo. No quería divorciarse.

Le parecía increíble haber pasado por tanto y haber llegado tan lejos, hasta el momento en el que se encontraban entonces, sin dejarle claro lo que quería. Aunque sabía que era muy difícil y que lo que le pedía el cuerpo era salir corriendo en dirección opuesta.

—O podrías besarme —le sugirió ella de repente.

No habría sabido decir cómo se había atrevido a decirle algo así cuando estaba segura de que habían echado todo a perder. Además, Theo la miraba como si la odiara.

Theo se quedó observándola durante toda una eternidad. Le dio tiempo a arrepentirse de lo que acababa de decirle. Pero, por otro lado, se veía incapaz de perder la esperanza.

—Eso no me parece castigo suficiente.

—Creo que todo depende de cómo sea el beso —respondió ella.

Theo se movió entonces.

Era tan guapo y tan grande, lo llenaba todo con su presencia, y esa mirada hacía que se le acelerara el pulso. Se le acercó y tomó su cara entre las manos, inclinando su rostro hacia el de ella. Había pasado tanto tiempo…

Se inclinó un poco más y la besó suavemente en la frente. No se atrevía siquiera a respirar.

Besó después una mejilla y luego la otra.

Se sentía como si un reguero de pólvora estuviera corriendo por sus venas, quemando todo a su paso. Si Theo estaba sintiendo lo mismo que ella, no lo demostró.

—La próxima vez que te bese, si es que hay una próxima vez, será porque confío de nuevo en ti, Holly —le dijo en voz baja y casi con dulzura.

La soltó entonces sin dejar de mirarla con sus ojos oscuros. Era casi como si pudiera percibir lo que ella estaba sintiendo y lo deprisa que latía su corazón.

—Y me temo que no es probable que eso ocurra demasiado pronto, ¿no te parece? —añadió él.

Holly no pudo hacer ni decir nada. Se quedó done estaba, completamente destrozada y con un enorme nudo en la garganta.

Theo la miró una vez más, fue hacia la puerta y salió de la

habitación.

Capítulo 7

Cuando Theo se despertó a la mañana siguiente en la que había sido su suite nupcial, descubrió que su vida se había convertido en un enorme circo. Tenía un montón de mensajes de su empresa. Lo habían llamado los empleados con los que trabajaba de forma más directa y le habían dejado varios mensajes. También lo había hecho su secretaria, la señora Papadopoulos, que sonaba bastante enfadada. Incluso su padre y su hermano menor, Brax, que estaba de viaje de negocios en Australia, habían tratado de hablar con él.

—Su padre está intentando contactar con usted, señor Tsoukatos —le decía la señora Papadopoulos fríamente en uno de los mensajes que había dejado en el contestador—. Ha venido a su despacho. En persona. Cuatro veces en lo que va de mañana. Por no hablar de las numerosas llamadas que ha recibido de varios medios de comunicación.

Vio que le había dejado ese mensaje a las nueve de la mañana.

—¿Qué pasa contigo y esa maldita mujer? —le decía Brax en otro mensaje—. ¿Por qué tienes que seguir participando en sus juegos cuando sabes perfectamente cuánto afectan al prestigio de la familia Tsoukatos? ¿Por qué no aceptas que lo que pasó con ella fue un terrible error, te divorcias de ella y pasas página?

El mensaje que le dejó en el móvil su padre fue aún más duro. Como siempre, parecía estar furioso.

—No me resulta divertido ver cómo mi sucesor al frente de la empresa aparece en la prensa como si no fuera más que un tipo patético y mujeriego —le dijo Demetrious Tsoukatos entre gruñidos—. Pon fin a esto, Theo. Ahora mismo. *Endaxi*.

Dejó el móvil en la cama, se levantó y se pasó las manos por el pelo.

Trató de calmarse y respirar profundamente. Tenía el pulso acelerado. Por desgracia, todo aquello le resultaba demasiado familiar. Se parecía mucho a una dolorosa traición por la que ya había pasado una vez.

Después de todo lo que Holly le había dicho, le costaba creer que pudiera estar involucrada.

Había salido de su suite en el Harrington de madrugada y sabía que la había dejado en un estado de clara agitación emocional.

Llamó a recepción para que le subieran café y la prensa del día. La persona con la que habló se mostró especialmente solícita y le pareció

que no era una buena señal.

Cuando por fin llegó el botones, se sirvió una taza de café y colocó la prensa sobre la mesa de centro que había frente al sofá. Una mesa sobre la que había tumbado a su bella esposa hacía cuatro años. No podía quitarse de la cabeza esas sensuales imágenes, había disfrutado entonces tanto de su delicioso cuerpo…

Sabía que no le iba a servir de nada recordar el pasado, pero le estaba costando mucho no hacerlo.

Miró entonces los titulares de los periódicos sensacionalistas y consiguió regresar al presente.

¡Theo Tsoukatos hostiga a su esposa!, decía el primer titular en el que se fijó. Debajo había una foto de mala calidad en la que estaban los dos en el vestíbulo del Chatsfield. Él se elevaba como una torre sobre una Holly que parecía triste y asustada. No le extrañó el titular, era bastante creíble.

Hacía años que no se veía en público al magnate de la empresa naviera Tsoukatos acompañado por su esposa estadounidense, la misma que recibió la desaprobación de su padre cuando se casaron hace cuatro años. Durante este tiempo, ha habido todo tipo de rumores sobre ellos dos. Theo Tsoukatos, un hombre al que no le gusta hablar de su vida privada, se ha negado siempre a confirmarlos o negarlos. Pero estas fotografías muestran lo que debió de ser un tormentoso reencuentro en el hotel Chatsfield, el más lujoso de Barcelona. Al parecer, el distanciamiento que ha habido entre ellos es el menor de los problemas de esta pareja.

Fuentes anónimas del Chatsfield nos han informado de que, aunque Theo se aloja en la suite nupcial del hotel, una suite creada específicamente para derretir a los corazones más duros, no ha estado acompañado por su esposa durante estos días.

¿Está más lejos que nunca el complicado divorcio que todo el mundo lleva años esperando?

Le dolía la mandíbula y se dio cuenta entonces de que había estado apretando con fuerza los dientes. Leyó de mala gana el resto del artículo. El periodista repasaba la relación que tenía con Holly de una manera ridícula y melodramática. Cuando terminó, pasó a la siguiente revista.

¿Reconciliación o últimos coletazos de esta relación?, decía ese titular. La revista mostraba en portada una foto de Theo saliendo del hotel de Holly. En una esquina estaba impresa la fecha y la hora en la que había sido tomada, demostrando así que no había salido del hotel a una hora que pudiera considerarse decente, ni siquiera en España. Dentro de la revista había un extenso artículo de dos páginas lleno de fotos antiguas, las que les habían hecho al principio de su relación en

Santorini, cuando la prensa aún no sabía quién era ella.

Muchos se preguntan estos días si los Tsoukatos, que han vivido separados casi desde que se casaron, estarán por fin resolviendo sus diferencias en el Harrington, el hotel más romántico de toda Barcelona.

Otros, sin embargo, piensan que se están reuniendo en secreto, en la misma ciudad donde la pareja pasó su luna de miel tras un rápido romance y una improvisada boda, para negociar el control de la importante naviera Tsoukatos.

Después de todo, el magnate griego no quiso firmar un acuerdo prenupcial cuando se casó con Holly Tsoukatos y esta se convertiría en una mujer muy rica en caso de divorcio. Una fuente cercana a la familia ha calificado aquella decisión como «increíblemente estúpida».

Estaba seguro de que habría sido Brax quien lo había dicho porque su padre, como le pasaba a él, no era dado a hablar con la prensa. Aunque supuso que también podría haber sido su secretaria la que se hubiera ido de la lengua. Respiró profundamente y siguió leyendo el artículo.

No hemos podido contactar con ningún representante de la familia Tsoukatos para comentar la noticia. Según un testigo, los dos «estuvieron coqueteando toda la noche, parecían estar de nuevo juntos. Theo no podía dejar de tocar a Holly y ella estaba encantada».

Pero ¿será todo un juego de Holly?

No pudo evitar fruncir el ceño mientras leía esas últimas palabras. Apretó con furia las manos. El corazón le latía a mil por hora y le dolía la cabeza. Era como si estuvieran golpeándolo…

Pero se dio cuenta entonces de que el sonido era real. Alguien estaba llamando a su puerta.

Miró hacia allí y se levantó del sofá. Abrió la puerta de mala gana, listo para cantarle las cuarenta al empleado del hotel que se había atrevido a molestarlo cuando estaba de tan mal humor.

Pero no era un botones ni un camarero.

Era Holly.

Sintió una oleada de adrenalina al verla allí. Y también deseo, esa misma necesidad insaciable que lo dominaba cuando estaba con Holly y le hacía actuar sin pensar. Le había pasado hacía cuatro años y medio. Y otra vez la noche anterior. Ese deseo hacía que se odiara a sí mismo. Casi tanto como la odiaba a ella por ponerlo en esa situación, por lo complicado de su relación y haberlo convertido a él en alguien capaz de romper los votos matrimoniales, como había hecho el canalla de su padre.

Se quedó mirándola sin reaccionar.

Estaba vestida con esa fría elegancia de los últimos años. No le gustaba nada verla así, con uno de esos vestidos clásicos y aristocráticos que parecía llevar a menudo. Y se había recogido la melena salvaje en un estirado moño bajo. Era completamente distinta a la criatura que había tocado la noche anterior, esa mujer indómita que había conseguido despertar su deseo nada más verla. Supuso que debía darle las gracias al menos por eso.

Pero no le apetecía hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con tanta frialdad como pudo—. ¿Has venido para ver si puedes conseguir que te hagan alguna foto más? ¿Te estás encargando de que la prensa tenga todo el material que quiera?

—¿Lo has hecho tú? —replicó ella frunciendo el ceño mientras entraba en la habitación sin esperar a que la invitara—. No sé qué razón podrías tener para hacerlo, no lo entiendo, Theo. ¿Cómo has podido vendernos a la prensa de esa manera?

Holly había rozado su torso desnudo con el brazo al entrar, pero trató de no pensar en ello. Estaba demasiado furioso para entender por qué un mero roce conseguía encenderlo como lo había hecho.

Se quedó mirándola mientras entraba en la suite y, a pesar de todo, a pesar de su pasado e incluso de la acusación que acababa de hacerle, se limitó a observar cómo se movía. Era todo un placer.

Había olvidado cuánto le gustaba. Creía que habría tenido que ser de piedra para no fijarse en cómo movía las caderas o en cómo andaba. Había algo en su manera de moverse que le recordó a la joven de Santorini, aquella que iba con sus botas vaqueras a todas partes y tenía una risa alegre y contagiosa.

Se dio cuenta entonces de que aquella Holly no había sido un producto de su imaginación, sino que de verdad había existido y seguía allí, delante de él, en algún lugar, debajo de todas las mentiras, los elegantes vestidos y el dolor.

Le encantó ver cómo Holly se detenía de manera abrupta al darse cuenta de dónde estaba. Le pareció que contenía la respiración y se tensaba su espalda. Le gustaba ver que esa suite también estaba afectándole a ella, que tampoco ella había podido olvidar el pasado.

A lo mejor lo que estaba haciendo con él esos días no era más que otro de sus malditos juegos. A lo mejor la prensa estaba en lo cierto y era todo parte de un plan para tratar de hacerse con el control de la empresa familiar, pero le quedó muy claro en ese instante que la pasión y la atracción que había habido siempre entre ellos era real. Eso nunca había tenido que fingirlo ninguno de los dos. Él recordaba demasiado bien todo lo que había sucedido en esa suite hacía cuatro años y medio. Al menos en ese terreno, los dos habían sido

completamente honestos.

—Es imposible no sentir cierta nostalgia, ¿verdad? —le preguntó él sin moverse de la puerta—. Es una lástima que tuviera que deshacerme de los pétalos de rosa que mandaste esparcir por la suite. Si aún estuvieran por el suelo, te podría haber pedido que anduvieras a gatas sobre ellos como hiciste entonces.

Holly se volvió para mirarlo por encima del hombro. Sus ojos azules brillaban tanto como el cielo esa mañana.

—¿Cómo puedes bromear? —repuso ella con incredulidad—. La prensa habla de nosotros, especulando con todo tipo de cosas e insultándonos. Supongo que fuiste tú mismo el que avisó a los paparazzi. De otro modo, ¿cómo iban a saber que me alojaba en el Harrington? Pero tú, en vez de hablar de ello, ¿prefieres recordarme una sesión de sexo oral que tuvimos hace cuatro años y medio?

—*Agapi mu*, no creo que encuentres a un solo hombre al que no le parezca ese tema mucho más interesante que cualquier otro —respondió él con media sonrisa—. Y, por mucho que intentes despreciar lo que pasó, recuerda que fue una locura que nos dominó a los dos.

—Sí, Theo —le dijo con voz temblorosa mientras se giraba hacia él —. Me acuerdo. Recuerdo haberme arrastrado por este el suelo hacia ti porque no podía pensar en nada que me apeteciera más. Recuerdo perfectamente lo que pasó cuando llegué al sofá. Tampoco he olvidado lo que hiciste con el champán ni lo insaciables que éramos los dos entonces. ¿Estás satisfecho? ¿Podemos hablar ahora sobre el presente?

Era difícil continuar hablándole con normalidad cuando tenía de repente en su cabeza todas esas imágenes tan sugerentes, todos esos recuerdos…

—No lo entiendo —repuso él—. Supongo que querías que me alojara en esta suite para que me atormentaran los recuerdos del pasado. En cambio, ahora prefieres hablar del presente. Es imposible comprenderte.

Holly puso los ojos en blanco y él pensó que hacía mucho tiempo, demasiado, que no disfrutaba tanto. Tenía que reconocer que le gustaba discutir con ella. La ira que había sentido dentro de él después de leer la prensa había desaparecido en cuanto abrió la puerta de la suite. Se quedó hipnotizado mirando su boca y el gesto obstinado con el que lo miraba en ese instante. Muy a su pesar, Holly seguía pareciéndole una mujer cautivadora. Cuando la vio entrar y mirar a su alrededor, no pudo evitar distraerse con la curva perfecta de su trasero, con su estrecha cintura, con el movimiento intrigante de sus caderas…

Pensó que quizás estuviera así después de haber cometido el error de tocarla la noche anterior. Había vuelto a saborear su dulzura y era

un adicto. Sabía que no tenía sentido fingir lo contrario, aún la deseaba y creía que siempre iba a hacerlo.

Una voz en su cabeza le recordó que ya había caído en la tentación la noche anterior y no tenía sentido seguir resistiéndose. Esa voz le tentaba a disfrutar del momento y de ella.

Como si pudiera percibir esa oleada de calor y deseo que lo empezaba a dominar, Holly se alejó un poco más de él. Vio que se fijaba en la mesa de centro que había frente al sofá y que fruncía el ceño al ver los periódicos y revistas.

Se había quedado perdido en esos vívidos recuerdos de los que habían hablado hacía unos minutos. Le resultaba imposible borrar de su mente la imagen de Holly de rodillas frente a él, pero recordó entonces el resto de lo que ella le había dicho.

—Yo no avisé a los paparazzi —protestó.

Holly levantó la vista hacia él y se quedaron mirándose a los ojos mientras iba despacio hacia ella y pasaba a su lado para sentarse en el lujoso y mullido sofá blanco.

Se apoyó en el respaldo, poniéndose cómodo y tomándose su tiempo en hacerlo. Le encantó ver cómo Holly pasaba de mirarlo a los ojos a bajarlos hasta su torso desnudo, casi como si no pudiera evitarlo. Él no se había molestado en vestirse cuando se había levantado de la cama esa mañana.

—¿Por qué crees que querría que el mundo financiero internacional recordara que me casé con una cazafortunas estadounidense en vez de preocuparme por proteger el legado de mi familia?

—Veo que te encanta sacar a relucir ese tema del que nadie habla —le dijo Holly con frialdad—. No he leído hoy ningún artículo en el que se refieran a mí como una cazafortunas ni nada parecido.

Inclinó la cabeza a un lado mientras la escuchaba.

—A lo mejor no han usado esas palabras, pero me parece a mí que es lo que se deduce de los artículos.

—¿Por eso que te resultó tan fácil creer que te había engañado, Theo? —le preguntó Holly en voz baja—. ¿Porque eso era lo que pensabas de mí? ¿Porque en el fondo no te sorprendió el hecho de que una cazafortunas americana de clase baja te engañara con un turista cualquiera de la isla?

Tuvo que contenerse para no caer en la tentación de defenderse ante ella. Tampoco quería tener que darle ninguna explicación sobre lo que había hecho él después de que ella lo dejara. Creía que no tenía por qué hacerlo. Se limitó a recostarse más cómodamente en el sofá y extendió los brazos a lo largo del respaldo sin dejar de mirarla. Se fijó en cómo iba cambiando la cara de Holly y se deleitó al ver en ella expresiones y reacciones que no parecía ser capaz de ocultar.

Y él, mientras tanto, tenía que fingir que lo que tenía delante de él

no le afectaba en absoluto, que no estaba sintiendo cómo parecían concentrarse en su entrepierna todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

—¿Por qué has venido? —le preguntó después de unos segundos en silencio.

Vio un leve rubor en sus mejillas y tuvo que ordenarle a su cuerpo que no reaccionara, que no cediera a los impulsos de su deseo ni a los recuerdos que se agolpaban en su cabeza. Al menos de momento.

—Creo que una llamada telefónica habría bastado. ¿Por qué has venido en persona, cuando sabías que tu presencia solo iba a conseguir arrojar más leña al fuego?

—Supongo que quería mirarte a los ojos mientras me mientes —respondió Holly.

Él se encogió de hombros y decidió no responder a su insinuación. En realidad, lo que quería era ponerse de pie y abrazarla, aferrándola con fuerza contra su torso. Después, la tumbaría en el sofá y la cubriría con su cuerpo como había hecho tantas otras veces. Creía que habría sido mucho más fácil dejarse llevar por el deseo y permitir que la química y la atracción que siempre había habido entre ellos hicieran el resto, pero sabía que eso habría sido un error.

—Y ¿por qué has venido con esa armadura puesta? —le preguntó entonces para no caer en la tentación—. ¿Qué te imaginabas que te iba a hacer para que fueras a necesitarla?

Le pareció que se estiraba aún más y levantaba orgullosa la cara.

—¿Armadura? ¿Qué armadura? En mi país a esto lo llamamos «vestido».

—Anoche saliste a buscarme por las discotecas vestida como la chica que conocí hace tantos años —le dijo él—. ¿Era acaso ese un atuendo que reservas solo para la oscuridad de la noche? ¿O formaba acaso parte de uno de tus juegos? ¿Estabas intentando manipularme para tu propio beneficio?

—No, me puse simplemente la ropa que me pareció adecuada para las circunstancias —le dijo Holly en un tono claro y frío—. Siento decirte que no formaba parte de ninguna conspiración. Sé que te habré decepcionado.

—¿Y en qué circunstancias te encuentras ahora para que estés vestida así, como una impostora? —le preguntó mientras la miraba de arriba abajo—. He de decirte que siempre me pareció Holly Holt, la joven alegre, aventurera e inocente a la que conocí en una soleada isla griega un verano, mucho más atractiva que Holly Tsoukatos, la esposa fría y misteriosa que se mueve como pez en el agua por los círculos de la alta sociedad internacional y que parece querer acabar con mi cuenta corriente y mi paciencia.

—La próxima vez que no sepa qué ponerme, me aseguraré de

llamarte para que me des tu experta opinión —replicó Holly con un destello de ira en sus ojos azules—. Pero me temo que no va a ser pronto.

—Eso dices, pero aquí estás, has venido hasta mi suite para hablar conmigo y has aparecido vestida de esta manera otra vez, cuando anoche mismo me mostraste, por primera vez en años, a la Holly que recuerdo. ¿Cómo voy a pensar que no es algo que has hecho de forma deliberada?

Trató de mostrarse más relajado de lo que se sentía, incluso llegó a sonreírle durante unos segundos.

—No puedo evitar pensar que estás tratando de confundirme, de darme una de cal y otra de arena.

Holly resopló frustrada y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que me vistiera como tú, que atravesara media ciudad casi desnuda y con el pelo revuelto como si me acabara de levantar de la cama? ¿Qué es lo que pensarías entonces de mí? Seguro que también tendrías alguna teoría sobre mis intenciones.

—¿Qué es lo que quieres, Holly? —le preguntó él de nuevo en voz baja—. ¿Y por qué has sentido la necesidad de disfrazarte así para venir a pedírmelo?

Le pareció que había conseguido afectarla de verdad con sus palabras, pero no tardó en recuperarse. Pensó entonces que quizás lo hubiera imaginado.

—Me gustaría que nos concentráramos los dos en el hecho de que, al parecer, volvemos a llenar las portadas de las revistas del corazón —le recordó ella con firmeza.

Le dio la impresión de que le estaba costando hablar de ello con él. Y le gustó ver que todo aquello era difícil para ella. Pensaba que, si le resultaba complicado, era porque aún debía de importarle.

Se negó a tratar de analizar por qué eso era tan importante para él.

—No —susurró él.

—¿No crees que deberíamos estar preocupados al ver que nos acechan los paparazzi y la prensa sensacionalista? —le preguntó ella con incredulidad—. ¿No has leído las historias melodramáticas y falsas que están contando sobre nosotros?

—Sí, pero no creo que ese sea el motivo por el que estás aquí. No creo que esa sea la razón por la que decidiste cuidar hasta el más mínimo detalle de tu aspecto antes de venir —repuso él mientras la miraba de nuevo con detenimiento—. Creo que lo de las revistas es solo una excusa.

—¿Una excusa para qué? —le preguntó Holly levantando hacia él la cara y mirándolo con frialdad.

Pero su voz la traicionó. Era demasiado suave. Sabía que estaba más

nerviosa de lo que parecía.

—Por esto —contestó él.

No se levantó del sofá, ni siquiera se movió para acercarse a ella. No la tocó, no tenía que hacerlo. Era como si los dos estuvieran sujetos por la misma fuerza, podía sentirse tan atrapado como ella.

Estaba seguro de que Holly sabía de qué le estaba hablando. Se dio cuenta de que también a ella le costaba respirar con normalidad. Y sintió una oleada de calor y deseo recorriendo su cuerpo.

—Me sorprendería saber que has conseguido dormir esta noche. Estabas deseando venir a verme cuanto antes para ver lo culpable que me siento —agregó él.

Holly se limitó a devolverle la mirada. Le brillaban mucho los ojos, quizás demasiado. Podía ver su pulso temblando en la garganta, latiendo muy rápido. Eran detalles que la traicionaban por mucho que tratara de esconderse bajo su elegante traje y su altanera conducta. Estaba seguro de lo que veía en ella.

—Me da la impresión de que estás avergonzado —señaló ella.

—No siento ninguna vergüenza, Holly —repuso él faltando a la verdad—. Tampoco me siento culpable. Eres tú la que debe de sentir esas cosas, no yo.

—Sí —dijo ella susurrando—. Supongo que dos errores no se convierten en un acierto. Eso dice todo el mundo, ¿no?

—Hubo solo un error —la corrigió él—. Tu mentira. El resto ocurrió por esa mentira. ¿Es que vamos a seguir discutiendo sobre lo mismo hasta la eternidad? ¿Para eso has venido esta mañana? ¿Para ver si mi respuesta cambiaba por arte de magia?

—No, no pensaba que fueras a cambiar de opinión mágicamente —le dijo Holly en voz baja mirándolo de una forma que consiguió que se estremeciera—. Pero sigo creyendo que a lo mejor acaba ocurriendo.

La verdad era que ya había ocurrido, había cambiado de opinión y sentía que estaban en paz, pero se negaba a admitirlo. No iba a hacerlo allí ni en ese momento.

—No importa nada quiénes fueran esas otras mujeres con las que estuve —le dijo entonces con un nudo en la garganta—. Solo te veía a ti,

No hizo nada para aliviar el golpe. Había sentido la necesidad de decirle la amarga verdad sin pensar en las consecuencias.

Las palabras de Theo sacudieron por completo a Holly y tuvo que dejar de mentirse en ese instante. Lo que le acababa de decir había sido como un golpe directo que reverberó dentro de ella.

—Aunque te parezca extraño, lo que me acabas de decir no me ayuda en absoluto —le dijo ella.

Oyó las palabras que salían de su boca, pero no era consciente de haberlas pronunciado en voz alta, era como si estuviera en otra dimensión, como si hubiera abandonado de repente su cuerpo.

Theo estaba recostado en el blanco sofá y la miraba con sus ojos oscuros y peligrosos. Había algo en ese hombre a lo que era casi imposible resistirse. Sus ojos la quemaban por dentro y no podía dejar de admirar la belleza de su musculoso torso desnudo.

Se preguntó si todo aquello le resultaría más fácil si Theo no fuera tan atractivo.

Cuando le abrió la puerta de la suite y vio que solo llevaba unos pantalones cortos de deporte, estuvo a punto de venirse abajo. Ese era el Theo que recordaba, esa hermosa criatura, todo músculo y fuerza. Y eso que parecía no haber hecho nada más ese día que salir de la cama. Emanaba sexo y peligro por los cuatro costados. Tenía un aspecto muy masculino y magnético. Las partes de su cuerpo que Theo había tocado la noche anterior ardían al volver a verlo y deseaban tener de nuevo su atención. Tenía dentro de ella un fuego que nunca se apagaba.

De repente, decidió dejar de fingir que podía apagar ese fuego o que quería hacerlo. Porque la verdad era que no pensaba hacer nada para extinguirlo.

—¿Qué parte de mí? —le preguntó entonces sin pensar en las consecuencias de lo que le estaba diciendo—. ¿Qué parte de mía veías?

Theo abrió mucho los ojos durante un segundo, sorprendido con su pregunta. Después se quedó tan callado que llegó a pensar que quizás no se lo hubiera preguntado en voz alta.

Pero, sí, lo había hecho. Estaba segura.

Le quedó muy claro que sus palabras habían tenido el impacto que había querido causar. Y también ella estaba sintiendo las consecuencias de sus palabras.

—No debes avergonzarte por haber dicho una mentira —le había dicho una vez su padre cuando ella estaba teniendo problemas en el colegio—. Todo el mundo tiene motivos para hacerlo de vez en cuando. Lo vergonzoso es aferrarse a esa mentira cuando tienes la verdad delante de tus narices. Lo vergonzoso es hacer creer a la gente que esa mentira es la verdad. Una mentira no va a acabar contigo, cariño, pero la vergüenza sí lo hará.

—¿Cómo? —le preguntó Theo después de unos segundos en silencio.

—¿Qué parte de mí veías cuando estabas ahogando tus penas con otras mujeres? —respondió ella tratando de ser lo más clara y directa que podía.

No entendía lo que le estaba pasando ni lo que estaba sintiendo.

Imaginarse a Theo con otras mujeres hacía que se le revolviera el estómago, pero su cabeza le decía que él tenía razón. Había sido ella la que había provocado las infidelidades que había habido en su matrimonio, ya fueran reales o imaginarias. Ella había sido la que había abierto esa puerta, la que había roto la confianza entre ellos dos, la que le había dicho a su marido que había roto los votos matrimoniales. No tenía sentido que ella hubiera esperado que Theo se mantuviera fiel cuando ella misma le había asegurado que no lo había sido.

Pero cuando Theo le había asegurado que, a pesar de haber estado con otras mujeres, había estado pensando en ella… No había podido ignorar esa confesión.

No entendía por qué esas palabras le habían parecido un regalo, algo casi romántico, aunque fuera de una manera muy retorcida, dadas las circunstancias. Pero así era como se había sentido.

—No sé a qué estás jugando ahora —repuso Theo con una especie de gruñido.

—¿Mis manos? —le preguntó ella ignorando su comentario.

Se acercó a él, dejando que sus tacones de aguja acentuaran el contoneo de sus caderas y observando cómo la contemplaba. Parecía estar disfrutando.

—¿Mi pelo?

—No estirado y escondido como lo llevas ahora mismo —murmuró Theo casi como si no pudiera controlar sus palabras.

Y Holly lo sintió en cada centímetro de su cuerpo, como una oleada de fuego que la encendió, haciéndose que se sintiera en llamas.

También se sentía poderosa. Como si, después de todo, ese hombre aún fuera suyo.

Dejó de moverse cuando llegó frente a él, colocada casi entre sus piernas.

Theo no se enderezó en el sofá ni hizo nada que pudiera entenderse como una reacción a su cercanía, pero a ella no podía engañarla, podía ver el hambre que había en sus ojos.

Y eso hizo que su deseo ardiera con más fuerza aún, consumiéndolo todo a su paso.

Eso era lo único que importaba en ese momento.

Capítulo 8

Holly se tomó su tiempo llevándose las manos a la nuca, arqueando la espalda para que sus pechos se apretaran contra el corpiño del vestido y quitándose una a una las horquillas del moño.

Lo hizo poco a poco, sin dejar de mirarlo a los ojos. Los mechones fueron cayendo sobre sus hombros y, cuando quitó la última horquilla, pasó los dedos por su melena, dejando que las ondas rubias cayeran donde quisieran.

Mientras tanto, Theo la observaba como si estuviera teniendo una experiencia religiosa, con los brazos extendidos, pero agarrando el respaldo del sofá con las manos. Pudo ver la fuerza que hacía con sus dedos, tenía los nudillos tan blancos como la tela del sofá.

—¿Qué otras partes de mi cuerpo veías? —le preguntó ella con la voz cargada de deseo y emoción—. ¿Qué parte de mí es la que más has echado de menos?

—No deberías haberme dejado, Holly.

Se dio cuenta de que había hablado sin querer. Pudo verlo tan claramente como si el propio Theo se lo hubiera confesado. No se le pasó por alto el pánico que había en su mirada ni la forma en que sus dedos se hundieron en el sofá. Pensó que quizás ella tratara de convencerse más tarde de que esa había sido la razón por la que se dejó caer de rodillas entre sus piernas.

Su ardiente mirada oscura se hizo aún más intensa e, instintivamente, se mordió el labio inferior.

No pensó, no quería seguir preocupándose. Soltó todo el lastre de dolor y resentimiento que había habido entre ellos. Lo que había hecho ella y lo que había hecho él. Ignoró todo eso y se acercó un poco más a él, deslizando las manos sobre sus rodillas.

Sintió cómo se tensaba Theo bajo las palmas de sus manos. También parecía estar contrayendo los músculos de su duro torso. Disfrutó mucho con las sensaciones que estaba teniendo. Era maravilloso tocarlo de nuevo.

Theo. Su nombre era como una luz dentro de ella, tan brillante que casi le dolía.

Podía sentir el calor de su piel a través de los pantalones y se moría de ganas de echarse hacia delante y saborear el hueco entre sus músculos pectorales. Recordaba perfectamente el sabor de ese pedacito de piel. Sabía a sal y a almizcle. Un sabor muy masculino.

Se inclinó un poco más hacia él, subiendo las manos por sus rodillas hasta los muslos. Podía sentir algo que estaba naciendo dentro de ella y ver que Theo estaba conteniendo la respiración no hizo más que alentarla. Cuando él soltó de repente el aire, subió un poco más las manos.

—¿Qué… qué estás haciendo? —susurró Theo con la voz entrecortada.

Sonrió al escuchar su pregunta.

—Si no lo sabes, es que ha pasado demasiado tiempo.

—Dime qué significa esto, Holly. Ahora —le ordenó Theo.

Su tono era casi violento, pero su cara solo le transmitía deseo y necesidad, una pasión que apenas podía contener. Al verlo así, le sonrió de nuevo.

—Dime qué es lo que quieres —insistió él.

—Bueno, me parece a mí que no hay demasiadas opciones —murmuró ella muy despacio mientras trazaba con un dedo los fuertes músculos de sus muslos y se deleitaba con la emoción de volver a tocarlo—. ¿Por qué no eliges una?

Era increíble volver a estar así con él. El deseo la recorría de arriba abajo. Tocarlo era casi tan maravilloso como dejar que Theo la tocara. En cierto modo, creía que podía ser incluso mejor.

—Holly…

Theo maldijo en griego y no pudo decir nada más cuando ella llegó a la parte superior de sus muslos y, sin detenerse, cubrió su erección con una de sus manos.

Lo deseaba tanto…

Siempre lo había deseado y creía que siempre iba a hacerlo. Desde aquel lejano momento en el que levantó la vista mientras se tomaba algo en un pequeño café de la isla y sintió que una descarga eléctrica de puro deseo la sacudía al verlo entrar.

Creía que no importaba lo que pudiera haber sucedido desde entonces ni importaba lo que podría suceder a continuación. Se había quedado inmóvil tocándolo de esa manera tan íntima y tardó unos segundos en darse cuenta de que ella estaba respirando con tanta dificultad como él. Deslizó la mano entonces bajo la cintura de sus pantalones y liberó su miembro viril. Era tan imponente y perfecto como lo recordaba.

Le costó reaccionar después de que Theo susurrara de nuevo su nombre. Cuando por fin su mente lo registró, levantó la vista hacia él para mirarlo a los ojos.

Su mirada reflejaba a la perfección la tormenta de deseo animal que se estaba librando en su interior y sintió que se le ponía la piel de gallina. No pudo evitar estremecerse, una fuerte oleada de calor se concentró entre sus piernas y sintió cómo se endurecían sus pezones.

Ya nada importaba, solo lo que estaba pasando en ese momento. Solo importaba él.

Rodeó su pene con los dedos, maravillándose con la suavidad de su piel y la firmeza de su erección. Theo maldijo de nuevo entre dientes, con más vehemencia aún que antes.

—Ya te lo dije anoche, no confío en ti —le recordó él con dureza.

Pero su voz no sonaba fría ni tan firme como antes. Su voz delataba que la deseaba tanto como ella a él.

—Como quieras, Theo —murmuró ella con la esperanza de no estar cometiendo un grave error al dejar que fuera el deseo y su cuerpo quienes marcaran lo que hacía—. No pretendo que te traiciones a ti mismo. No me beses si no quieres, no me importa.

Y, sin esperar a que Theo le contestara, inclinó la cabeza y lo tomó profundamente en su boca.

Theo estuvo a punto de perder el control cuando sintió que Holly lo rodeaba con su boca. Se sentía como el adolescente inexperto que había sido en un pasado muy lejano.

Tenía una boca perversa y tan cálida… Se movía sobre él como si estuviera tratando de recordar su anatomía. Se estremeció al sentir su dulce lengua, el leve roce de sus dientes…

Estaba muy dentro de ella, Holly agarró la base de su pene y él echó hacia atrás la cabeza, soltó el aire que había estado conteniendo y trató de fingir que aquello era simple, que solo estaban teniendo un momento de debilidad al que les había llevado la atracción que seguían sintiendo el uno por el otro. Quería pensar que Holly lo deseaba y por eso estaba haciendo aquello, que no tenía segundas intenciones. Con ella entre sus piernas y esa boca que era algo sagrado y diabólico al mismo tiempo, casi podía engañarse a sí mismo y creerlo.

De un modo y otro, no le importaba. En ese momento, nada le importaba y habría querido seguir tal y como estaba hasta el fin de sus días. No tenía prisa por terminar.

Como si Leila le hubiera leído el pensamiento, estableció con sus labios un ritmo lento, alternando los profundos abrazos de su boca con las caricias juguetonas que le estaba haciendo con los labios y la lengua. Dejó de preocuparse por nada más. Poco le importaba en ese instante que Holly lo hubiera mentido y después abandonado.

Enterró los dedos en su suave melena, pero dejó que fuera ella la que tomara las riendas, la que hiciera con él lo que quisiera. No necesitaba ni quería guiarla.

Estuvieron así unos minutos más. Pero, cuando sintió que estaba a punto de alcanzar el clímax, tomó sus hombros para hacer que se

levantara y poder mirarla a los ojos.

Se quedó sin aliento al ver la expresión de su cara, la conocía muy bien y sintió que le daba un vuelco el corazón. Holly tenía las mejillas sonrosadas y la mirada vidriosa. Le encantó ver cómo se estremecía, como parecía dominada por el deseo. Casi como si hubiera sido ella la que acababa de recibir placer en vez de darlo.

—Te he echado de menos —le susurró mientras acariciaba su mejilla.

Sabía que iba a lamentar más tarde su sinceridad. Pero, en ese momento, no le importaba tanto como sabía que debía importarle.

—He echado esto de menos, pero no… Así no. No… —continuó.

—Por favor, Theo —lo interrumpió Holly con la voz ronca y cargada de necesidad—. Deseo hacerlo. Te deseo a ti.

No podía negarse cuando ella volvió a tomarlo en su boca, gimiendo mientras le daba tanto placer con sus labios y su lengua. Cada sonido que salía de esa garganta hacía que se estremeciera y su deseo fuera aún más intenso. No podía negarle nada a esa mujer.

Cuando por fin alcanzó el clímax, se dejó llevar mientras gritaba con fuerza su nombre.

Algún tiempo después, abrió los ojos y se la encontró sentada sobre sus pies, con esos sexy zapatos de tacón aún puestos. Había una expresión de profunda satisfacción en su rostro. Se quedó mirándola unos segundos mientras su pulso se aceleraba de nuevo. Tenía un aspecto increíble y brillaba con luz propia. Pensó que no la había deseado nunca tanto como en ese instante.

Y segundos después, dejo de pensar.

Se agachó y tiró de ella. Holly no se resistió y no le costó trabajo tenerla donde la quería, tumbada en ese largo y lujoso sofá. Era lo suficientemente amplio para los dos, pero se colocó sobre ella mientras le subía su elegante vestido hasta las caderas, dejando al descubierto su feminidad para deleite de sus ojos, sus manos y su creciente deseo.

Necesitaba besarla más que el respirar, quería sentir de nuevo esos labios contra los de él y saborearla, pero se negó a caer en esa tentación. Holly echó la cabeza hacia atrás como si estuviera retándole a besarla, pero trató de ignorar su boca.

—Eso te lo tienes que ganar —le recordó él.

Pensó que Holly le diría algo para burlarse de él o aligerar de algún modo el momento, pero se limitó a mirarlo a los ojos sin decir nada.

Había tanto calor y deseo en esa mirada que no hizo más que incrementar su propia necesidad.

Se movió un poco hacia abajo y la besó cerca del ombligo, muy cerca del borde de sus braguitas de encaje. Se hizo un hueco entre sus piernas y levantó una de ellas para colocarla sobre el respaldo del

sofá, dejando que la otra cayera al suelo. Colocó las manos en sus suaves muslos para separarlos y se acercó un poco más, inhalando su aroma, tan cálido, femenino y erótico como ella.

Levantó la mirada y se la encontró observándolo. Tenía las mejillas muy sonrosadas y los labios ligeramente separados. Estaba despeinada y su salvaje melena era como una especie de halo de sensualidad. Pensó en ese instante que nunca había visto nada tan bello en su vida.

Después, bajó la cabeza y atrapó con los labios, sin apartar la ropa interior, el centro húmedo de su deseo.

Holly se puso muy rígida en cuanto Theo la tocó. Después, se desintegró completamente.

Se oyó a sí misma gritar mientras volaba sobre la tierra, apenas era consciente de lo que hacía y no podía dejar de temblar y estremecerse.

Era tan increíble…

Siempre había sido Theo, solo Theo.

Sintió que regresaba de golpe a la realidad y se encontró tumbada de golpe en ese sofá casi sin saber dónde estaba. Theo se había apartado ligeramente de ella y estaba bajándole muy despacio las braguitas. Las tiró al suelo, donde estaban sus zapatos, y volvió a colocarse entre sus muslos.

—Theo… —susurró ella sin saber qué quería decirle.

No podía siquiera pensar.

De todos modos, Theo no le estaba haciendo caso. La sostuvo con fuerza entre sus manos para que no se moviera. Tenía una sobre su estómago y con la otra rodeaba sus caderas.

Sus miradas se encontraron y en la de él vio una oscura y potente tormenta. Había hambre en sus ojos y no pudo evitar estremecerse.

Y se quedó sin aliento cuando se inclinó de nuevo y lamió el centro de su placer. Ya sin ningún tipo de barrera entre los dos, la sensación era tan intensa que se olvidó de todo lo demás.

Theo la saboreaba como si fuera un manjar de dioses y él, un hombre hambriento. Sabía lo que hacía con su boca, era uno de sus muchos talentos, y no tardó en arquearse hacia él mientras gemía de placer. No podía dejar de retorcer su cuerpo. Usó los labios, los dientes y la lengua, lo hizo una y otra vez hasta que no aguantó más. No tardó mucho en alcanzar el clímax mientras gritaba fuera de sí su nombre como si fuera una oración.

Pero Theo no se dio por satisfecho. La sostuvo durante mucho tiempo al borde de ese abismo. Ella no podía dejar de temblar. Volvió entonces a acariciarla con su boca, llevándola a la más absoluta desesperación, a un intenso orgasmo que la sacudió por completo.

Cuando por fin recobró el aliento y regresó al presente, se dio

cuenta de que nunca se había sentido tan fuera de sí, nunca había deseado tanto a nadie. El fuego y la pasión recorrían a mil por hora sus venas. Lo necesitaba. Pero no tuvo que decirle nada, Theo ya lo sabía.

Le hablaba en griego, murmurando palabras que le parecían casi conjuros mientras se sentaba en el sofá y tiraba de ella para colocarla a horcajadas sobre él. Sujetó con firmeza sus caderas para tenerla justo donde la quería. Estaba cada vez más desesperada. También ella lo tenía donde lo quería.

Se quedó sin respiración cuando sintió su miembro, duro y caliente, a la entrada de su sexo. Estaba torturándola, haciéndole esperar cuando ya no aguantaba más, cuando su necesidad estaba haciendo que no pudiera dejar de temblar.

—Theo —le susurró entonces—. Por favor…

No tuvo que decirle nada más. Se deslizó dentro de ella con un solo movimiento y sintió que volvía a estar completa. Era como regresar a casa después de un largo viaje.

Los dos gimieron a la vez mientras se miraban a los ojos, encajaban a la perfección, como dos piezas de un puzle.

Poco después, Theo usó las manos sobre sus caderas para guiar los movimientos de los dos, para marcar el ritmo de ese íntimo baile.

Arriba y abajo. Lento. Muy lento. Torturándolos a los dos.

Matándolos a los dos.

Matándola a ella.

—Más deprisa —le ordenó ella casi enfadada.

Pero Theo se limitó a reírse de ella. No cambió el ritmo, se tomó su tiempo.

Fue construyendo poco a poco ese fuego que crecía dentro de ella. Haciéndose cada vez más y más intenso. Tanto que temió que terminara por consumirlos a los dos. Porque le daba la impresión de que nadie podría sobrevivir a lo que estaba viviendo. Ella no se veía capaz de hacerlo.

Las manos de Theo se agarraron con fuerza a su trasero, controlando el ritmo, la profundidad y la cadencia. No se molestó en tratar de luchar contra él. Se limitó a rendirse.

Se rindió a la habilidad que tenía con las manos, a la manera en la que mantenía vivo el fuego dentro de ella y a esa maravillosa mirada. Se rindió a él como había hecho siempre y su recompensa fue un placer indescriptible que la catapultaba más y más arriba con cada delicioso movimiento.

Llegó al clímax poco después. Echó la cabeza hacia atrás y Theo la sujetó con más fuerza mientras se arqueaba hacia él, alcanzando también un intenso orgasmo que los sacudió a la vez, como si siempre hubieran estado tan unidos como lo estaban en ese instante. Como si

nunca hubieran estado separados.

Como si lo que estaban compartiendo fuera lo único que importaba.

Como si nada más pudiera importar.

Se quedó donde estaba, entre sus brazos, durante mucho tiempo. Tanto que se le pasó por la cabeza lo maravilloso que sería quedarse allí para siempre…

Pero, aunque le habría encantado poder aferrarse a ese momento tan mágico, la realidad acabó entrometiéndose. Theo se movió debajo de ella y decidió levantarse con piernas temblorosas mientras se alisaba el arrugado vestido y hacía todo lo posible por no mirarlo a los ojos. Vio de reojo que él se estaba subiendo los pantalones cortos. Después, empujó con el pie los zapatos hacia ella. Le parecía imposible tener que volver a ponérselos.

—Theo… —comenzó ella sin idea de lo que le quería decir.

No sabía cómo arreglar lo que ella misma había roto ni cómo explicarlo para que Theo lo entendiera cuando ni ella lo entendía. No tenía ni idea de lo que haría si él volvía a hablarle con crueldad y le echaba en cara lo que acababa de pasar, por mucho que ella pudiera merecerlo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Theo de repente.

Lo miró y sus ojos no le dijeron lo que estaba pensando, pero algo en su voz ronca le dio a entender que él tampoco quería dar por terminado ese momento. Era algo que quería creer más de lo que le convenía. Sabía que no era inteligente ni seguro hacerse ilusiones, pero no pudo evitarlo. Era algo que siempre le había pasado con ese hombre.

—Estoy hambriento —le confesó Theo.

—Yo… Yo no…

No sabía lo que quería decir ni lo que le podía decir. Sentía que se desataba una tormenta dentro de ella, una tan fuerte que amenazaba con sacudir los cimientos y las paredes, pero no sabía cómo podría explicárselo a Theo. No entendía lo que le estaba pasando. No comprendía cómo podía mirarlo y seguir queriéndolo cuando, de algún modo, ese hombre aún la aterrorizaba. No tenía forma de explicárselo a él cuando apenas podía explicárselo a sí misma.

Theo se limitó a mirarla con sus ojos oscuros como si estuviera dispuesto a hacerlo durante el resto de su vida, como si supiera todo lo que ella estaba pensando y pudiera ver esa tormenta en su interior.

—Sí —susurró ella rindiéndose por fin—. La verdad es que yo también tengo mucha hambre.

Y cuando Theo le sonrió en ese instante, se sintió como si acabara de salir el sol después de una noche muy larga, oscura y peligrosa. Le dio la impresión de que lo que iban a hacer era mucho más importante que dos personas a punto de comer juntas. Era un paso que

la llenaba de esperanza.

Fue un día perfecto.

Holly sabía, que más adelante, lo recordaría como si cada parte de ese día lo hubiera capturado en una bella postal. Habían empezado con una agradable comida en la que habían disfrutado de la gastronomía local. Después, habían dado un perezoso paseo por las Ramblas, atravesando el centro de la ciudad juntos. Mientras avanzaban por la ancha avenida habían ido metiéndose de vez en cuando por las estrechas calles que, perpendiculares a la Rambla, conformaban el pintoresco Barrio Gótico. No habían dejado de charlar ni un momento, como si volvieran a llevarse tan bien como lo habían hecho al principio de su relación.

Charlaron sobre esa ciudad y el resto del mundo. Theo le habló de su trabajo y de sus aspiraciones. Y también sobre lo difícil que había sido suceder a su poderoso y autoritario padre al frente de la compañía. Ella le explicó con todo detalle los programas y campañas benéficos en los que había estado participando y le contó por qué le gustaba tanto ese trabajo.

Era como si no existiera el pasado, como si aquella fuera su primera cita y pudieran cambiar las historias de sus respectivas vidas para intentar adaptarlas mejor al momento, para entretener al otro. Como si no hubiera entre ellos nada más que ese día soleado y sin nubes en una hermosa ciudad. Además de un gran futuro delante de ellos.

Al anochecer, subieron al bar que había en una azotea frente al puerto de Barcelona. La ciudad se extendía frente a ellos. Podían ver desde allí todo el barrio de la Barceloneta y mucho más, pero ella apenas era consciente de las vistas. Era como si no fuera capaz de ver nada, solo a Theo. Como si ese hombre bloqueara todo el mundo con su presencia.

Una pequeña voz en su interior le recordó, y le advirtió, que siempre había sido así. Había pasado seis meses de su vida viviendo a la sombra de ese hombre, seis meses durante los que llegó a olvidar quién era ella.

—¿Tienes frío? —le preguntó Theo en un tono muy cálido y cercano—. He visto que te estremecías.

Decidió ignorar a esa voz que le recordaba cosas en las que no quería pensar y se centró completamente en él. Lo que estaba viviendo ese día, que estaba siendo tan perfecto como una colección de postales, era justo lo que siempre había querido. Levantó la cabeza hacia él para encontrarse con su mirada oscura. Había sufrido mucho durante esos cuatro años sin Theo, pero sentía que en ese momento estaba donde tenía que estar, a su lado.

Se dijo a sí misma que era así, que ese era su lugar, porque había llegado a la conclusión de que nada más tenía sentido. Porque, aunque cualquiera hubiera podido pensar lo contrario y a pesar de lo que ella misma había hecho hacía cuatro años, no podía olvidar que no era como su madre. Ella no se había ido con otro hombre, por mucho que le hubiera hecho creer lo contrario a Theo. Por otro lado, a diferencia de lo que había hecho su progenitora, ella había regresado.

Se lo repitió una y otra vez en la cabeza, ella no se parecía en nada a su madre.

No podía parecerse a ella. Era una idea que rechazaba con vehemencia.

—Si sigues mirándome así, con el ceño fruncido, me veré obligado a pensar que esa pequeña burbuja de paz en la que hemos estado protegidos todo el día ha explotado. Y yo no sé tú, Holly, pero creo que yo no estoy listo para hacer frente a las cosas a las que vamos a tener que enfrentarnos cuando termine esta tregua —le dijo Theo con suavidad.

—Lo que dices suena tan ominoso… —repuso ella forzando la voz para que no reflejara su preocupación.

—No era esa mi intención. En absoluto —le aseguró Theo—. Me estaba limitando a ser realista.

Se le acercó y tomó su mano, jugando distraídamente con los anillos que él mismo había colocado allí. Era algo que siempre había hecho. Era casi como si la estuviera reclamando de esa forma o como si estuviera tratando al menos de recordarlo el propio Theo. No sabía si quería saber qué estaba pensando en ese instante. Cuando la miró de nuevo, había cierta determinación en su mirada oscura y apretaba con fuerza los labios.

Pero ella no estaba lista. No quería volver a la realidad ni quería respuestas.

Esa noche no había sombras ni ausencias, solo estaban ellos dos. Theo estaba siendo muy cálido con ella y muy real. Lo seguía deseando tanto que no podía dejar de temblar por dentro y creía que eso era lo único que debía importarle.

—Quiero ir a bailar —le dijo de repente antes de que Theo pudiera hablar—. Esto es Barcelona, ¿no?

Vio cómo le brillaban los ojos en medio de la creciente oscuridad de la noche.

—Así es.

—Entonces, quiero que vayamos a algún sitio a bailar hasta el amanecer. Después, quiero pasar horas en la cama contigo. Desnudos y salvajes los dos, bailando de una forma distinta. Y puede que quiera hacerlo todo otra vez mañana. Y al día siguiente… —le confesó ella mientras rodeaba su cuello con los brazos y se aferraba a él.

Theo se quedó inmóvil, pero ella no lo soltó, dejó que su cuerpo se aplastara contra el de él, contagiándole su calor mientras lo miraba a los ojos. Se aferró a Theo porque pensó que, si no lo hacía y él no respondía como esperaba, todo su mundo iba a desmoronarse en cuestión de segundos.

—¿Qué te parece esa realidad? —agregó ella.

Sintió las manos de Theo en sus caderas y contuvo la respiración, esperando lo que sabía que iban a ser crueles palabras. Estaba más que acostumbrada a sus despiadados juicios de valor. Pero soltó de repente el aire que había estado conteniendo cuando vio que su deliciosa boca se curvaba formando una sonrisa.

Se sentía como si acabaran de concederle el indulto y fue un gran alivio.

—Como quieras, *agapi mu* —repuso Theo—. Tienes dos días.

Aunque su voz era algo fría, era la primera vez que le decía esas amorosas palabras sin sarcasmo. Esas palabras que significaban «mi amor» en su lengua materna.

Era casi como si lo dijera de verdad, como si aquello fuera real, después de todo. No pudo evitar estremecerse de nuevo. Se aferró con más fuerza a él. El deseo hacía que sintiera más tenso el pecho y que le temblaran las rodillas como si fueran de gelatina. Una vez más, su cuerpo ardía por él con el mismo deseo salvaje y la misma desesperación de siempre. Lo que estaba pasando le parecía un milagro y le hacía desear todo tipo de cosas. Cosas que quería, pero que ni siquiera se atrevía a admitirlo ante sí misma.

Theo se limitó a sonreírle como si supiera lo que estaba pensando.

Capítulo 9

¿Es esta una segunda luna de miel para Theo y Holly? ¿O se trata acaso de un plan muy calculado, una especie de trampa para Tsoukatos, en la ciudad donde empezó todo?

Holly suspiró al leer el titular en una revista del corazón. Había pasado al lado de un quiosco de prensa mientras paseaban por el Barrio Gótico y se le habían ido los ojos a esa portada.

Tal y como Theo le había prometido, habían podido disfrutar de dos días más de tregua. Habían sido días perfectos en esa preciosa ciudad y habían pasado la mayor parte de ese tiempo perdidos por completo el uno en el otro.

Habían paseado por románticas calles y compartido deliciosas comidas. Por la noche habían salido a bailar a clubes de moda, tal y como le había pedido ella, para volver después al hotel. Habían sido horas maravillosas de pasión, música, mar y sol. Sabía que había vivido momentos y sensaciones que no iba a olvidar nunca como la magia arquitectónica de Gaudí, que hacía que esa ciudad pareciera sacada de un sueño, o la mirada oscura de Theo cuando se deslizaba dentro de ella haciendo que perdiera por completo el control.

Apartó la vista de la publicación, contenta de llevar puestas unas gafas de sol lo suficientemente grandes como para que ocultaran gran parte de su rostro. Pero a Theo no podía ocultarlo ni disfrazarlo de ningún modo. Fueran donde fueran, tanto turistas como lugareños se quedaban mirándolo boquiabiertos al verlo pasar. Cada centímetro de su atlético cuerpo transmitía poder e intensidad.

—No entiendo la fascinación que tiene la prensa con nosotros —le dijo a Theo en voz baja acercándose más a él mientras pasaban junto a un grupo de ruidosas chicas británicas—. Seguro que hay alguna estrella de rock haciendo el gamberro en algún sitio. Miles de famosos reclamando su atención con todo tipo de escándalos. ¿Por qué les importa tanto lo que hagamos nosotros? No lo comprendo.

Theo se había pasado la mayor parte del desayuno leyendo correos electrónicos y contestando mensajes desde su móvil. Había llegado incluso a hablar con alguien por teléfono. Lo había hecho en griego, pero le había parecido, por el tono cortante y enfático, que no había sido una llamada agradable.

Le dedicó en ese instante una mirada que consiguió que se

estremeciera. Le hizo recordar cómo se había despertado esa mañana en la cómoda cama de su suite en el Harrington. Theo se había deslizando dentro de ella desde atrás y había conseguido hacerle gritar de placer cuando no había estado ni siquiera completamente despierta. Había sido maravilloso.

Se sonrojó al recordarlo y Theo le sonrió como si supiera qué estaba pensando. Pero sintió en ese momento, y no fue la primera vez, que corría el peligro de perderse a sí misma de alguna manera. Le daba la impresión de que, si no tenía cuidado, podría dejarse caer en el pozo oscuro de sus ojos y no salir nunca a la superficie. La verdad era que siempre había sido así y una parte de ella, por mucho que la asustara perderse en él, nunca había querido otra cosa.

—No creo que haya nadie en concreto al que le preocupe nuestras vidas —le dijo Theo después de unos segundos paseando en silencio—. Me da la impresión de que tiene mucho más que ver con los hoteles en los que estamos alojados.

Frunció el ceño al oírlo.

—¿Por qué le iba a importar eso a nadie?

Sonó de repente el móvil de Theo. Vio que miraba la pantalla, pero concentró de nuevo su atención en ella mientras volvía a meterse el teléfono en el bolsillo.

—¿No lo has leído en las noticias? —le preguntó Theo con sorpresa —. Pensé que por eso habías decidido alojarte en el Harrington, como una manera de ponerte de parte de esa cadena en la lucha que mantienen desde hace tiempo con los hoteles Chatsfield.

No se dio cuenta de que había dejado de caminar hasta que Theo tomó su brazo y tiró con suavidad de ella para apartarla del flujo constante de turistas que llenaban esas estrechas y sinuosas calles de la parte antigua de la ciudad. No sabía por qué se sentía casi como si estuviera sin aliento, como si hubiera estado corriendo o subiendo una empinada escalera. Como si Theo acabara de acusarla de algo mucho más terrible que la decisión que había tomado al elegir hotel para esos días.

—Te aseguro, Theo, que si es verdad lo que dices y un par de cadenas hoteleras están metidas en una batalla campal como si se tratara de una especie de West Side Story, pero con botones y recepcionistas, no era consciente de ello.

Theo se quedó mirándola durante un buen rato en lugar de responder. Pensó entonces que quizás su tono hubiera sido demasiado estridente.

Prefería no pensar en lo que el calor de esa mirada estaba haciendo dentro de ella, creía que era mejor ignorarlo.

—La cadena Chatsfield está tratando de hacerse con los hoteles Harrington —le explicó Theo mientras se apoyaba en la pared del

callejón donde se habían detenido—. Creo que hizo una oferta inicial que fue rechazada por la familia Harrington de manera algo inesperada. Hay sentimientos de traición por parte de ambas empresas y las negociaciones están siendo muy complicadas —agregó encogiéndose de hombros—. Supongo que nuestro problemático matrimonio es una excelente metáfora que ilustra como nada lo que le está sucediendo a esas dos empresas.

—¿Nos comparan con esos temas corporativos tan aburridos? —replicó ella.

No le había gustado nada que se refiriera a su matrimonio con el adjetivo «problemático», pero suponía que tenía razón.

Theo la miró entonces con más intensidad y le dio la impresión de que algo había cambiado en el aire entre los dos. Había sido algo tan repentino, que pensó por un instante en el clima, como si una tormenta de verano pudiera ser la causante de ese cambio. Pero el cielo seguía tan azul como antes y solo había cambiado la oscura mirada de Theo.

—Se trata de empresas familiares, Holly —le dijo con suavidad pero sin dejar de fruncir el ceño—. En ese tipo de situaciones, las partes involucradas tienden a tomarse lo que pueda pasarles a sus empresas muy en serio. Y de manera muy personal.

Podía haberle dicho que conocía de sobra todo lo que había que saber acerca de negocios familiares y del poco sentido que tenía tratar de mantener esas empresas a costa de todo y contra todos los obstáculos que aparecieran. Sabía que, al final, era un ejercicio inútil, que la compañía que tenía más dinero siempre ganaba. En el caso del rancho de su padre, por ejemplo, esa compañía había sido el banco. Por muy duro que hubiera tratado ella de recaudar el dinero necesario para pagar la hipoteca, habían terminado perdiéndolo. Y, en el caso de su matrimonio, sabía que siempre sería Theo el que ganara. Mientras tanto, ella tendría que quedarse sola con su corazón roto en mil pedazos.

Creía que ni siquiera un poderoso grupo hotelero iba a poder escapar de ese triste destino.

Pero sospechaba que Theo no quería oír lo que ella podía decirle.

—Si las cosas son como dices, me imagino que los miembros de esas familias deberían ser los que estuvieran acaparando la atención de los medios de comunicación sensacionalistas, no nosotros —comentó ella.

No podía fingir que no era consciente del tono agresivo que había en su voz. Sabía que era inadecuado para una tranquila conversación sobre cosas que no deberían importarle nada, como los problemas de los Chatsfield y los Harrington. Aun así, levantó la cara hacia él después de hablar, como si estuviera retándolo. Sabía que no tenía motivos para estar comportándose así, pero no se veía capaz de

evitarlo.

Había una extraña tensión en el ambiente, como si estuvieran a punto de protagonizar una de esas repentinas peleas que tan a menudo habían tenido en el pasado. Una parte de ella anhelaba que ese fuera el caso porque esas peleas siempre habían terminado de la misma manera, con la furia y el genio de los dos empujándolos sin remedio hasta la cama más cercana.

Pero no ocurrió lo que esperaba.

Theo se inclinó hacia ella y tomó un mechón de su cabello para enrollarlo en su dedo.

Por un momento, todo su mundo se concentró en ese instante.

Los dos se quedaron mirando fijamente esa mano y su mechón rubio. Aunque estaban rodeados de turistas en el centro de la ciudad, sentía que no había nadie más en ese callejón de la parte antigua de Barcelona.

El cielo español les sonreía desde lo alto y el corazón de Holly latía con tanta fuerza que estaba segura de que Theo podía oírlo.

—¿Por qué te molesta tanto que tengamos la atención de esas revistas? —le preguntó Theo después de un momento.

No fue capaz de encontrar su voz para contestarle y él siguió.

—¿Te preocupa que ese foco que han puesto en nuestra relación te fuerce a tomar una decisión sobre este matrimonio? ¿O que quizás me obligue a mí a tomar una decisión en nombre de los dos?

Sintió una oleada de pánico que la dominó por completo y su corazón latió aún más intensamente. Casi le dolía.

—Si la supervivencia o fin de nuestro matrimonio dependiera de las fantasías de esos periodistas tan dados al sensacionalismo, nos merecemos lo que nos pase —susurró ella con firmeza y tratando de ignorar el pánico que sentía.

Prefería ocultarlo y fingir que era otra cosa. Como pasión o ira.

Theo tiró suavemente de su mechón de pelo y ella lo sintió por todo su cuerpo como si le hubiera provocado una descarga eléctrica. Como si todo lo que ella había sido o podría llegar a ser estuviera retenido en ese momento y ese pequeño espacio con él. A la espera de lo que pudiera llegar después.

«¿Estoy esperando que tome él una decisión para no tener que hacerlo yo?», se preguntó ella entonces.

—¿O es que no te gusta que especulen sobre tus verdaderos motivos? —susurró Theo con palabras que le parecían casi piedras—. Después de todo, a mí me ven como a un tonto con un físico atractivo. Pero lo que dicen de ti es mucho peor. ¿Te molesta porque están demasiado cerca de la verdad?

Sintió en ese instante tanto dolor que se quedó sin respiración. Llegó tan rápido y con tanta fuerza que apenas le dio tiempo a

prepararse. Era como si ese dolor nunca hubiera llegado a irse del todo, como si hubiera estado acechándola durante todo ese tiempo. Se sentía como si lo hubiera tenido dentro de ella y no hubiera podido hacer nada para evitarlo. Había muchas cosas que aún no tenía claras. No sabía lo que quería, pero sí era consciente de una cosa, no se veía capaz de vivir sin ese hombre por mucho daño que le hiciera cuando estaba cerca de él.

—No lo entiendes… —comenzó con voz temblorosa mientras trataba de pensar en cómo podía hacerle comprender lo que le pasaba—. Mi padre quería tanto a mi madre… Estaba loco por ella, era todo para él. Pero ella lo abandonó cuando yo era solo una niña y toda nuestra vida comenzó a girar alrededor de ese hecho. No en su abandono, sino en la certeza que tenía mi padre, que estaba seguro de que terminaría por volver. Nunca lo hizo —añadió con dificultad—. Aun así, cuando murió, lo hizo pronunciando el nombre de mi madre.

Theo no dijo ni una palabra, se limitó a mirarla con firmeza, pero eso hizo que se sintiera un poco más tranquila. Ver que la escuchaba con paciencia le dio la fuerza que necesitaba para respirar profundamente y continuar.

—Cuando te conocí, me enamoré perdidamente de ti. Estuve así durante meses, quizás años —susurró ella mientras negaba con la cabeza—. No sabía nada entonces. Estaba completamente sola en el mundo cuando apareciste tú y, durante los siguientes seis meses, me sentí bloqueada por todo lo que estaba pasando. Estaba totalmente perdida y me aterraba terminar como mi padre.

—Pero entonces lo que te podría preocupar es que te dejara yo a ti —repuso Theo en un tono suave y tranquilo.

Le parecía increíble que pudiera hablarle de manera tan civilizada. Dos días antes, sabía que habría aprovechado la oportunidad para hacerle recriminaciones.

Tragó saliva antes de seguir.

—Las personas se dejan las unas a las otras, Theo. Pasa muy a menudo.

—Entonces, ¿qué es lo que hiciste? ¿Me dejaste de manera preventiva para evitarte el dolor que te iba a provocar yo si decidía dejarte? ¿Estabas intentando, de alguna manera, que la historia de tus padres se repitiera?

Hubiera sido mucho más difícil si lo hubiera visto enfadado o herido, pero le hablaba como si sintiera solo curiosidad y eso fue lo que la animó a seguir adelante.

—No lo sé —susurró ella—. Lo único que tenía claro era que debía alejarme de ti antes de que me perdiera por completo a mí misma.

Vio que le brillaban de repente los ojos, pero no se movió. Su expresión se mantuvo tranquila y supuso que le estaría costando

mucho trabajo.

—Theo —continuó ella sin poder contenerse—. Lo siento muchísimo. Espero que lo sepas.

Él tomó su cara entre las manos y la miró de una manera… Nunca había visto esa expresión en sus ojos. Era todo sentimiento, completamente desnudo y vulnerable. Sin adornos ni fingimientos.

—Yo también lo siento —le dijo en voz baja y cargada de emoción.

—¿Sientes que te dejara?

—Sí —repuso él con una sombra de dolor en su rostro que la sacudió por dentro—. Y también siento que decidiera reaccionar de una manera tan infantil y vengativa. Ojo por ojo. ¿De qué iba a servir eso? Aunque pensara que tú me habías sido infiel, eso no justifica que yo tuviera también que serlo.

—Theo…

Pero esa luz feroz en su mirada la detuvo.

—Hablaba en serio cuando nos casamos y te prometí que sería para siempre, Holly —susurró con firmeza—. Espero que me creas. Lo decía en serio.

Después, inclinó la cabeza y la besó. Por fin.

Theo la besó como si nunca hubiera dejado de amarla. La besó como si el sabor de sus labios fuera un manjar delicioso. Inclinó a un lado la cabeza para que el beso fuera más íntimo y profundo, pero no soltó su cara.

La besó como si fuera una promesa, una disculpa y una oración. Todo a la vez.

Un nuevo comienzo. Como si el pasado no importara en absoluto y ya no pudiera hacerles daño. Como si de verdad el pasado hubiera quedado atrás, donde tenía que estar.

Como si, después de todo, Theo confiara de nuevo en ella.

Por eso se dejó llevar y lo besó con el mismo amor. Y, por primera vez en cuatro largos años, se permitió el lujo de creer que, después de todo, podrían llegar a arreglar las cosas.

—¿Y bien? —le preguntó Demetrious Tsoukatos con una voz más beligerante aún de lo habitual—. ¿Has solucionado ya tus problemas maritales o tendré que seguir soportando más artículos en las revistas del corazón?

Sin soltar el teléfono, Theo salió a la terraza privada de la suite nupcial del Chatsfield y se quedó con la vista perdida en el horizonte. Respiró profundamente y trató de mantener la calma.

Pero no era fácil permanecer tranquilo mientras hablaba con su padre.

—¿Acaso crees que mi matrimonio es asunto tuyo? —repuso él

intentando fingir que llevaba las riendas de la situación—. Porque te recuerdo que no es así. Con el debido respeto, padre, no son precisamente tus consejos los que necesitaría si buscara ayuda en ese terreno.

—Se te necesita de vuelta en Atenas —replicó su padre refunfuñando—. Se supone que deberías estar ocupándote de mi empresa, no dejando que esa chica te pasee por Europa como si…

—Esa chica es mi esposa, te guste o no —lo interrumpió Theo con frialdad antes de que el hombre pudiera decir algo imperdonable—. Y me interesa ahora tanto tu opinión sobre mi matrimonio como me interesaba hace cuatro años y medio, padre, cuando boicoteaste mi boda.

—¡Si me hubieras escuchado entonces, no tendrías tantos problemas ahora! —repuso Demetrious ignorando sus acusaciones—. ¡Tengo que soportar verte en las portadas de la prensa sensacionalista, dañando el prestigio de la empresa! ¡Mi empresa! Que además está en peligro por culpa de los dedos codiciosos de esa mujer.

—¿Por qué no continuamos esta conversación cuando aceptes, como ya te he dicho, que nadie te ha pedido opinión sobre mi matrimonio? —le recordó Theo con claridad—. Aunque la verdad es que preferiría no tener que volver a hablar del tema contigo. Hazte a la idea y acepta la situación, padre, porque no va a cambiar y no me importa en absoluto lo que puedas pensar al respecto.

—Haz lo que tengas que hacer para terminar con el espectáculo que estás dando, Theo —le avisó amenazadoramente su padre.

Se dio cuenta de que no lo había escuchado. Al gran Demetrious Tsoukatos solo le importaban dos cosas, él mismo y la mejor manera de hacer aún más dinero. Sabía que no debía esperar nada de él y la verdad era que, cuanto más tiempo pasaba con Holly, menos le importaba lo que su padre pudiera pensar.

—Adiós, padre —respondió él.

Colgó y se metió el móvil en el bolsillo de los pantalones. Dejó entonces que la impresionante puesta de sol española, que teñía de tonos rosas y violetas el cielo, lo calmara.

Pero sabía que solo había una cosa que pudiera de verdad calmar su alma, solo una persona. La única que lo había conseguido en toda su vida, aunque le hubiera costado aceptarlo y se hubiera empeñado en fingir lo contrario.

Habían pasado mucho tiempo en aquel callejón. Besándose, simplemente besándose.

Y esos minutos lo habían cambiado todo.

La había besado una y otra vez, como si su vida dependiera de ello.

Y creía que era de verdad así, ese era el problema.

Había pasado los últimos cuatro años sobreviviendo gracias a la ira

que lo había mantenido cuerdo, tratando de permanecer enfadado con ella por lo que le había hecho. Pero, aun así, no había podido dejar de pensar en ella. No había podido dejar que se fuera de su lado.

Y, en ese momento, era lo último que habría querido.

—No me ha parecido una conversación muy agradable —le dijo ella a su espalda.

—No se te habrá olvidado que mi padre no es un hombre muy agradable —respondió él encogiéndose de hombros—. Pero suele conseguir lo que quiere.

Se volvió para encontrarse a Holly de pie a la puerta de la terraza. Pensó entonces que ella era más bella aún que las vistas. Más que la puesta de sol, las colinas distantes y el mar resplandeciente.

Llevaba puesta su camisa, que le quedaba demasiado grande, pero nunca había visto nada tan bello. No se cansaba de mirarla. Llevaba la melena suelta y estaba despeinada. Se le retorció algo en el pecho al verla frente a él. Habían hecho el amor en innumerables ocasiones desde esa primera vez en el sofá. Le parecía increíble que solo hubieran pasado unos cuantos días desde entonces. Había sido salvaje e intenso. Profundamente adictivo y tan perfecto como lo había sido siempre.

Pero ninguno de esos encuentros había sido como el último, el que habían compartido a la vuelta después de un paseo, después de besarse en un callejón del Barrio Gótico. Se había sentido completamente embriagado desde ese momento y sentía que se había llenado por dentro de una nueva luz.

No tenía ninguna intención de dejar que se fuera de su lado. Ninguna. Nunca más.

—Supongo que tendrás cosas que hacer en Atenas —le dijo Holly con la mano en el marco de la puerta como si necesitara agarrarse para mantener el equilibrio—. Me imagino que no habrías previsto que este viaje se fuera a alargar de esta manera… No quiero ser un impedimento. Sé que tienes responsabilidades que cumplir, Theo.

La miró entonces con todos sus sentidos en alerta. La puesta de sol iluminaba su cara, haciéndola brillar aún más, pero podía ver sombras en su mirada. Tenía un aspecto muy vulnerable.

Supo entonces lo que iba a hacer Holly.

—¿Estás lista para volver a Grecia conmigo? —le preguntó apoyándose en la barandilla de la terraza mientras la miraba—. ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

—Creo que deberías volver a Grecia cuanto antes si eso es lo que tienes que hacer —repuso ella con firmeza.

Vio que juntaba las manos delante de ella como si no supiera qué hacer con ellas y recordó entonces haberla visto justo así hacía cuatro años, cuando le contó que lo había engañado, rompiéndole el corazón

con solo unas cuantas palabras. No había prestado demasiada atención a su lenguaje corporal entonces, pero había tenido muchos días para recordar ese momento de su vida, cuando Holly le arrancó el corazón y lo pisoteó.

Al verla, le quedó muy claro qué era lo que le pasaba.

Tenía miedo. Otra vez.

—Eres muy comprensiva —murmuró.

—Estos días juntos han sido reveladores —le dijo ella.

Le pareció que su voz cambiaba mientras hablaba. Y ella parecía más alta, segura y elegante. Supuso que esa era la Holly Tsoukatos que controlaba las reuniones de todas las organizaciones benéficas en las que estaba involucrada. Era una mujer distante e inaccesible. Sin emociones… Pero él podía ver la verdad en sus ojos. Podía verla a ella.

—Creo que, después de todo, hemos aprendido que sí tenemos una base sobre la que construir nuestra relación. A lo mejor deberíamos tomarnos un mes más o menos para reflexionar sobre todo lo que ha pasado estos días y decidir después cómo avanzar a partir de aquí.

—O podrías simplemente volver a casa conmigo —repuso él en voz baja—. Y quedarte allí como deberías haber hecho desde el principio.

—¡Oh! —exclamó Holly ruborizándose y abriendo los ojos como si acabara de sugerirle algo escandaloso—. No creo que…

—Holly —la interrumpió él mirándola a los ojos.

Estaba tratando de convencerla para que no hiciera lo que sabía que estaba planeando hacer. Podía verlo, escrito en su cara y en sus ojos.

—Vuelve a casa, *agapi mu*. Ya es hora.

Capítulo 10

Theo no sabía qué había esperado que le dijera, solo lo que deseaba de corazón. Pero Holly se limitó a mirarlo durante bastante tiempo y vio angustia en sus ojos azules.

—No —respondió al fin con la voz cargada de emoción—. No puedo, Theo. No puedo ir a Grecia.

No esperó a que él le dijera nada. Ni siquiera quiso saber si iba a hacerlo o no. Se dio la vuelta y entró de nuevo en la suite. La perdió de vista en la penumbra del interior y se sintió tan inestable como si temblara el suelo bajo sus pies.

Le dolió ver que se alejaba de él, le dolió mucho. Una vez más, estaba tratando de escapar y era imposible que no se volvieran a abrir viejas heridas. A pesar de que él ya lo había visto venir.

Eso no hacía más que empeorar las cosas. Lamentó entonces haberla besado como lo había hecho y haber hecho el amor con ella como lo habían hecho. Era como si solo consiguiera atraerla hacia él con dolor y crueldad. El amor, en cambio, solo parecía conseguir que terminara huyendo. Era algo que le había dejado muy claro durante los días que habían pasado juntos en esa ciudad.

Solo lamentaba no haber entendido esa verdad años antes.

Se quedó donde estaba durante mucho tiempo. Trató de calmarse y controlar lo que estaba sintiendo. Después, entró de nuevo en la suite. No le sorprendió ver que Holly se estaba vistiendo a toda prisa, como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Se estaba poniendo la blusa que él le había quitado muy lentamente. Recordaba haber ido besando despacio cada milímetro de su suave piel mientras la desnudaba. Se había distraído mucho tiempo en sus clavículas, en su elegante cuello, en el escote… No le había quitado el sujetador hasta que ella protestó con un gemido, dejando al descubierto sus dulces pechos.

Su deseo lo dominó de nuevo y lamentó no haberla mantenido desnuda y ocupada, creía que quizás así hubiera conseguido que se quedara a su lado.

—¿A dónde vas? —le preguntó tratando de que su voz no lo traicionara.

Pero ya sabía la respuesta. Lo vio en la incertidumbre que había en su mirada y en la manera en la que apretaba los labios como si no quisiera hablar, como si estuviera tratando de no derrumbarse.

—Tú tienes que volver a tu empresa y a mí me necesitan en Dallas.
—¿Quién?
Sus ojos tenían ese brillo en ellos que le daba todas las respuestas que necesitaba.
—Tengo responsabilidades —le dijo Holly bajando la mirada mientras lo decía.
Casi sentía lástima por ella. Casi…
Pero estaba frente a ella, con solo su ropa interior, y su cuerpo aún recordaba lo que habían compartido esa tarde, todas las formas en que las había explorado su piel. Le había hecho el amor con su corazón y su alma, la había adorado como si fuera una diosa y la había besado con ternura cuando sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se deshacía de placer entre sus brazos.
Incluso había creído oír amor en sus gemidos.
—¿Sí? ¿Las tienes? —le preguntó él mientras Holly daba vueltas nerviosas por el dormitorio como si no pudiera controlarse—. ¿Y qué responsabilidades son esas?
Dejó de moverse entonces para mirarlo mientras levantaba las manos hacia él.
—Ya basta, Theo —le pidió con firmeza pero sin poder evitar que le temblaran las manos—. Deja que me vaya.
—Ese es el problema —respondió él tratando de controlar su voz—. Ya dejé que te fueras una vez y la verdad es que no quiero hacerlo de nuevo.
—Esto ha sido un error —murmuró ella—. Un error espantoso.
—¿Qué parte, Holly?
Vio cómo se pasaba las manos por el pelo. Y esa expresión en su cara… Parecía triste, perdida y herida. No entendía cómo no había sabido verlo la primera vez. Se dio cuenta de que había sido entonces tan narcisista que no había podido o querido ver más allá de su propio dolor, de su ego herido.
Cuando Holly le dijo entonces que le había sido infiel, la había creído. Sabía que, si la hubiera conocido mejor, no lo habría hecho.
—¿Qué parte ha sido un error? Te has dado cuenta de que me quieres tanto que te da miedo. O a lo mejor te arrepientes porque has sido consciente de que no sabes cómo amar sin dolor.
Notó que contenía el aliento y lo soltó después poco a poco, casi como si estuviera tratando de dominar las lágrimas. Y había algo distinto en su mirada tormentosa. Había resignación y remordimientos al mismo tiempo.
—Tal vez el amor duela porque tiene que ser así —repuso Holly—. A lo mejor todo lo que puede haber entre nosotros es demasiado doloroso por una razón. Yo te mentí y tú te acostaste con otras mujeres. ¡Nada de eso habría ocurrido si fuéramos buenos el uno para

el otro!

—Holly…

Esperó a que ella lo mirara de nuevo. Estaba temblando y se moría de ganas por acercarse a ella y abrazarla hasta que se calmara, pero no lo hizo.

—Tú crees que el amor debe doler. Crees que esa es la única manera que tienes de saber que lo que sientes es de verdad amor. Esperas que sea una fuerza que acabe contigo y te rompa y, si el dolor no existe, lo creas tú misma.

Holly abrió la boca y dejó de temblar de repente.

—¿Estás intentando decirme que estoy loca? —le preguntó ella en un tono más frío.

Se había vuelto de hielo una vez más y lo entendía. Por primera vez, creía estar entendiéndola a ella y, en definitiva, a ellos dos y a todo lo que había pasado entre ellos, tanto en el pasado como esos días. Por eso no podía dejar que esa situación se le fuera de las manos.

—No, en absoluto —le dijo—. Somos tal y como nos educaron, el resultado de las familias en las que crecimos. Aunque creemos que no nos va a pasar a nosotros, que vamos a luchar hasta el último aliento para tomar solo lo que nos gusta de nuestros padres y nada más, yo soy hijo de mi padre. Para bien o para mal. Y tú eres hija de tu padre.

Holly respiró profundamente. Sabía que estaba sufriendo. También a él le dolía todo aquello.

—Cuidado con lo que dices, Theo —le advirtió ella—. Mi padre era un buen hombre. Lo fue hasta el final. No puedes utilizarlo como munición. Si hay algo bueno en mí es gracias a él, que me lo enseñó todo.

—Él te enseñó a llorar el abandono de tu madre —replicó él—. Te enseñó cómo hacer que la vida de uno sea un monumento a la egoísta mujer que no os quería a ninguno de los dos lo suficiente como para quedarse.

—¡Él la amaba! —exclamó Holly.

—Como mi madre amaba a mi padre. Pero ¿para qué? —le preguntó en un tono implacable—. El amor es algo vivo, Holly. ¿No te das cuenta? No está escrito en piedra. No es una prueba de resistencia diseñada para romperte el corazón. Puedes amarme sin toda esta oscuridad. Sin dolor, sin pena, sin remordimientos. Puedes limitarte simplemente a amarme, te lo prometo.

Ver cuánto estaba sufriendo le rompía el corazón.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Qué evidencia tienes para decir algo así? No hay nada en nuestra historia que me haga entender que podemos tener algo que no termine por venirse abajo.

—Esos seis meses en Santorini fueron los mejores de mi vida —le confesó él sosteniendo su mirada para que pudiera ver que le hablaba

desde el corazón—. No hubo oscuridad ni miedo. No había nada más entre nosotros y fuimos muy felices. Por eso saliste corriendo, ¿no? No fue porque temieras terminar perdiéndote en mí, sino porque temías encontrarte por fin de verdad. Tener una vida plena, ser feliz y sentirte amada. Temías llevar la vida que tu padre nunca pudo tener.

No le sorprendió ver que palidecía al oír sus palabras. Dio un paso atrás como si acabara de abofetearla y vio que se ponía aún más blanca. Le dolió verla así. Quería ser la persona que la protegiera, no quien la atacara.

—Holly…

—¡Ya basta! —lo interrumpió con un hilo de voz—. Ya has dicho suficiente, Theo. Más que suficiente. No puedo escuchar nada más…

No parecía su voz. Sonaba tan destrozada como debía de estar sintiéndose.

Esa vez, no esperó a que estuviera dormido para escabullirse.

Esa vez, se alejó rápidamente de él y no miró atrás. Seguía tan pálida como si se hubiera convertido en su propio fantasma.

Y Theo dejó que se fuera.

Holly ya había atravesado el reluciente vestíbulo del Harrington cuando se dio cuenta de que alguien la estaba llamando. Pero no era Theo, la única persona a la que quería escuchar. La única a la que, al mismo tiempo, quería evitar a toda costa.

En realidad, lo que deseaba era morirse. Una parte de ella pensaba que a lo mejor ya había muerto y todo lo que quería era esconderse en algún rincón y desaparecer… Creía que tal vez entonces pudiera entender lo que le estaba pasando.

Pero, en lugar de ir a su suite en busca de ese rincón, se detuvo, sonrió y se dio la vuelta para mirar a la mujer que iba hacia ella. Vio que llevaba un elegante traje con el logotipo del Harrington.

—Señora Tsoukatos —la saludó la mujer con un perfecto inglés británico—. No sabe cuánto lo siento. Soy la gerente del hotel y quería pedirle personalmente disculpas por el grave ataque a su privacidad. He hablado esta mañana con nuestra directora general, Isabelle Harrington, que está también muy preocupada, totalmente consternada. Me ha pedido que me disculpe con usted tanto en nombre del hotel Harrington como de…

—Perdone —la interrumpió Holly antes de que le explotara la cabeza en medio del elegante vestíbulo—, pero no tengo ni idea de lo que me está hablando.

La mujer abrió la boca y se puso muy derecha. Se aclaró la garganta y Holly pensó que, fuera lo que fuera, sería un alivio tener alguna otra cosa en la que pensar, algo que no tuviera nada que ver con Theo o

con su matrimonio.

—Me temo que la reciente atención que ha recibido por parte de la prensa ha sido como consecuencia de la inapropiada conducta de uno de nuestros empleados —le dijo la mujer yendo directamente al grano —. Obviamente, ese empleado ha sido cambiado de puesto y estamos considerando qué otras acciones disciplinarias podríamos imponerle. Si le sirve de algo, al parecer pensaba que estaba ayudando al hotel. Se supone que lo hizo después de que un empleado del Chatsfield hiciera algo similar. No era consciente de que sus acciones podrían interpretarse como un ataque inaceptable a uno de nuestros huéspedes. Sé que esto no la ayuda a usted, señora Tsoukatos, que ha sido la víctima de una muy mala decisión por parte de ese empleado, pero quería decirle que al menos lo hizo porque pensaba que estaba haciendo lo correcto.

—¿Qué significa eso? No lo entiendo. ¡No entiendo nada! —le dijo Holly.

No sabía si se estaba refiriendo a lo que le contaba la gerente o a la conversación que había tenido con Theo. La verdad era que ya no sabía nada, cada vez estaba más confusa.

Vio su propio reflejo en uno de los grandes espejos del vestíbulo y le pareció que tenía aspecto de loca. También estaba desaliñada y bastante despeinada, el aspecto de una mujer que se había pasado todo el día en la cama de un hombre para salir después corriendo de su hotel.

En realidad, si tenía que ser sincera consigo misma, su aspecto era el que había sido entonces, hacía años, cuando conoció a Theo. Cuando era solo Holly Holt, una persona normal. Una que no tenía que pasar aburridas horas en los salones de belleza para lograr el aspecto brillante y perfecto de una señora de la alta sociedad. Una sin la armadura que solía llevar encima para estar siempre impecable. No llevaba la ropa ni el calzado adecuados, lo que se había estado poniendo desde su boda para poder ser una más entre el tipo de mujeres que tenían la misma vida que ella. Una vida vacía, superficial y falsa.

—No te fuiste porque temieras terminar perdiéndote en mí, sino porque temías encontrarte —le había dicho Theo.

Pero no podía pensar en eso.

—Agradezco sus disculpas, de verdad, pero me temo que debo irme inmediatamente del hotel —le dijo a la gerente.

—El Harrington entiende perfectamente su posición, señora Tsoukatos, y lo lamenta. Pero quiero asegurarle que ya se han tomado medidas, y se seguirán tomando, para asegurarse de que este tipo de…

Holly negó con la cabeza mientras se llevaba una mano a la sien. La mujer no terminó la frase.

—Por favor, avisen para que venga un coche a buscarme en diez minutos —susurró Holly.

—Por supuesto —le dijo la mujer.

Se apartó de la gerente y fue directa a los ascensores con la esperanza de poder meterse en uno de ellos antes de que las lágrimas comenzaran a correr por sus mejillas. También había llorado esa tarde, mientras hacían el amor. Era duro pensar en ello, en cómo Theo la había acunado en sus brazos, abrazándola mientras se rompía en mil pedazos.

Le dio varias veces al botón, sin importarle que la gente pudiera ver que estaba casi histérica. No aguantaba más, estaba a punto de derrumbarse…

Las puertas del ascensor se abrieron por fin y entró rápidamente, cerrando los ojos y tratando de calmar su respiración mientras subía a su planta.

Cuando llegó a la suite, hizo la maleta de forma frenética, como si alguien la persiguiera y no estuviera a salvo en ese hotel. Se dijo que no le importaba lo que pensara la gente de ella ni lo que pensara ella misma.

Bajó las maletas personalmente al vestíbulo y fue directa al coche que la esperaba. Ya no le importaba siquiera la opinión que tenía de sí misma porque estaba bastante segura de que había dejado la esencia de su ser en la cama de Theo. En sus brazos.

Aunque era una noche cálida de verano, se envolvió en la pashmina que siempre llevaba en su bolsa de viaje. Se acomodó en el asiento trasero y le pidió al conductor que la llevara al aeropuerto tan rápidamente como pudiera.

Solo entonces dejó que salieran las lágrimas.

Lloró y lloró.

No le importaba tener una crisis emocional en un lugar semipúblico. La verdad era que ya no le importaba nada más, solo quería poner la mayor distancia posible entre Theo y ella.

No podía preocuparse por nada más, no podía pensar en otra cosa.

—No temías terminar perdiéndote en mí… —le había dicho Theo.

Muy a su pesar, no dejaba de oír su voz. La oía tan claramente como si estuviera sentado allí a su lado en el coche. Si cerraba los ojos, podía verlo diciéndole esas palabras como si la estuviera sentenciando, con gesto desafiante.

Le había dicho que lo que había temido entonces había sido encontrarse a sí misma y ser por fin feliz y sentirse amada. Rodeó el torso con sus brazos y pensó en su triste y solitaria infancia, en lo duro que había sido crecer con la amargura de su padre en un rancho de Texas, siempre a la sombra del fantasma de la mujer que no los había querido lo suficiente como para quedarse. Había tenido que trabajar

duro y arrimar el hombro en el rancho. El abandono de su madre le había producido una terrible sensación de culpabilidad y vergüenza, como si no hubiera sido lo suficientemente buena como para que su madre quisiera llevársela consigo o mantener al menos el contacto con ella. Había sentido siempre además que, por muy duro que trabajara, por mucho que se dedicara a él, su padre nunca la había amado tanto como a esas tierras de Texas o a la mujer que lo había abandonado.

Suspiró al recordarlo y se llevó una mano al corazón, donde tenía un enorme hueco que se había abierto en su pecho.

Sabía que su padre la había amado, tanto como había podido. Pero creía que Theo tenía razón. El amor de su padre había sido un amor lleno de dolor, herido, con cicatrices. Un amor suspendido en el tiempo hacia la persona que lo había dejado, en vez de concentrarse en amar a su hija, la persona que se había quedado con él.

Nunca se le había ocurrido cuestionar ese amor. No se le había pasado por la cabeza lo poco saludable que había sido ese tipo de vida, había preferido no pensar en ello y limitarse a recordar que su padre había sido un buen hombre. Eso era verdad, pero no había sido solo un hombre bueno.

Gabe Holt había sido también un tipo duro y silencioso. Terco como la maldita tierra de ese rancho. Por mucho tiempo que pasara, había seguido esperando. Frutos de esa tierra y la vuelta de su esposa. Pero no lo había conseguido y a ella le había hecho mucho daño esa actitud. Después de tantos años, le resultaba difícil saber si habría sido el amor o el odio lo que lo había llevado a ser como era.

—Ya basta… —susurró de repente sin saber muy bien con quién estaba hablando.

Quizás con los fantasmas de su pasado o con esa voz que le decía que tenía que ser tan infeliz como la gente que la había criado. Había estado tan acostumbrada al dolor que era el sentimiento que le resultaba más familiar, casi el más reconfortante. Había llegado a creer que, si no sentía dolor, no estaba viva.

Miró por la ventana. Seguía siendo una noche cálida, pero ella estaba muerta de frío.

Se dio cuenta entonces de que era la culpable de todo. Por muy mal que lo hubiera hecho Theo, ella había sido la primera que había cometido un grave error.

Porque Theo la había amado profunda y apasionadamente desde que se conocieron y había peleado con su familia, ignorando sus críticas. Hasta ese maravilloso verano en Santorini, había sido un famoso donjuán. Pero, después de conocerla, había cambiado por completo. Había sido su mentira, su intento de escapar de ese matrimonio, la que lo había causado todo.

No lo había entendido hasta ese momento porque lo que de verdad

había temido perder había sido su dolor. El dolor con el que había crecido toda su vida. Ese dolor que la había asfixiado como el tórrido y caluroso clima de Texas. Había dado por hecho que formaba parte de ella.

Porque sin ese dolor, no sabía quién era.

¿Era una elegante dama de la alta sociedad que se escondía tras una armadura o la inocente joven que había llegado a Europa sin ningún tipo de experiencia?

No sabía quién era. Pero, por primera vez en mucho tiempo, tenía muy claro quién quería ser.

Por eso se enderezó en su asiento y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Metió la pashmina en el bolso y se alisó la blusa que Theo le había quitado tan lentamente esa tarde.

Por eso le dijo con voz firme al conductor que se diera la vuelta y la llevara de nuevo a la ciudad.

Al Chatsfield de Barcelona.

Y a Theo, si él la aceptaba.

Capítulo 11

Holly no tenía ningún plan.

Llegó al hotel, dejó que los botones se ocuparan de su equipaje y se quedó de pie en el brillante y lujoso vestíbulo del hotel. Respiró profundamente, trató de calmarse.

Pero sabía que solo estaba retrasando lo inevitable.

Sus anillos captaron la luz de los candelabros y se quedó mirándolos, recordando el momento en el que Theo se los había puesto en ese dedo. En un acantilado y con el maravilloso mar Egeo frente a ellos. Había sido tan feliz en ese instante… Le pasaba lo mismo cada vez que miraba a Theo.

Recordó también lo fuerte que se había sentido con ellos. Eran más que joyas. Eran promesas forjadas en ese metal. Eran votos que no debían romperse nunca.

Y ella podría haber roto la promesa que le hizo cuando se casó con él, pero los anillos seguían en su dedo. Durante todos esos años, nunca se los había quitado. Era casi como si su subconsciente hubiera estado tratando de decirle la verdad durante todo ese tiempo.

Y había llegado el momento de enfrentarse a esa verdad. Ya era hora.

Iba hacia el ascensor cuando oyó a alguien maldecir en griego. Habría reconocido esa voz en cualquier parte. Era una voz que siempre la había emocionado e iba a seguir haciéndolo. Era como volver a casa.

—Quiero dejarle algo claro —le dijo Theo a un empleado del hotel que lo miraba con temor—. No me importa en absoluto Spencer Chatsfield, sus problemas o el mal comportamiento de sus empleados. Lo que quiero…

Notó que la había visto, pudo sentirlo en todo su cuerpo.

Theo le hizo un gesto con la mano al empleado para que lo dejara y se acercó a Holly. Vio que él tenía su equipaje listo en uno de los carros del hotel, pero trató de convencerse de que no tenía motivos para que eso le molestara. Después de todo, ella había sido la primera en irse.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella con la garganta seca—. ¿Vuelves a Atenas?

Theo la estudió durante unos segundos como hacía siempre, casi como si pudiera ver lo que estaba pensando. Por primera vez en su

vida, le gustó que pudiera hacerlo.

—Sí —repuso Theo—. Me voy a Atenas.

No la tocó, pero ella sintió que lo había hecho. Era casi como si la estuviera abrazando, aunque ni siquiera le había puesto un dedo encima. Le dedicó entonces media sonrisa.

—Pero pensaba hacer antes una escala en Dallas.

Algo creció entonces dentro de ella, algo cálido y frágil que la inundó y la hizo sentirse débil y poderosa a la vez.

—Me dio la impresión de que estabas dejando que me fuera —susurró ella—. Y nadie podría culparte por ello.

—Bueno, es verdad. Dejé que te fueras. Pero, como puedes ver, ya salía a buscarte —repuso Theo—. Tenías razón, Holly. En tantas cosas… Debería haberte seguido hace cuatro años. No debería haber dejado que la discusión de la última noche fuera la única conversación que tuvimos entonces sobre nuestro matrimonio. Pero el ego me dominaba y tenía el orgullo herido…

—Es normal. ¿Cómo no ibas a estar así? —le dijo ella—. Fuiste la única persona en toda mi vida que me correspondió con el mismo amor que te tenía yo, Theo. Y eso me aterrorizaba, aún lo hace. Por eso salí corriendo, haciéndonos daño a los dos. Una y otra vez.

—Pero siempre regresas. Aquí estás —repuso él con una mirada tan cálida que hizo que se sintiera muy querida—. Eso es lo importante.

Se acercó a ella y tomó sus manos entre las de él. Se sintió mejor de inmediato. Fue como pasar de las sombras al brillante sol del mediodía. Se fijó en sus manos entrelazadas y después levantó la cara para mirarlo.

Fue como si hubieran vuelto atrás en el tiempo, de nuevo en ese acantilado con la brisa marina agitando su melena y el sol de Santorini sobre ellos. Sus manos habían estado juntas, como en ese momento, y se habían mirado a los ojos, como entonces. Y ella le había hecho una promesa que no había tenido intención de romper. Pero esa vez pensaba hacerlo mejor.

—Te quiero —le dijo entonces—. Aunque sé que no tienes ninguna razón para creerme.

—Pero lo hago —murmuró Theo llevando una de sus manos a la boca y dándole un beso allí—. Te creo. Creo que, a tu manera, siempre me has amado.

—Y yo creo que tú también me amas —continuó ella con una voz apenas audible—. Aunque no se me ocurre por qué.

—A mí se me ocurren mil razones para hacerlo —le aseguró—. Pero no necesito razones, Holly. Siempre te he amado y siempre lo haré. Las razones pueden cambiar el comportamiento, pero no pueden cambiar un corazón. Y el mío es tuyo. Aún tuyo, como lo ha sido y será siempre.

—Quiero amarte como debería hacerlo —le dijo ella con firmeza—. Quiero amarte y no volver a pensar en huir. Quiero mantener mis promesas y no darte nunca motivos para que rompas las tuyas de nuevo —agregó con lágrimas en los ojos—. Quiero volver atrás en el tiempo y hacerlo todo otra vez, cambiar lo que…

—Nos conocimos y nos casamos demasiado rápido —la interrumpió Theo sosteniéndola más cerca de su torso—. Necesitábamos este tiempo para crecer. Tuvimos que hacerlo separados, eso es todo. Todas las parejas tienen que crecer, Holly, es la única manera de sobrevivir.

Le soltó las manos y acarició sus brazos con ternura.

—Y nosotros vamos a sobrevivir. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó ella—. ¿Después de todo lo que ha sucedido?

—Porque esta vez solo has tardado una hora en volver a mí —le dijo con media sonrisa—. La próxima vez, a lo mejor ni siquiera te vas. Y eso es lo que importa, Holly. En cuanto a todo lo demás, tenemos el resto de nuestras vidas para solucionarlo. Discutiendo, bailando, con pétalos de rosa que nos hagan recordar el pasado…

Rodeó su cuello con los brazos y lo miró sonriendo. Fue una sonrisa de plena felicidad que sintió de la cabeza a los pies. Porque lo miraba y sabía que era para siempre.

—Me parece muy tentador —le dijo ella inclinando la cabeza hacia atrás para mirarlo de verdad—. Pero…

Su atractivo marido… Se prometió entonces que iba a aprender a amarlo sin que tuviera que haber dolor. Iba a quererlo como se merecía o morir en el intento.

—También podrías darme un beso —agregó ella.

La sonrisa de Theo se extendió por toda su cara e iluminó sus ojos. Se le llenó el corazón de amor al verlo así. La hacía sentirse tan feliz…

—Supongo que sí podría —le dijo en voz baja Theo—. Y lo haré, Holly. Te lo prometo. Siempre lo haré.

Theo cumplió su palabra. La tomó entre sus brazos y le dio un beso de película. Allí mismo, en medio del lujoso vestíbulo del Chatsfield de Barcelona.

Y a ninguno de los dos le importó lo más mínimo que pudieran estar observándolos todos los paparazzi del planeta.

Cinco años más tarde, Theo disfrutaba de las vistas metido en la piscina de su villa, situada en lo alto de un acantilado en la isla griega de Santorini. Era una maravilla aprovechar esa hermosa tarde de verano para relajarse. La piscina tenía un borde invisible que hacía que pareciera infinita, extendiéndose hasta el horizonte.

Creía que se habían ganado a pulso su felicidad.

Después de su segunda luna de miel en Barcelona, se habían pasado el primer año juntos comprobando la fortaleza de su relación, aprendiendo a confiar en el otro y creciendo como pareja.

No había sido fácil, pero lo consiguieron. Fortalecieron su compromiso y mejoraron su comunicación. Se dieron cuenta de que la confianza era el núcleo de la intimidad y la intimidad tardaba tiempo en lograrse. Era algo que se construía lentamente. No siempre tenía que ver con el sexo. Ese tema se les seguía dando tan bien como siempre.

Holly había tenido que enfrentarse a la difícil tarea de ganarse la confianza de aquellos que nunca habían confiado en ella. Había sido un placer ver cómo dejaba de ser esa versión fría y distante de los últimos años, aunque tampoco había vuelto a ser la joven ingenua que había conocido en esa isla.

No era ninguna de esas dos mujeres. Era su Holly.

Una mujer cálida, dulce, llena de esperanza y alegría. Una que disfrutaba por fin de la felicidad que siempre había merecido tener en su vida. Era la que se encargaba de organizar su vida social, tarea bastante complicada cuando su marido era un importante magnate del negocio naviero. Había conseguido incluso ganarse la colaboración y ayuda de su secretaria, la inaccesible señora Papadopoulos.

Su bella esposa era una fuerza a tener en cuenta. Había conseguido también ganarse el corazón de su hermano y su padre. Aunque su progenitor había tardado casi esos cinco años en entrar en razón. Ayudaba que el anciano no tuviera ya nada que hacer, solo pasar el tiempo, contar sus olivares y dejar que su bella nuera lo adulara.

Sonrió al pensar en ello mientras su vista se perdía en el horizonte.

El poderoso Demetrious Tsoukatos se había jubilado dejando a Theo en su lugar al frente de la empresa y, aunque pecara de inmodestia, creía que se le daba muy bien. Había convertido a su hermano Brax en su mano derecha y había conseguido catapultar la naviera Tsoukatos hacia un exitoso futuro. Recordó el lema de su familia. Todo lo que se levantaba debía caer antes de levantarse de nuevo, más fuerte que antes.

Se dio cuenta de que lo que sentía era pura felicidad que emanaba de lo más profundo de su ser. Y esa felicidad se hizo aún más intensa cuando oyó unos pasos detrás de él. Sintió que se movía el agua de la piscina cuando Holly entró en ella y poco después lo abrazó desde atrás, rodeando su cuerpo con los brazos y apoyando la barbilla en su hombro.

Oyó que suspiraba y supo que su mirada, como la de él, estaba fija en el horizonte. En todo lo que tenían por delante. Sobre todo en el futuro que crecía dentro de ella. Habían visitado ese día al médico,

que les había confirmado la buena noticia.

—¿Qué tal? —le preguntó él.

—Bien, pero tengo una confesión que hacerte —le dijo ella riendo —. Jamás dudaré de tu amor.

Tomó las manos de Holly y las sujetó con fuerza sobre su torso. Creía que la unión que tenían era irrompible.

—¿Debería preocuparme?

—Solo si te preocupa tener que estar atado a mí para siempre —contestó ella—. Me temo que vas a verte obligado a seguir participando en estos juegos conmigo hasta el fin de nuestros días.

Apoyó la cabeza contra la de ella y sintió su respiración. También él lo sentía dentro de él, como un deseo o una oración. Sus peticiones le habían sido concedidas.

—*Agapi mu* —susurró él—. Me has dado tanto que quiero darte todo el mundo.

—Tonto… —murmuró Holly presionando los labios contra su piel y abrazándolo con más fuerza aún—. Ya lo has hecho.

* * *

Podrás conocer otra novela de los Chatsfield en el sexto libro de *El regreso de los Chatsfield* del próximo mes titulado:
LA PROPUESTA del RUSO